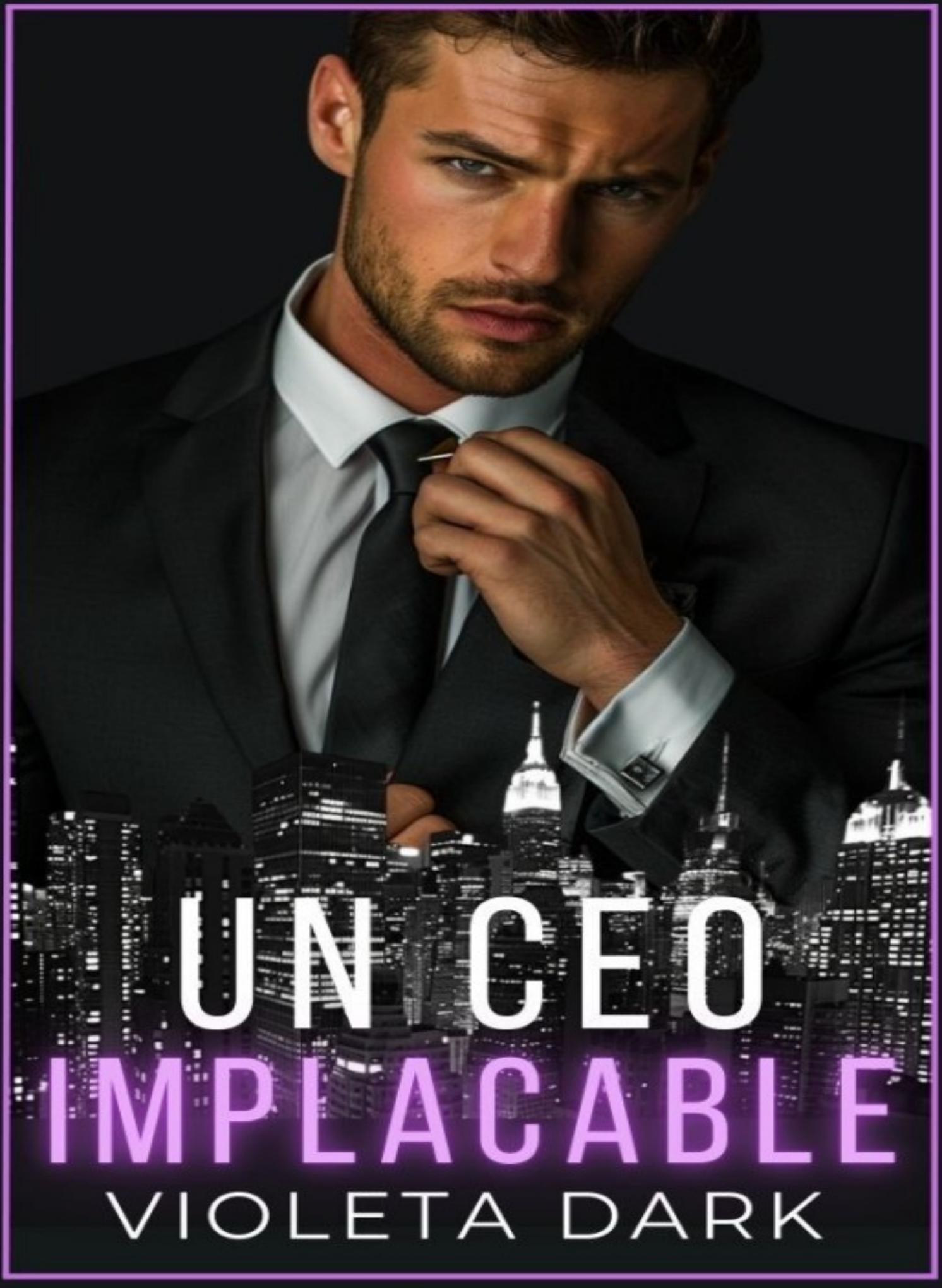

UN CEO
IMPLACABLE
VIOLETA DARK

UN CEO IMPLACABLE

SERIE LOS HALCONES DE WALL STREET

LIBRO 1

VIOLETA DARK

© 2026 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Jax y Elsie

¡Únete al **club DARK** y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

ZANE

Observo la pluma Mont Blanc entre mis dedos, girándola con deliberada lentitud mientras Richard Dawson revisa una vez más los documentos. Es un hábito que me he permitido conservar desde la adolescencia: este pequeño gesto repetitivo me ayuda a mantener la calma cuando la victoria está cerca.

Y hoy, la victoria tiene un nombre: Haven Books.

—Todo parece estar en orden —murmura Dawson finalmente, ajustándose las gafas sobre su nariz aristocrática.

—Por supuesto que lo está —respondo con una sonrisa que no alcanza mis ojos—. Hawke Capital nunca presenta documentación defectuosa.

El despacho principal de Haven Books es exactamente como esperaba: paredes llenas de estanterías de roble oscuro, ejemplares de primeras ediciones cuidadosamente dispuestos, fotografías enmarcadas de autores premiados. El tipo de lugar que rezuma tradición literaria y, lamentablemente para sus actuales propietarios, potencial comercial desaprovechado.

Richard Dawson me mira por encima de sus gafas. A sus sesenta y dos años, tiene ese aire de magnate venido a menos: traje caro pero ligeramente pasado de moda, gemelos de oro que brillan demasiado, la seguridad forzada de quien intenta ocultar su desesperación.

—Noventa y cinco millones es una oferta generosa —dice, intentando sonar casual—. Aunque sigo pensando que podríamos haber llegado a los cien.

Me río suavemente. Este hombre realmente cree que tiene algún poder de negociación.

—Ambos sabemos que Haven Books no vale ni ochenta —respondo con tranquilidad—. Estoy pagando una prima por el nombre y la reputación. Si quisiera solo los activos, habría esperado a que la editorial quebrara en dieciocho meses.

Veo cómo su rostro palidece ligeramente. Sabe que tengo razón. He revisado personalmente los libros contables: Haven Books es un barco que se hunde, mantenido a flote solo por el prestigio de su catálogo literario y la obstinada negativa de su codirectora a adaptarse a las realidades del mercado editorial.

Su hija. La famosa Isla Brennan.

La mujer que lleva seis meses rechazando sistemáticamente cada una de mis ofertas por su 49% de la empresa. La mujer que, según todos los informes, preferiría ver arder la editorial de su madre antes que venderla a «un tiburón de Wall Street sin alma».

Sus palabras exactas, según me informaron.

—Mi hija no estará contenta con esto —comenta Dawson mientras pasa las páginas del contrato.

—Su hija no tiene que estarlo —replico, sin intentar ocultar mi impaciencia—. Usted posee el 49% de Haven Books. La misma parte. Todo lo deciden los empleados, el 2% restante. Lo que la señorita Brennan piense es... irrelevante.

Excepto que no lo es. No del todo. Isla Brennan, con su 49%, no puede impedir esta venta, pero puede complicar significativamente mis planes de reestructuración. Algo que Dawson parece haber olvidado convenientemente, o tal vez nunca entendió realmente los estatutos de su propia empresa.

Miro mi reloj. Un Patek Philippe que me regalé a mí mismo cuando cerré mi primera adquisición de mil millones.

—¿Firmamos? —sugiero, extendiendo la pluma hacia él.

Dawson suspira, es el sonido de un hombre que se rinde finalmente a lo inevitable. Sus dedos cogen la pluma con resignación.

—Catherine me odiaría por esto —murmura, refiriéndose a su difunta esposa, la fundadora real de la editorial moderna.

—Catherine querría que la empresa sobreviviera —respondo automáticamente, aunque realmente no me importa lo que habría querido una mujer muerta—. Bajo la dirección de Hawke Capital, el nombre de Haven Books continuará.

No menciono que continuará de una forma radicalmente diferente, con una línea editorial completamente transformada, un personal

reducido al 60% y un enfoque mucho más comercial. Esos son detalles que prefiero implementar gradualmente.

La pluma rasga el papel mientras Dawson firma en todas las páginas marcadas. Cada firma es un paso más hacia la victoria, hacia la adquisición número veinticuatro de mi carrera. La joya de la corona editorial que Jax ha estado buscando para diversificar nuestro portfolio.

Cuando termina, agarro los documentos y firmo mi parte con movimientos precisos y controlados. Es un ritual que disfruto, el momento exacto en que el poder cambia de manos.

—Felicidades, señor Dawson —digo, pasándole un cheque certificado—. Acaba de vender el legado de su esposa por noventa y cinco millones de dólares.

Su mirada me dice que capta perfectamente la crueldad velada en mi felicitación, pero el cheque en su mano parece aliviar cualquier remordimiento. Eso es lo que me encanta de los hombres como Richard Dawson: al final, sus principios siempre tienen un precio.

—Espero que cuide de Haven —dice, intentando conservar algo de dignidad—. Hay personas que dependen de ella. No solo económicamente.

Estoy a punto de responder con alguna vaguedad corporativa cuando la puerta del despacho se abre de golpe, golpeando contra la pared con un estruendo que hace temblar los cristales de las estanterías.

—¡Papá! ¿Qué demonios está pasando aquí?

Y entonces la miro.

Las fotografías y los informes no le hacen justicia. Isla Brennan, de pie en el umbral, es una fuerza de la naturaleza. Tiene el pelo castaño oscuro recogido en una coleta alta de la que escapan varios mechones húmedos que enmarcan un rostro sonrojado por el esfuerzo. Lleva ropa de correr, leggins negros y una camiseta técnica que se adhiere a su cuerpo debido al sudor, y respira agitadamente, como si hubiera subido corriendo los cinco pisos hasta el despacho.

Sus ojos, de un verde intenso que me recuerda a los bosques del norte, pasan de su padre a mí, y luego a los documentos sobre el

escritorio. La comprensión transforma su expresión en una máscara de furia fría que, inexplicablemente, me resulta fascinante.

—No lo has hecho —le dice a su padre, su voz temblorosa de rabia contenida—. Dime que no has vendido tu parte de Haven a Hawke Capital.

Dawson al menos tiene la decencia de parecer incómodo.

—Isla, cariño, intenta entender. La oferta era...

—¿Cariño? —interrumpe ella, y la palabra suena como una bofetada—. No te atrevas a llamarme cariño mientras vendes el legado de mamá al mejor postor.

Da un paso hacia el escritorio, sus ojos ahora fijos en los documentos. Puedo ver exactamente lo que está pensando: si podría llegar hasta ellos y destruirlos antes de que alguno de nosotros pudiera detenerla.

No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios. Es como observar a una leona evaluando a su presa. Salvaje, instintiva, absolutamente magnífica en su furia.

—Me temo que llega tarde, señorita Brennan —digo, recogiendo los documentos con deliberada lentitud—. La venta ya se ha completado. El 49% de Haven Books es ahora propiedad de Hawke Capital.

Sus ojos se clavan en mí, y la intensidad de su mirada es como un golpe físico. Nunca he visto tanto odio y tanta pasión concentrados en una sola persona. Es... intoxicante.

—Usted —dice, y logra convertir esa simple palabra en la peor de las acusaciones—. El famoso Zane Hawke. El Carnicero de Wall Street. ¿Cree que no sé quién es? ¿Cree que no sé lo que hace con las empresas que adquiere?

Da otro paso hacia adelante, intentando intimidarme, pero lejos de molestarme, me provoca. Hay algo extraordinariamente estimulante en su desafío abierto.

—¿Le hace gracia? —pregunta, notando mi expresión—. ¿Le divierte destruir el trabajo de generaciones? ¿Convertir una editorial de prestigio en una fábrica de bestsellers genéricos?

—Me divierte su dramatismo innecesario —respondo con calma—. Haven Books seguirá existiendo. Simplemente será más... rentable.

—A costa de su alma —replica, y hay tanta convicción en su voz que casi, casi me hace sentirme mal.

Casi.

Sus ojos se desvían nuevamente hacia los documentos en mi mano, y puedo ver el cálculo en su mirada. Está midiendo la distancia, evaluando sus posibilidades.

—Ni se le ocurra —advierto, mi voz bajando a un registro más grave—. No llegaría ni a medio camino.

Alza la barbilla, desafiante.

—¿Y qué va a hacer? ¿Detenerme físicamente, señor Hawke?

La forma en que pronuncia mi apellido, cargada de desdén, envía un escalofrío por mi columna vertebral. No de irritación, sino de algo mucho más primario y peligroso.

Deseo.

—No sería necesario —respondo, guardando los documentos en mi maletín con un movimiento calculado—. La transacción ya es legal y vinculante. Podría hacer confeti con estas copias y no cambiaría nada.

Su padre, que ha estado observando nuestro intercambio como quien mira un partido de tenis particularmente agresivo, interviene finalmente.

—Isla, por favor. Lo hecho, hecho está. El señor Hawke ha pagado un precio justo y...

—¿Justo? —lo interrumpe ella, y la traición en su voz es palpable —. ¿Llamas justo a vender la empresa que mamá construyó sin siquiera consultarme? Tengo el cuarenta y nueve por ciento, papá. Soy codirectora.

—Ahora tenemos el mismo porcentaje —digo, solo para molestarle. Es una actitud que me sorprende incluso a mí mismo.

Veo cómo sus manos se cierran en puños a ambos lados de su cuerpo, los nudillos se le ponen blancos por la tensión. Por un momento, realmente creo que va a lanzarse sobre mí, y una parte completamente irracional de mi cerebro casi desea que lo haga.

Pero en lugar de eso, respira hondo y se endereza. La transformación es fascinante. En un instante, la mujer furiosa desaparece, reemplazada por una profesional fría y calculadora.

—Muy bien, señor Hawke —dice, su voz ahora controlada, casi cortés—. Usted ha ganado esta batalla. Pero le advierto una cosa: puede que haya comprado una parte de Haven Books, pero necesitará el cincuenta y uno por ciento para aprobar cambios estructurales importantes.

Una sonrisa lenta se dibuja en sus labios, y es lo más impresionante que he visto en mucho tiempo.

—Y nunca, jamás, obtendrá ese dos por ciento, me aseguraré de ello.

La miro con renovado interés. Ha hecho su tarea. Conoce los estatutos mejor que su propio padre. Este juego acaba de volverse considerablemente más interesante.

—Veo que le hace mucha gracia querer destrozar el legado de mi madre, señor Hawke —continúa, pronunciando mi apellido como si fuera un insulto—. Pero le aseguro que, si insiste en seguir adelante y entrar en mi editorial, voy a hacerle la vida imposible. Su vida se va a convertir en un infierno.

Da un paso más hacia mí, y ahora estamos separados por apenas medio metro. Puedo oler su perfume mezclado con el aroma limpio del sudor, ver las pequeñas gotas de transpiración en su cuello, contar las pecas que salpican el puente de su nariz.

—Es su decisión, Hawke —concluye, con voz desafiante.

Nos miramos fijamente, y algo peligroso, algo eléctrico pasa entre nosotros. No es solo confrontación. Es algo más primitivo, más básico. Algo que no he sentido en años, si es que lo he sentido alguna vez.

—Acepto el desafío, señorita Brennan —respondo finalmente, mi voz igual de baja que la suya—. Y le aconsejo que se prepare, porque Hawke Capital nunca pierde.

Su sonrisa se vuelve afilada como una navaja.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Y mientras recojo mi maletín y me dispongo a salir del despacho, con la victoria técnicamente asegurada pero con un nuevo campo de batalla abierto ante mí, siento algo que no había experimentado en mucho, mucho tiempo.

Anticipación. Hambre. La emoción primitiva de la caza.

Isla Brennan acaba de convertirse en el adversario más intrigante que he encontrado nunca.

Y por primera vez en mi carrera, casi deseo que la batalla sea larga.

CAPÍTULO 1

Un día antes de la reunión

ZANE

El ascensor se abre en la planta ejecutiva de Hawke Capital.

Son las ocho de la mañana y el pasillo ya bulle con la actividad controlada de siempre: conversaciones en voz baja, el tecleo constante de los ordenadores, el aroma del café caro que importamos de Colombia.

Los empleados me saludan con gestos respetuosos cuando paso. No soy Kai, que se para a charlar con todos, ni Oliver, que conoce los nombres de los hijos de cada secretaria. Soy el hermano Hawke que mantiene la máquina funcionando mientras los demás cierran los tratos.

Y mañana cerraré el mío: Haven Books.

Necesito revisar los últimos informes antes de la reunión con Richard Dawson. Todo tiene que estar perfecto. Cada número, cada proyección, cada detalle que justifique los noventa y cinco millones que voy a pagar por la mitad de una editorial que objetivamente vale ochenta.

El problema es que los informes están en el despacho de Jax, y por el sonido de risas que sale de allí, mi hermano está en modo «novio enamorado» en lugar de modo «CEO implacable».

Todavía no me lo puedo creer.

¿Cómo ha acabado así?

Llamo a la puerta y entro casi con recelo por lo que me puedo encontrar en el interior.

La escena es exactamente la que esperaba: Jax está sentado en su sillón con Elsie en el brazo del mismo, los dos mirando algo en el ordenador. Ella señala la pantalla y él asiente, pero está claro que Jax está prestando más atención al mechón rubio que le hace cosquillas en la mejilla que a lo que sea que estén revisando.

—Buenos días, hermano —dice Jax al cabo de unos segundos al sentir mi presencia.

La escena me hace sentir tan incómodo que me pongo en modo cabrón implacable.

—Los informes de Haven Books. Los necesito.

Elsie se gira hacia mí con esa sonrisa cálida que tiene, ignorando mi tono desagradable.

—Buenos días, Zane. Están en el archivador. Los saco enseguida.

Se levanta con eficiencia y va hacia el mueble. Solo lleva seis meses trabajando aquí y ya conoce la ubicación de cada documento mejor que cualquier asistente que hayamos tenido. Aunque llamarla «asistente» es quedarse muy corto. Es más bien la directora no oficial de operaciones, relaciones públicas y cohesión familiar.

Y, por supuesto, la mujer que mi hermano ama con locura.

Quién se lo iba a esperar.

—¿Estás nervioso por el cierre del trato de mañana? —pregunta mientras busca.

—Yo nunca me pongo nervioso.

—Claro que no —Jax sonríe con sorna—. El gran Zane Hawke nunca se pone nervioso. Ni siquiera cuando está a punto de meterse en una guerra con una de las editoras más tercas de Nueva York.

—No hay guerra. Compro mi parte, reestructuro, genero beneficios. Es simple.

—Nada es simple cuando hay emociones de por medio —Elsie me entrega los informes—. Y por lo que he leído en los informes, Haven Books es una empresa familiar con mucha historia.

—Era —corrijo—. Ahora es una empresa en números rojos que necesita gestión profesional.

Jax se levanta y se acerca a Elsie, ese gesto automático de cercanía que han desarrollado. Es como si no fuesen capaces de estar en la misma habitación sin tocarse de alguna manera.

—El domingo comemos en casa —dice cambiando de tema—. A las dos. Voy a hacer ese asado que tanto le gusta a Oliver.

—Tengo trabajo.

—El trabajo puede esperar unas horas. Además, he comprado el vino que te gusta.

Lo miro con incredulidad. Mi hermano, memorizando mis preferencias de vino. El apocalipsis debe estar cerca.

—Es un Rioja del 2015 —añade Elsie—. El mismo que pediste en la cena de Navidad.

Por supuesto que se acuerda. Elsie tiene esa capacidad inquietante de recordar los pequeños detalles de todos. Es parte de lo que la hace tan buena en su trabajo y tan perfecta para Jax.

—Lo pensaré.

—Eso significa que sí en el idioma de Zane —traduce Jax.

—Significa que lo pensaré.

Elsie se ríe, ese sonido ligero que ha llenado estas oficinas desde que llegó.

—Sabes que al final siempre vienes. Somos tu familia.

Familia. Esa palabra que antes solo significaba obligación y supervivencia ahora tiene otro matiz. Uno más cálido. Más... hogareño.

Es culpa de Elsie. Antes de ella, los cinco hermanos Hawke nos veíamos los viernes para ver partidos y beber cerveza. Reuniones de supervivientes, las llamaba Oliver. Ahora hay comidas dominicales, cenas entre semana, y esa sensación extraña de que somos algo más que cinco niños abandonados que tuvieron mucha suerte en los negocios.

—Tengo que revisar estos números —digo dirigiéndome a la puerta.

—Zane —la voz de Elsie me detiene—. Ten cuidado mañana. Sé que para ti es solo otro trato, pero para la gente de esa editorial... es su vida.

—Lo tendré en cuenta.

—No, no lo harás —dice Jax, pero hay afecto en su voz—. Irás allí y harás lo que mejor sabes hacer: convertir el caos en orden y los números rojos en beneficios. Solo... intenta no destruir demasiadas almas en el proceso.

—No sabía que te habías vuelto tan blando, hermano.

—No es blandura —Jax mira a Elsie con esa expresión que todavía me resulta increíble en su rostro—. Es perspectiva. Hay cosas más importantes que el dinero.

Hace un año, habría estado de acuerdo conmigo en que esa frase es una gilipollez. Ahora está ahí, abrazando a su prometida y hablando de cosas más importantes que el dinero.

El amor lo ha cambiado. No lo ha debilitado exactamente, pero lo ha... suavizado. Le ha dado algo por lo que vivir más allá de la próxima adquisición, el próximo millón.

—Para algunos —respondo finalmente—. Para otros, el dinero es libertad. Seguridad. Control.

—¿Y felicidad? —pregunta Elsie con suavidad.

—La felicidad es un lujo que no todos necesitamos.

Salgo antes de que puedan responder. No necesito otra charla sobre los sentimientos y el amor y todas esas cosas en las que Jax ahora cree fervientemente.

Yo sé quién soy. Sé lo que soy. El hermano Hawke que mantiene los pies en la tierra mientras los demás se permiten soñar. El que recuerda de dónde venimos y por qué nunca podemos volver allí.

Cuando llego a mi despacho extiendo los informes sobre la mesa. Haven Books: setenta años de historia, catálogo prestigioso, números en declive constante los últimos cinco años. El padre quiere vender porque necesita liquidez. La hija se niega porque es una romántica que cree que los libros pueden cambiar el mundo.

Mañana, Richard Dawson me venderá su cuarenta y nueve por ciento. Su hija conservará el suyo, y el dos por ciento restante seguirá en manos de los empleados. Será complicado, pero no imposible. He manejado estructuras accionarias más complejas.

Miro por el ventanal. Manhattan se extiende bajo el sol de la mañana, todo acero y cristal y posibilidades infinitas. Esta ciudad no perdona a los débiles ni a los sentimentales.

Pero a veces, cuando veo a Jax con Elsie, cuando veo esa felicidad tan simple y tan completa, me pregunto si quizás...

No.

Ese no es mi camino. Mi camino es este: números, estrategias, victorias corporativas. No hay espacio en mi vida para el amor, y está bien así.

Mañana empezaré con Haven Books. Una editorial que reestructurar, una empresa más que salvar de sí misma.

Aunque algo me dice que esta adquisición va a ser diferente a las demás.

Debe ser el desafío. Hace tiempo que no tengo una buena pelea corporativa.

Sí. Debe ser eso.

CAPÍTULO 2

Media hora antes de la reunión

ISLA

El sonido rítmico de mis zapatillas contra el asfalto es lo único que necesito para empezar bien el día. Inhalo profundamente el aire fresco de la mañana mientras avanzo por Riverside Park, sintiendo cómo el sudor se desliza por mi nuca y se acumula en la base de mi coleta.

Correr es mi ritual sagrado. Treinta minutos todas las mañanas antes de sumergirme en el mundo de manuscritos, primeras líneas y posibles joyas literarias ocultas entre montañas de papel. Hay algo en el movimiento repetitivo, en el ardor de mis pulmones y en el latido constante de mi corazón que consigue calmar el caos perpetuo de mi mente y prepararla para lo que realmente importa: encontrar esas voces únicas que merecen ser escuchadas.

Hoy tengo tres manuscritos esperándome en mi escritorio. Uno es una novela histórica sobre la España del siglo XVIII que me ha tenido despierta hasta las dos de la madrugada, saboreando cada palabra como si fuera vino añejo. La prosa es tan hermosa que he tenido que releer algunos párrafos dos veces solo para dejar que se asentaran en mi alma. El segundo es el debut de una autora de veintidós años que escribe con una madurez que me ha dejado sin aliento y con ganas de gritarle al mundo que tiene que leer esa historia. Y el tercero...

Mi teléfono vibra contra el brazalete deportivo, interrumpiendo bruscamente mis pensamientos. La melodía de Bad Blood de Taylor Swift se corta abruptamente y el nombre de Sofía aparece en la pantalla.

Sofía nunca me llama durante mi carrera matutina. Es una de las pocas personas que respeta religiosamente mis rutinas, principalmente porque me conoce desde que éramos dos crías de

veinte años compartiendo un apartamento minúsculo cerca del campus de Columbia y sabe que una Isla sin su dosis matutina de endorfinas es una bomba de relojería.

—Dime que el edificio no está en llamas —jadeo al contestar, reduciendo el ritmo, pero sin detenerme completamente.

Me da un vuelco el estómago cuando ella no se ríe de mi broma.

—Isla, cariño, tienes que venir a la editorial. Ahora mismo.

El tono de voz de Sofía me paraliza. Conozco esa voz y no augura nada bueno.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, deteniéndome por completo junto a una farola, sintiendo cómo mi respiración se agita más por la preocupación que por el ejercicio.

—Hay un hombre en el despacho de tu padre. Lleva un traje que cuesta más que mi coche, tiene un maletín de cuero que probablemente vale más que mi apartamento, y esa pinta de tiburón de Wall Street que dan escalofríos solo de mirarlo. Llegó hace veinte minutos y pidió específicamente ver a Richard. A ti ni te mencionó.

El mundo se tambalea bajo mis pies. El sonido del tráfico matutino se vuelve ensordecedor y distante a la vez, como si estuviera escuchándolo desde el fondo de un túnel. Mi corazón, que hasta hace un momento latía por el ejercicio, ahora martillea contra mis costillas con una violencia que me duele.

No. No, no, no, no, no.

—Sofía —susurro, aunque mi voz suena como un rugido ahogado —, dime que no es lo que estoy pensando.

—Isla...

—¡Dime que no es de Hawke Capital!

Mi grito hace que varios corredores matutinos se giren a mirarme, pero me da igual. Me da igual todo excepto la respuesta que necesito escuchar.

—No puedo decirte eso, cariño.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Me doblo ligeramente, llevándome una mano al abdomen como si pudiera contener físicamente el dolor que se extiende por todo mi cuerpo.

Hawke Capital. El maldito Hawke Capital está en MI editorial, hablando con MI padre sobre MI empresa.

—¿Cuánto tiempo llevan reunidos? —logro preguntar, ya girándome hacia la dirección de Manhattan.

—Veinte minutos. Isla, tienes que saber que he intentado interrumpir dos veces con excusas, pero tu padre me ha echado de malos modos y...

No espero a que termine. Cuelgo el teléfono y echo a correr como si mi vida dependiera de ello.

Porque, de alguna manera, así es.

Las calles de Manhattan se difuminan a mi alrededor mientras avanzo a un ritmo que me quema los pulmones y me hace arder las piernas. El aire matutino se vuelve espeso y áspero en mi garganta, pero no me importa. Cada zancada me acerca más a Haven Books, cada metro que recorro es un metro menos entre mi padre y la posible destrucción de todo lo que mi madre construyó con sus propias manos.

Porque eso es lo que hará Hawke Capital. Lo sé porque me he documentado obsesivamente sobre ellos durante los últimos meses, desde que empezaron a enviarme esas ofertas asquerosas. Zane Hawke, el famoso Carnicero de Wall Street. Compra empresas, las desmiembra como si fueran cadáveres, elimina todo lo que no es inmediatamente rentable, las convierte en máquinas de hacer dinero sin alma ni corazón, y luego las vende al mejor postor cuando ya no queda nada de lo que una vez fueron.

Destruye empresas que una vez fueron el sueño de alguien, que una vez tuvieron valores más allá del beneficio económico, que una vez creyeron en algo más grande que los números en una hoja de cálculo. Y Haven Books sería su primera editorial.

Lleva veintitrés empresas destruidas con su avaricia.

La mía no será la vigésima cuarta. No mientras yo respire.

Mi madre no murió para que mi padre vendiera su legado al primer tiburón que agitara un cheque lo suficientemente grande. Catherine Brennan no pasó cuarenta años de su vida construyendo algo hermoso para que Richard lo tirara por la borda en una reunión de veinte minutos.

Doblo la esquina hacia Flatiron District y el edificio histórico que alberga nuestra editorial aparece ante mí como un faro en la tormenta. Cinco plantas de ladrillo rojo y ventanales amplios que han visto pasar miles de historias. Mi abuelo Patrick firmó el contrato de alquiler en 1982, cuando mi madre tenía veintidós años y sueños más grandes que el dinero en su cuenta bancaria.

Este edificio es mi hogar tanto como mi apartamento en West Village. Estos ladrillos han absorbido décadas de conversaciones sobre primeras líneas perfectas y finales que rompen corazones. Estos pasillos han resonado con las risas de autores noveles cuando firman su primer contrato, con los lloros de alegría cuando un libro encuentra a sus lectores.

Y mi propio padre lo está vendiendo como si fuera una simple transacción comercial.

Subo los escalones del portal de dos en dos, mis zapatillas deportivas resonando contra el mármol gastado. El portero, el señor García, me saluda con su sonrisa de siempre, pero no me detengo a charlar como hago habitualmente.

—¡Buenos días, señor García! —grito por encima del hombro mientras me lanzo hacia las escaleras como una posesa.

No espero el ascensor. No hay tiempo para esperar nada. No cuando cada segundo que pase podría ser otro párrafo firmado, otra cláusula acordada, otro clavo más en el ataúd de todo lo que amo.

Mis pies martillean contra los escalones mientras subo hacia la quinta planta, sintiendo cómo mi corazón pasa de latir por el ejercicio a latir por la adrenalina más pura que he sentido jamás. El eco de mis pasos se multiplica en el hueco de la escalera, creando una sinfonía frenética que coincide perfectamente con el caos de terror y furia que se arremolina en mi pecho.

¿Qué estará prometiéndole ese hombre a mi padre? ¿Cuántos millones considera Richard que vale traicionar la memoria de su propia esposa? ¿Cómo es posible que después de tres años llorando la muerte de mamá, todavía no entienda que Haven Books no es solo una empresa? ¿Que es el alma de Catherine Brennan convertida en ladrillo y papel?

Llego al quinto piso con los pulmones ardiendo y una película de sudor cubriendo toda mi piel. Recorro el pasillo hacia el despacho principal, ese santuario donde mi madre tomaba las decisiones importantes, donde firmaba los contratos con los autores que cambiarían vidas, donde me enseñó que publicar un libro es un acto de fe tanto como de negocio.

«Cada libro que publicamos es una promesa, Isla,» me dijo una vez, con las manos manchadas de tinta de una corrección de última hora. *«Le prometemos al autor que cuidaremos de su historia, y le prometemos al mundo que esa historia merece ser leída. No rompas nunca esa promesa, cariño. Porque cuando lo haces, dejas de ser una editora. Te conviertes simplemente en alguien que vende papel.»*

La puerta del despacho está cerrada, pero puedo oír voces masculinas al otro lado. Una es la de mi padre, con ese tono condescendiente que ha desarrollado desde que mi madre murió, como si yo fuera una niña jugando a los negocios en lugar de la mujer que ha mantenido a flote esta editorial durante los últimos tres años. La otra voz es más grave, más controlada. Más letal.

Me detengo un instante frente a la puerta, con la mano en el pomo de bronce que mi madre pulía personalmente cada semana, intentando recuperar algo de compostura. Mi reflejo en el cristal esmerilado me devuelve la imagen de una mujer que parece haber corrido una maratón: pelo escapándose de la coleta en mechones húmedos, mejillas sonrojadas como manzanas, camiseta técnica pegada al cuerpo por el sudor.

Perfecto. Voy a irrumpir en lo que seguramente es la reunión más importante de mi vida profesional pareciendo que vengo directa del gimnasio.

Pero ya no hay tiempo para arreglarme. Ya no hay tiempo para planificar qué decir o cómo decirlo. Solo hay tiempo para actuar, para luchar, para defender lo único que me queda de la mujer que me enseñó a amar las palabras tanto como a respirar.

Respiro hondo, sintiendo cómo el aire llena mis pulmones todavía agitados, y aprieto el pomo con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos.

La puerta se abre de golpe, golpeando contra la pared con un estruendo que hace temblar los cristales y que probablemente se oye hasta la planta baja.

—¡Papá! ¿Qué demonios está pasando aquí?

Y entonces lo veo, y mi mundo se para por completo.

El hombre que está a punto de arruinar mi vida es... jodidamente impresionante.

Alto, más alto de lo que esperaba, con hombros anchos enfundados en un traje gris que probablemente cuesta más que lo que gano en tres meses. Cabello castaño oscuro perfectamente peinado, mandíbula que podría cortar cristal, y unos ojos grises que me atraviesan con la misma intensidad con que un depredador estudia a su presa antes de atacar.

Zane Hawke en persona. El famoso Carnicero de Wall Street. Y es tan devastadoramente atractivo que por un microsegundo olvido por qué estoy furiosa.

Solo un microsegundo.

Porque entonces mi mirada se desvía hacia los documentos extendidos sobre el escritorio de caoba de mi madre, documentos que reconozco inmediatamente por las pesadillas que han poblado mis sueños durante meses.

Contratos de venta. Con firmas ya estampadas en tinta negra.

Mi corazón se detiene completamente, y luego se dispara a tal velocidad que puedo sentir cada latido reverberando en mis sienes, en mi garganta, en la punta de mis dedos.

Ya es demasiado tarde.

Mi padre ha vendido Haven Books.

Ha vendido a mi madre.

Pero yo no pienso rendirme sin luchar.

CAPÍTULO 3

Pasado

ISLA

El despacho de mamá huele a vainilla y a papel nuevo, a promesas por cumplir y a magia esperando a ser descubierta. Tengo las piernas colgando del sillón de cuero donde estoy acurrucada contra el costado cálido de mi madre, sintiendo cómo su respiración hace que mi cabeza suba y baje suavemente mientras lee.

Es sábado por la tarde y el edificio está silencioso, solo estamos nosotras dos en nuestro refugio secreto. Los rayos dorados del sol de octubre se filtran por los ventanales, convirtiendo las motas de polvo en pequeñas estrellas que danzan en el aire, y puedo ver cómo la luz hace brillar los mechones rojizos del pelo castaño de mamá como si tuviera fuego dentro.

—*«Y entonces, la pequeña luna descubrió que no necesitaba brillar como el sol para iluminar la oscuridad. Su luz suave y plateada era exactamente lo que el mundo necesitaba para encontrar el camino a casa»* —lee mamá con esa voz melodiosa que hace que todas las palabras suenen como música.

Cierro los ojos y dejo que las palabras se asienten en mi pecho como miel tibia. Puedo ver a la pequeña luna en mi mente, tímida pero valiente, aprendiendo que ser diferente no significa ser menos especial.

—¿Te gusta esta historia, cariño? —pregunta mamá, y siento la vibración de su voz a través de su pecho.

—Me encanta —susurro, acurrucándome más contra ella—. La pequeña luna me recuerda a mí.

Mamá se ríe suavemente y deposita un beso en lo alto de mi cabeza, ese gesto que siempre me hace sentir como si fuera lo más precioso del mundo.

—¿Sabes qué es lo más maravilloso de esta historia, Isla?

—¿Qué?

—Que la escribió un niño de diecisiete años. Solo nueve años mayor que tú.

Me incorporo tan rápido que casi me caigo del sillón, girándome para mirarla con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? ¿Un niño escribió esto?

—Sí —dice mamá, con esa sonrisa que le ilumina toda la cara—. Se llama Tommy, y cuando su madre me envió este manuscrito, supe inmediatamente que tenía algo especial entre mis manos. Mira.

Gira las páginas hasta enseñarme los dibujos que acompañan la historia, pequeñas ilustraciones hechas con lápices de colores que muestran a la luna sonriendo tímidamente desde el cielo estrellado.

—¿Él también hizo los dibujos?

—Sí, también. ¿Sabes qué vamos a hacer con esta historia?

Niego con la cabeza, completamente fascinada.

—Vamos a convertirla en un libro de verdad. Con tapas duras y páginas brillantes, y lo vamos a poner en librerías para que otros niños puedan leerlo. Y cuando lo hagan, cuando se sientan tristes o diferentes, van a recordar a la pequeña luna y van a saber que ellos también pueden brillar a su manera.

El corazón me late muy fuerte en el pecho, como si quisiera saltar de emoción.

—¿Y Tommy lo va a saber?

—Por supuesto. Va a tener su libro en sus manos, va a ver su nombre en la portada, y va a saber que su historia ha llegado a miles de niños que la necesitaban. ¿Puedes imaginarte lo feliz que se va a sentir?

Intento imaginármelo y se me hace un nudo en la garganta. Un niño como yo, viendo su historia convertida en algo real, sabiendo que otros niños van a leerla cuando se sientan solos.

—Mamá —susurro—, ¿eso es lo que haces aquí? ¿Convertir las historias de la gente en libros de verdad?

—Es mucho más que eso, cariño —dice, y su voz se vuelve muy suave, muy seria—. Yo busco tesoros escondidos. Historias que necesitan ser contadas, voces que merecen ser escuchadas. Cada manuscrito que llega a mi escritorio es como una carta que alguien

le escribe al mundo, diciéndole: *«Esto es importante. Esto necesita existir.»*

Se gira para mirarme directamente, sus ojos verdes brillando con una intensidad que me hace sentir como si pudiera ver directamente dentro de mi alma.

—Haven Books no es solo una empresa, Isla. Es un lugar donde las historias encuentran su hogar. Donde los sueños de los escritores se hacen realidad. Donde podemos cambiar el mundo, página a página.

—¿Cambiar el mundo? —pregunto, con la voz llena de asombro.

—Por supuesto —sonríe, apartándome un mechón de pelo de la frente—. ¿Sabes cuántas veces alguien ha leído un libro que le ha salvado la vida? ¿Cuántas personas han encontrado esperanza, o valor, o simplemente la sensación de que no están solas, entre las páginas de una historia?

Asiento con solemnidad, sintiendo que estoy aprendiendo algo muy importante.

—Cada libro que publicamos es una promesa, cariño. Le prometemos al autor que cuidaremos de su historia como si fuera nuestro tesoro más preciado. Le prometemos al mundo que esa historia merece ser leída, que vale la pena. Y le prometemos a cada lector que lo que tiene entre sus manos puede cambiarle la vida.

El peso de sus palabras se asienta en mi pecho como algo cálido, sólido y brillante.

—¿Y tú cumples siempre tus promesas?

—Siempre —dice con firmeza—. Porque cuando rompes una promesa así, dejas de ser una editora. Te conviertes simplemente en alguien que vende papel.

Me quedo en silencio unos momentos, procesando todo lo que me ha dicho. Puedo sentir algo creciendo dentro de mí.

—Mamá —digo finalmente, con una voz que suena muy seria para ser la de una niña de ocho años—, cuando sea mayor, quiero hacer lo mismo que tú.

La sonrisa que se dibuja en su rostro es la cosa más hermosa que he visto jamás.

—¿De verdad?

—De verdad. Quiero buscar tesoros escondidos. Quiero cumplir promesas. Quiero ayudar a que las historias encuentren su hogar.

Mamá me abraza tan fuerte que puedo oler su perfume de vainilla mezclado con el aroma del café que siempre tiene en su escritorio, y siento sus lágrimas húmedas contra mi mejilla.

—Entonces algún día, esta editorial será tuya, cariño. Algún día, tú serás la que guarde las historias más importantes del mundo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —susurra contra mi pelo—. Haven Books siempre será nuestro hogar, Isla. Tuyo y mío. Para siempre.

Me acurruco más contra ella, sintiendo como si tuviera el futuro entero brillando delante de mí como las motas de polvo doradas en los rayos del sol.

—¿Puedes leerme otra vez la historia de la luna?

—Las veces que quieras, mi amor. Las veces que quieras.

Y mientras su voz vuelve a llenar el despacho con la magia de las palabras, cierro los ojos y hago una promesa silenciosa.

Algún día, yo también voy a encontrar historias como la de Tommy. Voy a cuidar de ellas como si fueran mis tesoros más preciados. Voy a cambiar el mundo.

Algún día, voy a hacer que mamá se sienta orgullosa.

Para siempre.

CAPÍTULO 4

Presente

ISLA

Espero a que se vayan. Me quedo ahí plantada en el umbral del despacho, con los puños apretados tan fuerte que las uñas se me clavan en las palmas, viendo cómo Zane Hawke recoge su maletín con tanta tranquilidad que me dan ganas de estrangularlo. Mi padre ni siquiera me mira cuando sale detrás de él, es como si acabara de vender un coche usado en lugar del alma de su difunta esposa.

Cuando sus pasos se desvanecen por el pasillo, me desplomo contra el marco de la puerta como un globo pinchado. Todo el valor que he demostrado hace unos segundos abandona mi cuerpo.

—Dios mío, Isla. —Sofía aparece a mi lado como un torpedo, con su pelo rizado hecho un desastre y los ojos brillando de preocupación—. ¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma.

—Peor —logro articular—. He visto a mi padre convertirse en Judas.

Sofía me agarra del brazo y me arrastra hasta el sofá del despacho, ese mismo donde me sentaba de pequeña a escuchar a mamá leer manuscritos. El cuero sigue oliendo igual: a historia, a sueños, a las tardes de sábado que creía que durarían para siempre.

—Cuéntamelo todo —dice, sentándose a mi lado y cogiéndome las manos—. Y no te dejes ni un detalle.

Le explico la reunión entre jadeos entrecortados, desde el momento en que irrumpí hasta la amenaza final de Zane. Sofía me escucha con esa intensidad que la caracteriza, haciendo gestos de incredulidad y soltando algún que otro taco cuando le cuento las partes más indignantes.

—No me puedo creer que tu padre haya vendido —dice finalmente, con la voz cargada de una rabia que hace que me sienta

menos sola—. Tu madre estaría destruida. Madre mía, Isla, Catherine lo mataría con sus propias manos.

—Lo sé —susurro, sintiendo cómo las lágrimas me queman detrás de los párpados—. Lo sé y eso es lo que más me duele. Que haya traicionado todo lo que ella representaba por un cheque.

Sofía se levanta como un resorte y empieza a dar vueltas por el despacho, gesticulando como una loca. Es algo que hace cuando está nerviosa o cabreada, y ahora mismo está las dos cosas.

Las dos lo estamos.

—Vale, pero escúchame bien —dice, deteniéndose frente a mí con los brazos en jarras—. Tu padre puede ser un cabrón sin principios, pero tú no has perdido. No hasta que decidas que has perdido.

—Sofía...

—No, escúchame. Tienes el cuarenta y nueve por ciento. Él tiene el otro cuarenta y nueve. Pero, ¿quién tiene el dos por ciento restante?

—Los empleados —respondo automáticamente.

Porque es cierto. Pero ahora mismo me estoy permitiendo tener unos instantes de debilidad. Los necesito antes de prestar batalla.

—Exacto. Y ¿a quién crees que van a apoyar? ¿A ti, que los has cuidado como si fueran familia, que conoces el nombre de sus hijos y que te quedas hasta las tantas ayudándoles con proyectos personales? ¿O al tiburón de Wall Street que seguramente va a despedir a la mitad de ellos en cuanto pueda?

Por primera vez desde que vi esos documentos firmados, siento una chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho.

—Tienes razón —murmuro, y luego más alto—: Tienes razón. Los empleados me apoyan.

—Por supuesto que me tengo razón —dice Sofía, con esa sonrisa feroz que conozco tan bien—. Y voy a decirte algo más: ese Zane Hawke no sabe en qué se ha metido. Porque tú, Isla Brennan, eres la mujer más terca, apasionada y luchadora que conozco. Cuando algo te importa de verdad, eres imparable.

Me levanto del sofá sintiéndome como si acabara de beber tres cafés seguidos. La adrenalina me recorre las venas, mezclándose

con la determinación hasta convertirse en algo sólido y ardiente en mi pecho.

—Gracias por recordármelo, Sofía. Se viene la guerra —digo, y mi voz suena firme—. Y pienso ganarla.

Una hora después, todos los empleados de Haven Books están reunidos en la sala de conferencias principal. Los cuarenta y siete. Desde Margaret, nuestra editora senior que lleva aquí más años que yo tengo de vida, hasta Marcus, el becario de veintidós años que empezó hace tres meses y que tiembla cada vez que me ve.

Los miro a todos desde el otro lado de la mesa de roble que mi abuelo Patrick compró en una subasta en 1982, y veo mi propia familia reflejada en sus rostros expectantes. Estas personas no son solo mis empleados. Son los guardianes de Haven Books, los que han mantenido vivo el sueño de mi madre todos estos años.

—Supongo que os estaréis preguntando por qué os he reunido a todos aquí —empiezo, con la voz más calmada de lo que me siento.

—¿Tiene que ver con el hombre trajeado que hemos visto salir hace un rato? —pregunta Jessica, de marketing, con esa preocupación maternal que la caracteriza.

—Sí —respiro hondo—. Mi padre acaba de vender su cuarenta y nueve por ciento de Haven Books a Hawke Capital.

El silencio que sigue es ensordecedor. Puedo ver cómo la noticia se asienta en sus rostros como una bofetada, cómo pasan de la confusión al shock, y del shock a la indignación.

—¿Hawke Capital? —Margaret se inclina hacia delante, con los ojos muy abiertos—. ¿El grupo que se dedica a descuartizar empresas?

—El mismo.

—Mierda —susurra David, de producción, y normalmente le habría reñido por el lenguaje, pero ahora mismo estoy de acuerdo con él.

—Pero todavía nos queda munición con la que luchar —continúo, alzando la voz por encima del murmullo de voces indignadas—. Mi

padre puede haber vendido su parte, pero yo sigo teniendo la mía. Y vosotros tenéis el dos por ciento de votos.

Margaret se endereza como si acabase de escuchar a los ángeles cantar.

—El dos por ciento decisivo —dice lentamente.

—Exactamente. Sin vuestro apoyo, Zane Hawke no puede hacer cambios estructurales importantes. No puede despedir a nadie. No puede cambiar nuestra línea editorial. No puede convertir Haven Books en una máquina de hacer dinero sin alma.

Veo cómo la comprensión se extiende por la sala como una onda. Las expresiones de pánico se transforman en algo más duro, más decidido.

—¿Qué necesitas que hagamos? —pregunta Tom, de ventas, con esa lealtad absoluta que me hace sentir como si tuviera un ejército a mis espaldas.

—Necesito que me apoyéis. En cada votación, en cada decisión. Necesito que seamos una piña contra cualquier cosa que quiera cambiar lo que somos.

—¿Y qué somos? —pregunta la pequeña Emma, de editorial, con veinte años y todos los sueños del mundo brillando en sus ojos.

La pregunta me desarma por completo. Porque es tan simple y tan compleja a la vez.

—Somos una familia —digo finalmente—. Somos el lugar donde las historias encuentran su hogar. Somos las personas que creemos que los libros pueden cambiar el mundo. Somos Haven Books y nadie va a arrebatarnos eso.

La ovación que sigue a mis palabras es tan espontánea y emocional que se me hace un nudo en la garganta. Cuarenta y siete personas poniéndose en pie, gritando su apoyo, prometiéndome que van a luchar.

Margaret se acerca hasta mí cuando el ruido se calma, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —susurra—. Y cuenta con nosotros para todo, cariño. Esta es nuestra casa también.

Son las once de la noche cuando llego a mi apartamento en West Village. El silencio me golpea como un muro después del bullicio emocional del día, recordándome que, por mucho que tenga una familia en Haven Books, aquí estoy sola.

Siempre he estado sola. Incluso cuando mamá vivía, cuando podía llamarla a cualquier hora para hablar de un manuscrito o para quejarme de que papá no entendía nuestro trabajo. Incluso entonces, mi vida se reducía a los libros, a las historias, a esa búsqueda constante de la próxima joya literaria que cambiaría la vida de alguien.

No tengo pareja. Ni la he tenido seriamente en años. Los hombres se cansan de competir con manuscritos, de quedar en segundo lugar después de autores noveles y primeras ediciones. Y yo me canso de explicarles por qué prefiero leer un viernes por la noche antes que salir de copas.

Mi apartamento refleja esa realidad: estanterías del suelo al techo en cada habitación, manuscritos apilados en la mesa del comedor, la cama cubierta de galeradas que tengo que revisar. Es mi refugio y mi búnker, el lugar donde puedo ser completamente yo sin disculparme por ello.

Pero esta noche, por primera vez en mucho tiempo, el silencio me agobia.

Me dirijo directamente al dormitorio, donde tengo un cajón especial en la mesita de noche. Lo abro con cuidado, como si fuera un cofre del tesoro, y saco el libro que guardo ahí desde que mamá murió.

La Luna que Aprendió a Brillar, por Tommy Martínez. Primera edición. Dedicado: «Para Isla, mi pequeña luna favorita. Con amor, mamá.»

Las páginas están amarillentas y gastadas de tanto leer. Pero las palabras siguen siendo las mismas, igual de mágicas que cuando las escuché por primera vez sentada en el regazo de mi madre.

Me meto en la cama sin cambiarme, apretando el libro contra mi pecho como hacía cuando era pequeña y tenía pesadillas.

—Te prometo que no van a ganar, mamá —susurro en la oscuridad —. Te prometo que Haven Books seguirá siendo lo que tú quisiste

que fuera. Aunque tenga que luchar contra Zane Hawke con uñas y dientes.

El perfume de vainilla parece flotar en el aire durante un segundo, tan real que casi puedo convencerme de que mamá está aquí conmigo, aprobando mi decisión.

Me quedo dormida abrazada al libro, soñando con batallas por librar y promesas que cumplir.

La guerra contra Hawke Capital empieza mañana.

Y pienso ganar.

CAPÍTULO 5

ZANE

La alarma suena a las cinco y media de la mañana, como cada día de los últimos quince años. Ni un minuto antes, ni uno después. Extiendo la mano hacia la mesita de noche sin abrir los ojos y la apago de un manotazo preciso, automático.

Mi rutina matutina es sagrada. Voy al gimnasio durante una hora y media, luego me doy una ducha de agua fría durante exactamente cinco minutos y después, tomo café solo sin azúcar mientras reviso los mercados de valores. Todo medido, todo controlado, todo predecible.

Excepto que esta mañana, mientras estoy tumbado en la cama mirando el techo de mi piso, no puedo pensar en los mercados de valores.

Pienso en unos ojos verdes furiosos.

En una mujer que irrumpió en mi reunión como un huracán sudoroso y hermoso, con mechones escapándose de su coleta y las mejillas sonrojadas por la carrera. En cómo me miró como si fuera la peor escoria de la tierra, con tanto desprecio que debería haberme ofendido.

En lugar de eso, me excitó más de lo que ninguna mujer me ha excitado jamás.

Joder.

Me levanto de un salto, como si la cama me quemara. Esto es ridículo. Soy Zane Hawke. El hombre implacable de Wall Street. No me obsesiono con mujeres que me odian. Especialmente cuando esas mujeres van a ser un problema para mis planes de reestructuración en menos de unas horas.

Pero mientras me dirijo al gimnasio privado de nuestro edificio, no puedo dejar de recordar cómo se veía Isla Brennan cuando me amenazó. Pequeña pero feroz, como una gata salvaje enseñando las

garras. Y la forma en que pronunció mi apellido, cargándolo de tanto desdén que sonaba como una palabrota...

Para.

Me subo a la cinta de correr y pongo un ritmo más alto de lo habitual, necesitando quemar esta energía extraña que se ha asentado bajo mi piel. El sonido de mis pasos contra la banda debería calmarme, pero en su lugar, cada golpe me recuerda a la imagen de Isla vestida con ropa de correr.

Tengo que sacármela de la cabeza de una jodida vez.

Esto es ridículo.

La ducha de agua helada tampoco me ayuda. Normalmente, los cinco minutos bajo el chorro gélido me centran, me preparan para el día que tengo por delante. Hoy, solo consiguen que mi cuerpo recuerde lo acalorado que me sentí cuando Isla se acercó tanto a mí que pude contar las pecas de su nariz.

Cuando me visto, eligiendo el traje gris oscuro que sé que me hace parecer más intimidante, me obligo a concentrarme en lo que realmente importa: Haven Books. Hoy es mi primer día oficial como copropietario. Tengo planes que implementar, empleados que conocer, una empresa que reestructurar.

Y una socia a la que someter.

Esa última parte debería ser lo que menos me preocupe. He manejado socios hostiles antes. Sé cómo neutralizar la resistencia, cómo convertir enemigos en aliados o, al menos, en colaboradores resignados.

Pero ninguno de esos socios tenía ojos que se encendían como esmeraldas cuando se enfadaban.

El edificio de Haven Books parece diferente cuando entro por la puerta principal a las ocho de la mañana. Ayer era un territorio enemigo que había que conquistar. Hoy es... bueno, sigue siendo territorio enemigo, pero ahora es MI territorio enemigo.

El cambio es inmediato y palpable. Las conversaciones se detienen cuando paso por el vestíbulo. Los empleados que ayer me miraban

con curiosidad ahora me lanzan miradas que podrían cortar el acero. Una mujer joven de pelo rizado me evalúa con la sutileza de un francotirador apuntando a su objetivo.

No me molesta la hostilidad. La esperaba. Lo que me molesta es la forma en que mis ojos buscan automáticamente una cabeza de pelo castaño en cada rincón, en cada pasillo.

La encuentro en la última planta, inclinada sobre el escritorio de un empleado, señalando algo en la pantalla de su ordenador. Lleva un vestido azul marino que se ajusta a su cuerpo de formas que hacen que mi mente vaya por caminos completamente inapropiados para un lugar de trabajo. Su pelo está recogido en un moño que parece hecho a toda prisa, con varios mechones rebeldes enmarcando su rostro.

Está completamente absorta en su trabajo, hablando con entusiasmo sobre algo que ha captado su atención, y por un momento me quedo paralizado observándola.

Hay algo hipnótico en ver a Isla Brennan en su elemento. Desprende una energía que hace que todo a su alrededor parezca más vibrante, más vivo. Sus manos gesticulan mientras habla, sus ojos brillan con una pasión genuina que resulta... fascinante.

Y entonces levanta la vista y me ve.

Y todo se va a la mierda.

Durante un microsegundo, algo cruza su expresión. ¿Sorpresa? ¿Molestia? ¿El mismo tirón extraño que yo siento en el pecho cada vez que la miro?

Pero desaparece tan rápido que casi me convenzo de que lo he imaginado. En su lugar aparece una máscara de indiferencia profesional que me resulta más irritante que su hostilidad abierta.

Me acerco con pasos medidos, consciente de que toda la planta nos está observando.

—Señorita Brennan —digo, manteniendo mi voz neutral—. Buenos días.

Ella ni siquiera me mira cuando responde, volviendo a su revisión del documento en la pantalla.

—Buenos días, señor Hawke.

La frialdad en su voz me atraviesa como una cuchilla. ¿Cómo es posible que cuatro palabras pronunciadas con tanta indiferencia me afecten más que las declaraciones de guerra de ayer?

—Supongo que habrá organizado la reunión de presentación con todo el equipo para que sepan quién es el nuevo copropietario —digo, aunque sé perfectamente que no lo ha hecho.

Por primera vez desde que llegué, me mira fijamente. Hay un destello de diversión cruel en sus ojos verdes.

—No —responde con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Pero no te preocupes, lo haré ahora mismo.

Se gira hacia el resto de los trabajadores de esa planta y, sin ningún tipo de aviso, grita:

—¡Chicos! Este es el señor Hawke. Sí, el que viene a destrozar nuestro hogar. Solo quería presentároslo.

El silencio que sigue a sus palabras es tan denso que casi resulta asfixiante. Muchos pares de ojos me observan con una mezcla de curiosidad, hostilidad y diversión mal disimulada.

Me quedo absolutamente inmóvil, procesando lo que acaba de pasar. Esta mujer... esta maldita mujer acaba de humillarme delante del equipo con la audacia más espectacular que he presenciado jamás.

Y lo peor de todo es que no sé si quiero estrangularla o arrastrarla a la habitación más cercana y besarla hasta que se calle.

El pensamiento me golpea como un puñetazo en el estómago. Imaginármela presionada contra la pared, con esa boca descarada finalmente en silencio bajo la mía, con mis manos enseñándole exactamente lo que pasa cuando se pasa de la raya...

¿Qué coño me está pasando?

Nunca, jamás, he tenido fantasías tan primitivas sobre una mujer. En especial sobre una que claramente me desprecia. Mi control es legendario en Wall Street. Soy el hombre que negocia tratos de millones sin inmutarse, que puede destrozar imperios empresariales sin que le tiemble la voz.

Y esta editora con ínfulas me tiene pensando en... en darle unos azotes para controlarla.

Me obligo a mantener la expresión en blanco, a no dejar que se note lo mucho que me desconcierta. Cuando por fin hablo, mi voz sale más grave de lo normal.

—Magnífica presentación. Supongo que al menos me habrás asignado un despacho donde pueda instalarme. Después de todo, soy copropietario del cuarenta y nueve por ciento de este lugar.

Su sonrisa se vuelve afilada como una navaja.

—Por supuesto. Sígueme.

Se gira y camina hacia el final del pasillo, y no puedo evitar fijarme en el balanceo de sus caderas, en cómo el tejido del vestido se estira ligeramente sobre sus curvas. Cuando se detiene frente a una puerta al final del pasillo, tengo que hacer un esfuerzo consciente para no pensar en lo bien que encajaríamos juntos.

—Aquí tienes —dice, abriendo la puerta con un gesto teatral.

Miro el interior y casi me río. Es un cuchitril. Literalmente. Un espacio de dos metros por dos, sin ventanas, con una mesa que parece sacada de un mercadillo y una silla que ha visto días mejores. Huele a humedad y a productos de limpieza baratos.

—No me voy a quedar aquí —digo sin perder la calma.

—Ha habido una votación —responde ella con dulzura falsa—. Es el despacho que se te ha asignado por mayoría democrática.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele. Esta mujer está jugando conmigo, humillándome públicamente, y lo está haciendo con una sonrisa en los labios que hace que quiera besársela hasta borrarla.

O morderla.

—Entiendo —digo, dando un paso hacia ella.

Algo cambia en el aire entre nosotros. Puedo ver cómo sus pupilas se dilatan ligeramente, cómo su respiración se vuelve más superficial. Doy otro paso, reduciendo el espacio entre nosotros hasta que puedo oler su perfume, una mezcla de vainilla y determinación que me está volviendo loco.

—Esto va a ser una guerra continua, ¿verdad, señorita Brennan? —pregunto, mi voz bajando hasta convertirse casi en un susurro.

Ella alza la barbilla, desafiante, pero no retrocede. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me atraviesa como un rayo.

—Tú lo has dicho, Hawke.

La forma en que pronuncia mi apellido, cargándolo de desprecio, pero también de algo más oscuro, hace que se me tense cada músculo del cuerpo. Nos miramos fijamente, librando una batalla silenciosa que ninguno de los dos parece dispuesto a perder.

Su respiración se agita. La mía también. El espacio entre nosotros se carga de una electricidad que hace que el aire se sienta espeso, peligroso. Como si en cualquier momento uno de los dos fuera a ceder y hacer algo completamente irreversible.

Me inclino ligeramente hacia delante, atraído por una fuerza que no puedo controlar ni entender. Sus labios se entreabren levemente, y por un segundo loco pienso que ella también puede sentir esta tensión que nos está devorando a ambos...

—¡Isla! —Una voz femenina rompe el hechizo como un martillo contra el cristal—. Necesito tu ayuda con el autor de la novela histórica. Dice que no está contento con la corrección y...

La voz se desvanece cuando la chica aparece en el pasillo y nos ve. Sus ojos van de Isla a mí, registrando nuestra proximidad, la tensión palpable entre nosotros.

—Perdón —dice lentamente—. ¿Interrumpo algo?

Isla retrocede como si la hubiera quemado, y me doy cuenta de que durante unos segundos me había olvidado completamente de dónde estábamos. De que cualquiera podría habernos visto a punto de... ¿de qué? ¿De besarnos? ¿De matarnos?

—No —responde Isla, recuperando la compostura con una velocidad que me irrita—. El señor Hawke y yo solo estábamos discutiendo sobre... su despacho.

Se gira hacia mí con esa sonrisa falsa otra vez instalada en su rostro.

—Espero que disfrutes mucho de tu estancia en Haven Books, Hawke —dice, y cada palabra suena como un desafío—. Cuando quieras, puedes largarte.

Y se va. Simplemente se gira y se aleja por el pasillo con la otra mujer, dejándome ahí plantado frente a mi cuchitril asignado, con el corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón y una erección que espero que el traje disimule.

Me meto en el despacho diminuto y cierro la puerta, necesitando un momento para procesar lo que acaba de pasar.

Isla Brennan no es solo un obstáculo para mis planes de reestructuración.

Es el mayor desafío al que me he enfrentado jamás.

¿Qué clase de poder demencial tiene sobre mí?

CAPÍTULO 6

ISLA

—Madre mía, Isla —susurra Sofía mientras caminamos rápidamente por el pasillo, alejándonos de Zane—. Por un momento he pensado que ibais a mataros. O a... no sé, a hacer algo muy diferente.

Intento responder con normalidad, pero las palabras se me atrancan en la garganta. Mi corazón sigue latiendo tan fuerte que estoy segura de que todo el mundo puede oírlo. Como si tuviera un martillo neumático instalado en el pecho que no para de golpear contra mis costillas.

—No sé de qué hablas —logro articular, pero mi voz suena extraña.

Sofía me mira de reojo, con esa expresión de preocupación que conozco tan bien.

—Cariño, he visto cómo os mirabais. Había tanta electricidad en el aire que me ha sorprendido que no saltaran chispas. Literalmente.

—Eso es ridículo.

—¿En serio? Porque cuando os he encontrado, estabais tan cerca que parecía que ibais a... —se para en seco y me agarra del brazo—. Isla, ¿estás bien? Estás muy pálida.

No. No estoy bien. Para nada estoy bien. Tengo las manos temblando como si tuviera frío, aunque siento como si todo mi cuerpo estuviera ardiendo desde dentro. Y cada vez que cierro los ojos, veo esos ojos grises clavándose en los míos con una intensidad que me ha dejado completamente desarmada.

—Necesito un momento —susurro—. Voy al baño.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Solo... necesito un minuto.

Me escapo antes de que Sofía pueda protestar, mis pasos resonando contra el suelo de mármol mientras me dirijo al baño como si me persiguiera el mismísimo demonio.

Que, en cierto modo, así es.

Empujo la puerta y me dirijo directamente al lavabo, agarrándome al borde del mármol blanco con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. Mi reflejo en el espejo me devuelve la imagen de una mujer que parece haber corrido una maratón: mejillas sonrojadas, ojos muy abiertos, respiración agitada.

Y es todo por culpa de Zane Hawke.

—Dios mío —susurro al aire vacío del baño, y mi voz rebota contra los azulejos.

Me llevo una mano al pecho, sintiendo cómo mi corazón sigue golpeando contra mis costillas como si quisiera escapar de mi cuerpo. ¿Qué demonios me ha pasado en su despacho? ¿Desde cuándo me afecta así un hombre? ¿Desde cuándo me quedo sin palabras por unos ojos grises y una mandíbula que podría cortar cristal?

Jamás. Jamás en mi vida me había pasado esto.

Y lo peor de todo, lo que hace que me sienta como si estuviera traicionando todo lo que soy, es que Zane Hawke no es solo cualquier hombre. Es el enemigo. El cabrón insensible que quiere destrozar la editorial de mi familia. El tiburón de Wall Street que convierte empresas con alma en máquinas de hacer dinero.

Y me atrae como si fuera una polilla y él fuera la llama más brillante del mundo.

¿En qué momento me he vuelto tan patética?

Abro el grifo y me echo agua fría en las muñecas, un truco que me enseñó mi madre para calmarme cuando era pequeña. Pero ni siquiera el agua helada consigue frenar el calor que se ha instalado bajo mi piel desde el momento en que Zane se acercó a mí.

Cuando se ha inclinado hacia delante, con esa voz grave resonando como una caricia directa contra mis terminaciones nerviosas, por un momento loco he pensado que iba a besarme. Y lo peor de todo es que... le habría dejado.

No, peor aún. Lo estaba deseando.

—Esto es una pesadilla —murmuro, salpicándome la cara con agua fría—. Una pesadilla horrible.

Porque Zane Hawke no es solo impresionante físicamente, aunque lo es. Alto, de hombros anchos, con ese traje gris que se ajusta a su

cuerpo como si hubiera sido diseñado especialmente para él. Con esas manos grandes que me han hecho preguntarme cómo se sentirían contra mi piel, y esa voz que consigue que se me erice el vello de los brazos cada vez que pronuncia mi apellido.

No. Es algo más que eso. Es el poder que irradia sin esfuerzo, la forma en que domina cualquier habitación en la que entra, la seguridad absoluta con la que se mueve por el mundo como si todo le perteneciera por derecho propio.

Es... magnético. Letal. Completamente fuera de mi liga.

Y es el hombre que va a intentar destruir todo lo que amo.

Me enderezo y me miro fijamente en el espejo, obligándome a recordar quién soy y por qué estoy aquí.

Soy Isla Brennan. Hija de Catherine Brennan, la mujer que construyó Haven Books desde cero junto a su padre. Soy la editora que ha mantenido a flote esta empresa durante los últimos tres años. Soy la guardiana de las historias que merecen ser contadas.

Y no voy a dejar que un hombre vestido con un traje caro y unos ojos grises me haga olvidar eso.

Por muy devastadoramente atractivo que sea Zane Hawke, por mucho que haga que mi cuerpo reaccione de formas que no sabía que eran posibles, hay una cosa que tengo que recordar:

Es mi enemigo.

Y los enemigos no se besan. Se derrotan.

Me seco las manos con una toalla de papel, me aliso el vestido y me recoloco el moño. Cuando salga de este baño, volveré a ser la Isla Brennan que puede enfrentarse a cualquier cosa. La mujer que declaró la guerra a Hawke Capital y que piensa ganarla.

Aunque para ello tenga que luchar contra mi propio cuerpo.

Respiro hondo, sintiendo cómo el aire llena mis pulmones y me devuelve algo de la compostura que he perdido, y me dirijo hacia la puerta.

Es hora de recordarle al señor Hawke exactamente con quién se está enfrentando.

Y esta vez, no pienso dejar que me desarme con esa mirada.

Ahora empieza la verdadera batalla.

CAPÍTULO 7

ZANE

Mi «despacho» huele a humedad y a productos de limpieza baratos, como si fuera el armario de un conserje en lugar del espacio de trabajo de un hombre que maneja inversiones de millones. Me quedo ahí sentado durante exactamente tres minutos, mirando las paredes desnudas y la mesa destartalada.

Me he permitido tomarme tres minutos para procesar la humillación.

Tres minutos para que la rabia se asiente en mi pecho como algo sólido y caliente.

Y tres minutos para darme cuenta de que Isla Brennan acaba de cometer su primer error estratégico.

Me ha subestimado.

Me levanto de la silla medio rota con la elegancia deliberada de alguien que se alza de un trono, y salgo del cuchitril con pasos medidos. Si Isla cree que me va a quebrar con trucos tan básicos como instalarme en un despacho diminuto, es que no tiene ni idea de dónde he crecido. He dormido en espacios más pequeños que este. He sobrevivido a cosas que harían que esta princesa editorial saliera corriendo hacia su apartamento de West Village.

Pero ella no necesita saber eso.

Mi infancia en el infierno me da una ventaja competitiva brutal que ella no debe descubrir.

Es hora de conocer mi nuevo reino.

Empiezo por la planta baja, moviéndome con la paciencia de un depredador que está estudiando el terreno antes del ataque. Administración, contabilidad, los números ya me los sé de memoria, pero ahora puedo poner caras a los trabajadores. La hostilidad me golpea como una ola en cuanto aparezco. Conversaciones que se detienen abruptamente, miradas que se apartan cuando las intercepto, el tipo de tensión que hace que el aire se vuelva espeso.

Perfecto.

La hostilidad significa respeto. Significa que saben exactamente lo que soy capaz de hacer. Y eso, paradójicamente, me da una ventaja antes incluso de empezar a mover fichas.

—Buenos días —le digo a una mujer mayor en contabilidad que finge no haberme visto llegar.

Levanta la vista con la reticencia de quien preferiría estar en cualquier otro lugar del mundo.

—Buenos días, señor Hawke.

Su voz es tan fría que podría congelar los cristales.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Diecisiete años.

—Debe haber visto muchos cambios. La evolución de la empresa, diferentes filosofías editoriales...

—Algunos cambios han sido mejores que otros —responde con sequedad, y el mensaje no puede ser más claro: yo no soy uno de los mejores.

Me limito a sonreír, esa sonrisa que he perfeccionado en las salas de juntas más hostiles de Wall Street, y continúo con mi reconocimiento.

Segunda planta: marketing y publicidad. Aquí el ambiente es diferente, más joven, más dinámico, pero igualmente receloso.

—Sofía Vega —la mujer se presenta cuando me acerco, pero no me tiende la mano.

—Zane Hawke. Un placer conocerla.

—Eso está por ver —replica, y hay algo en su franqueza que casi me resulta refrescante.

Al menos es honesta sobre su hostilidad.

Aquí todo el mundo lo es. Está claro que este es el reino de Isla.

Es una pena que yo vaya a arrebatárselo.

Tercera planta: editorial. El corazón palpitante de Haven Books, donde supuestamente la magia sucede. Donde los manuscritos se convierten en libros, donde las historias encuentran vida. También donde puedo sentir la tensión más intensa, como si hubiera entrado en un templo sagrado con las botas sucias.

Los editores me miran como si fuera una plaga que ha venido a contaminar su santuario literario. Uno de ellos, un hombre de mediana edad con gafas de montura gruesa y esa expresión de superioridad intelectual que he visto en mil graduados de Harvard, no se molesta en disimular su desprecio.

—Marcus Thompson —se presenta cuando le pregunto por su trabajo, como si el nombre fuera una sentencia de muerte—. Editor senior. Especializado en ficción literaria.

—¿Qué tipo de volúmenes maneja anualmente? ¿Cuántos manuscritos revisa? ¿Cuál es su ratio de selección?

—Los necesarios —responde con una evasiva que me revienta los nervios.

—Eso no es una respuesta cuantitativa, señor Thompson.

Se endereza, como si acabara de insultarlo personalmente.

—En Haven Books no todo se mide en números, señor Hawke. Aquí valoramos la calidad artística, la integridad literaria, el impacto cultural. Conceptos que quizás no estén en su vocabulario.

Me quedo mirándolo un momento, sintiendo cómo la irritación me sube por el cuello como una marea caliente. En cualquiera de mis veintitrés adquisiciones anteriores, un comentario así habría resultado en una revisión inmediata del organigrama. Pero aquí, con Isla controlando el cuarenta y nueve por ciento y los empleados sosteniendo el dos por ciento que puede inclinar la balanza, no puedo permitirme el lujo de la intimidación directa.

Todavía no.

—Por supuesto —digo finalmente, con una sonrisa que no alcanza mis ojos y que es puro veneno—. Disculpe mi... pragmatismo.

La palabra sale cargada de suficiente fuerza como para que Thompson trague saliva y aparte la mirada.

Cuarta planta: producción y distribución. El lado más industrial de la operación, donde las ideas etéreas se convierten en objetos físicos. Aquí los empleados son menos hostiles, más pragmáticos. Hablan mi idioma: fechas de entrega, costes, eficiencia.

—¿Qué tal van los márgenes de beneficio en producción? —le pregunto al supervisor, un hombre llamado David que parece más dispuesto a tener una conversación real.

—Ajustados —admite con honestidad—. Siempre hemos priorizado la calidad sobre la rentabilidad inmediata.

—¿Y eso es sostenible a largo plazo?

Se encoge de hombros con resignación.

—Hasta ahora sí. Pero todo el mundo sabe que las cosas están... tensas.

Hasta ahora. Exactamente. Hasta que un análisis financiero real demuestre que están sangrando dinero como una arteria cortada.

Quinta planta: la cumbre del poder. Donde está el despacho de Isla, el que fue de su madre, y mi flamante cuchitril. Es aquí donde se toman las decisiones reales, donde reside el verdadero poder.

Y donde Isla Brennan gobierna como una reina guerrera en su fortaleza.

El recorrido completo me lleva dos horas. Dos horas de hostilidad educada, respuestas evasivas, y la sensación constante de estar siendo juzgado y encontrado deficiente. Es exactamente lo que esperaba, y exactamente lo que necesito para empezar a diseñar mi estrategia.

Cuando vuelvo a mi despacho, me instalo en la silla que chirría cada vez que me muevo y saco mi portátil. Pero primero necesito café. El reconocimiento territorial me ha agotado más de lo esperado, y voy a necesitar toda mi concentración para lo que viene ahora.

Salgo del despacho y localizo una máquina de café en el área común. Pero en lugar de usarla directamente, decido hacer un pequeño experimento social. Me acerco a una asistente editorial joven que está organizando documentos en un escritorio cercano.

—Disculpe —digo, usando mi tono más profesional y cortés—. ¿Sería posible que me preparara un café? Solo, sin azúcar.

La chica, que no puede tener más de veinticinco años, me mira como si le hubiera pedido que me donara un riñón.

—Eh... sí, claro, señor Hawke —tartamudea, sus mejillas enrojeciendo—. Se lo traigo enseguida.

—Gracias. Lo aprecio mucho.

Vuelvo a mi despacho y espero, cronometrando mentalmente el tiempo. Cinco minutos. Diez. Quince. Veinte.

No hay café.

No hay ni rastro de la asistente.

Después de veinticinco minutos, salgo otra vez. La chica sigue en su escritorio, pero ahora parece absolutamente aterrorizada, como un conejo que ha visto al zorro y sabe que no hay escapatoria. Me acerco a ella con pasos medidos, consciente de que media planta nos está observando con disimulo.

—¿Ha habido algún problema con el café? —pregunto, manteniendo mi voz cuidadosamente neutral.

—Yo... es que... —balbucea, mirando a su alrededor como si buscara una salida de emergencia—. Lo siento mucho, señor Hawke, es solo que...

—¿Ocurre algo que debería saber?

Y entonces aparece.

Isla surge de entre las estanterías como un huracán, y por un segundo me quedo sin aire en los pulmones. Es como una jodida aparición. Tiene el rostro sonrojado por una mezcla de irritación y determinación.

Se sitúa deliberadamente entre la asistente y yo, como un escudo humano, y la protección feroz en su postura hace que algo primitivo se despierte en mi pecho.

—¿Hay algún problema? —pregunta, alzando la barbilla en un gesto desafiante que ya estoy empezando a reconocer.

—Ningún problema en absoluto —respondo, sin apartar los ojos de ella—. Solo estaba preguntando por el café que pedí hace veinticinco minutos. Una pregunta simple.

Su sonrisa se vuelve afilada.

—Ah, eso. Es que aquí nadie tiene esclavos para que le preparen el café, señor Hawke. Tendrá que preparárselo usted mismo, como el resto de los mortales.

Puedo sentir cómo toda la planta contiene el aliento. Las conversaciones se detienen abruptamente y el tecleo de los ordenadores cesa. Se crea ese tipo de silencio expectante que precede a las tormentas.

Isla ha convertido algo tan mundano como pedir un café en una declaración pública. En un momento definitorio donde tengo que

elegir entre retroceder como un empresario malcriado o demostrar exactamente quién soy.

Y si hay algo que Zane Hawke jamás, jamás hace, es retroceder.

Doy un paso hacia ella, cerrando el espacio entre nosotros hasta que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Su perfume me golpea como una bofetada: vainilla y algo más complejo, más personal. Algo que hace que mi cuerpo reaccione de formas que no debería en medio de una oficina llena de testigos. Y mucho menos con esta fiera de mujer.

Bajo la voz hasta convertirla en un susurro ronco y me inclino ligeramente hacia su oído, lo suficiente como para que mi aliento roce la piel sensible de su cuello.

—Si crees que soy un empresario pijo que se va a asustar por tener que hacer un café y va a salir corriendo de aquí con el rabo entre las piernas, es que no tienes ni la más remota idea de con quién estás tratando, Isla.

El efecto es inmediato e impresionante. Siento más que veo cómo se le eriza toda la piel cuando pronuncio su nombre. El pequeño estremecimiento involuntario que la recorre cuando mi voz grave vibra cerca de su oreja. La forma en que su respiración se vuelve más superficial, más agitada, como si acabara de correr cinco manzanas.

Cuando me enderezo, manteniendo esa distancia peligrosamente íntima, la miro directamente a los ojos. Y lo que veo ahí me golpea como un puñetazo en el estómago.

Deseo.

Puro, crudo, involuntario deseo ardiendo en esas pupilas dilatadas.

Durante una fracción de segundo que se siente como una eternidad, Isla Brennan me mira como si quisiera arrancarme el traje a tirones y hacer cosas con mi cuerpo que sé que disfrutaría con locura. Su respiración se agita, sus labios se entreabren ligeramente, y puedo ver cómo lucha contra su propia reacción.

Luego parpadea, y la máscara de indiferencia vuelve a deslizarse sobre su rostro como una armadura. Pero es demasiado tarde. Lo he visto. Lo hemos visto los dos.

Y la satisfacción que siento es tan profunda, tan visceral, que tengo que hacer un esfuerzo consciente para no sonreír como un depredador que acaba de localizar a su presa.

—Que disfrutes preparándote el café... Hawke —dice finalmente, pero su voz sale ligeramente ronca, como si acabara de despertarse.

Se da la vuelta para marcharse, pero no antes de que pueda ver cómo se lleva una mano discretamente al cuello, como si intentara calmar el pulso que late ahí como un tambor de guerra.

Miro alrededor y veo que todos los empleados que nos estaban observando apartan la mirada rápidamente, fingiendo estar absortos en sus respectivos trabajos. Pero la tensión sigue flotando en el aire como humo.

Una sonrisa lenta se dibuja en mis labios mientras me dirijo hacia la máquina de café, sintiendo los ojos de Isla clavados en mi espalda, aunque finja que no me ve.

Si Isla Brennan quiere guerra, tendrá guerra.

Pero va a descubrir muy pronto que yo también sé jugar sucio.

Y que cuando lo hago, no dejo prisioneros.

Y ahora sé que no soy el único afectado por esta ilógica atracción.

CAPÍTULO 8

ISLA

La sala de reuniones de la tercera planta es mi santuario. Aquí es donde nacen los libros, donde las ideas se convierten en proyectos reales, donde la magia de Haven Books cobra vida. Las paredes están llenas de primeras ediciones enmarcadas, fotografías de autores firmando contratos, recortes de reseñas que cambiaron carreras literarias.

Es mi lugar favorito de todo el edificio, el espacio donde me siento más yo misma.

O al menos, lo era hasta hace cinco minutos.

—El manuscrito de Elena Vázquez tiene un potencial increíble —estoy diciendo, mientras paso las páginas de la novela que he estado leyendo durante toda la semana—. Su prosa es exquisita, la construcción de personajes es magistral, y la historia... Dios, la historia te parte el corazón de la forma más hermosa posible.

Marcus, nuestro editor senior, asiente entusiasmado desde el otro lado de la mesa.

—Estoy completamente de acuerdo. Es el tipo de libro que puede redefinir el género de ficción histórica contemporánea. Los personajes se quedan contigo mucho después de cerrar la última página.

—Exacto —digo, sintiendo esa emoción familiar que me invade cada vez que hablamos de un manuscrito especial—. Y la forma en que entrelaza la historia personal con los eventos históricos... es puro arte.

Sofía, que está revisando notas de marketing, levanta la vista con ese brillo en los ojos que significa que ya está maquinando campañas publicitarias.

—Podemos posicionarla como la nueva voz de la ficción histórica española. El mercado está hambriento de narrativa femenina que explore...

La puerta de la sala se abre sin que nadie haya llamado.

Zane Hawke entra como si fuera el dueño del lugar. Que, técnicamente, lo es en un cuarenta y nueve por ciento, pero eso no le da derecho a interrumpir mis reuniones editoriales sin avisar.

Lleva un traje azul marino que le queda de muerte, y cuando se mueve, puedo ver la definición de sus músculos bajo la tela. Su pelo está perfectamente peinado, como siempre, y sus ojos grises me buscan inmediatamente en la sala, clavándose en los míos con una intensidad que hace que se me acelere el pulso.

Viene a por guerra.

—Buenos días —dice, con esa voz grave que consigue que se me erice el vello de los brazos—. Espero no interrumpir nada importante.

Claro que interrumpes, quiero gritarle. *Interrumpes todo desde el momento en que entras en una habitación*.

—Estamos en una reunión editorial —respondo, intentando mantener mi voz profesional—. Revisando manuscritos para publicaciones futuras.

—Perfecto —dice, dirigiéndose directamente hacia la silla que está justo enfrente de mí—. Me vendrá bien entender mejor el proceso de selección.

Se sienta sin que nadie se lo haya pedido, saca un cuaderno de cuero caro de su maletín, y me mira expectante, como si estuviera esperando que continue con la reunión.

Ojalá fuese capaz de hacerlo.

El problema es que, con Zane Hawke sentado a menos de dos metros de mí, mirándome con esa atención total que me hace sentir como si fuera la única persona en la habitación, se me olvida completamente de qué estaba hablando.

—Estábamos... —empiezo, y mi voz sale ligeramente ronca. Carraspeo y lo intento otra vez—. Estábamos discutiendo el manuscrito de Elena Vázquez.

—¿Elena Vázquez? —Zane anota algo en su cuaderno—. ¿Autora novel?

—Sí. Es su primera novela, pero es extraordinaria.

—Entiendo —dice, sin levantar la vista de sus notas—. ¿Qué tipo de tirada estáis considerando?

La pregunta me descoloca. No porque no tenga respuesta, sino porque es exactamente el tipo de pregunta que me esperaría de él. Práctica, comercial, sin ninguna consideración por la calidad artística del trabajo.

—Todavía estamos evaluándolo —respondo con cautela.

—¿Y cuál es vuestro criterio para las tiradas? ¿Os basáis en estudios de mercado, en el rendimiento de títulos similares, en las tendencias de ventas del género?

Marco se remueve incómodo en su silla. Sofía me lanza una mirada que dice claramente *«ten cuidado»*. Y yo siento cómo la irritación me sube por el pecho como lava caliente.

—Nos basamos en la calidad de la obra —digo, y cada palabra sale cargada de más tensión de la que pretendía—. En la importancia de la historia que cuenta. En el impacto que puede tener en los lectores.

Zane levanta la vista de su cuaderno y me mira directamente. Sus ojos grises parecen atravesarme como rayos láser, y por un momento me siento completamente expuesta, como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos.

—Por supuesto —dice, con un tono que suena perfectamente razonable pero que de alguna manera me pone los nervios de punta —. Pero asumo que también consideráis factores como la viabilidad comercial. Al final del día, un libro que no vende no llega a ningún lector.

—La literatura no es una línea de producción de coches, señor Hawke —respondo, sintiendo cómo la temperatura de mi cuerpo sube varios grados.

—No, claro que no —asiente, y hay algo en su sonrisa que me hace querer tirarle el manuscrito a la cabeza—. Pero es un negocio. Y los negocios necesitan generar beneficios para sobrevivir.

Sofía interviene antes de que yo pueda responder algo de lo que me arrepentiré después.

—Elena Vázquez tiene un potencial comercial considerable —dice diplomáticamente—. Su historia combina elementos que atraen tanto

a lectores de ficción literaria como de ficción histórica popular.

—Interesante —Zane toma más notas—. ¿Habéis hecho algún estudio de mercado específico? ¿Sabéis qué cabida tiene este tipo de narrativa en el mercado actual? ¿O vamos a tener que gastarnos una fortuna en marketing para que los cuatro lectores que puedan estar interesados en esto sepan que existe?

El silencio que sigue a sus preguntas es tan denso que se podría cortar con un cuchillo.

Puedo sentir cómo el calor me sube por el cuello hasta las mejillas, cómo las manos me empiezan a temblar de rabia. No es solo lo que ha dicho, aunque eso ya es bastante ofensivo. Es la forma en que lo ha dicho, con esa superioridad condescendiente que da a entender que todo lo que hacemos aquí es una pérdida de tiempo y dinero.

Es la forma en que ha reducido la obra maestra de Elena a «algo que necesita marketing para cuatro lectores».

Y es la forma en que me mira mientras dice todo esto, con esa intensidad que hace que mi cuerpo reaccione de formas completamente inapropiadas a pesar de que mi mente está furiosa.

Me levanto de la silla tan bruscamente que chirría contra el suelo.

—La reunión ha terminado —anuncio, mi voz saliendo más alta de lo que pretendía—. ¿Marcus, Sofía, por favor, podéis dejarme unos minutos a solas con el señor Hawke?

Mis colegas recogen sus cosas con la velocidad de personas que saben reconocer una zona de guerra cuando la ven. Sofía me lanza una mirada de preocupación antes de salir, pero no intenta detenerme. Sabe que cuando llego a este punto, lo mejor es dejarme explotar.

Cuando la puerta se cierra detrás de ellos, me giro hacia Zane, que sigue sentado en su silla con una expresión de calma que me dan ganas de borrarle a bofetadas.

—Esta es la editorial de mi familia —digo, y mi voz tiembla ligeramente por el esfuerzo de no gritar—. Mi abuelo la fundó con la creencia de que las historias importantes merecen ser contadas, independientemente de si van a vender un millón de copias o diez mil. Mi madre la dirigió durante cuarenta años manteniendo esa

filosofía. Y yo no voy a permitir que tú vengas aquí y reduzcas todo eso a números en una hoja de cálculo.

Zane se levanta lentamente, y de repente me doy cuenta de lo grande que es realmente. Cómo se alza sobre mí, cómo llena el espacio de la habitación con su sola presencia. Cómo el aire se espesa cuando se mueve.

—No estoy reduciendo nada —dice, y su voz sale más grave que antes—. Estoy intentando entender cómo funciona este lugar.

—¿Cómo funciona? Te voy a decir cómo funciona —me acerco a él, sintiéndome valiente por pura indignación—. Funciona con pasión. Funciona con gente que cree que la literatura puede cambiar vidas. Funciona con editores que están dispuestos a apostar por voces nuevas porque confían en que hay lectores ahí fuera esperando exactamente esas historias.

Estoy tan cerca de él ahora que puedo oler su colonia, algo masculino y caro que hace que se me revuelva el estómago de formas que no debería. Puedo ver las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, la forma precisa en que se ha afeitado esa mañana, la pequeña cicatriz casi imperceptible en su barbilla.

—Elena Vázquez escribió una obra maestra —continúo, alzando la barbilla para sostenerle la mirada—. Una historia sobre una mujer que sobrevive la Guerra Civil española perdiendo todo excepto su humanidad. Es literatura de la buena, de la que te cambia por dentro, de la que hace que el mundo sea un lugar mejor. Y si tú no puedes verlo, es porque eres exactamente el tipo de hombre sin alma del que mi madre me advirtió.

Algo cambia en su expresión. Un destello de algo que podría ser diversión, o irritación, o algo mucho más peligroso.

—¿Un hombre sin alma? —pregunta, dando un paso hacia mí.

El espacio entre nosotros se reduce a apenas unos centímetros, y de repente puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, la forma en que su respiración se ha vuelto ligeramente más pesada.

—Eso es lo que eres —susurro, pero mi voz sale menos convincente de lo que me gustaría—. Un tiburón que solo entiende de números y beneficios.

Su sonrisa es lenta, depredadora, y hace que algo se revuelva peligrosamente en mi estómago.

—Si eso fuera cierto, Isla —dice, pronunciando mi nombre como si fuera una caricia—, no estaría aquí perdiendo el tiempo contigo. Me habría largado ya con mi cuarenta y nueve por ciento y habría puesto a alguien que dirigiera este lugar por mí.

La lógica de lo que dice me golpea como una bofetada fría, pero no puedo procesarlo ahora mismo porque estoy demasiado ocupada lidiando con la forma en que dice mi nombre. Como si tuviera derecho a pronunciarlo así, con esa familiaridad íntima que hace que se me acelere el pulso.

—Pero aquí estoy —continúa, bajando la voz hasta convertirla en algo que más bien parece una caricia—. Intentando entender por qué una mujer inteligente como tú está tan empeñada en administrar mal una empresa que dice amar.

—No administro mal nada —protesto, pero las palabras salen débiles.

—¿No? —se inclina ligeramente hacia delante, y su cercanía hace que se me disparen todas las alarmas—. ¿Cuándo fue la última vez que Haven Books tuvo un año verdaderamente rentable?

No puedo responder a eso, porque la respuesta le daría la razón a él, y porque mi cerebro parece haberse desconectado completamente. Todo en lo que puedo pensar es en la forma en que sus ojos se han oscurecido, en cómo su mirada baja momentáneamente a mis labios antes de volver a mis ojos.

En lo mucho que quiero morderlo. O besarlo. O tirarle del pelo hasta despeinarlo.

Dios mío.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que doy un paso atrás, como si me hubiera quemado.

—Esto... esta conversación se ha acabado —logro articular, dirigiéndome hacia la puerta como si me persiguiera el diablo—. Tengo trabajo que hacer.

—Isla —dice, y mi nombre en su voz me detiene en seco.

Pero no me giro. No puedo girarme. Porque si lo hago, si veo esa sonrisa petulante que sé que tiene en la cara, voy a hacer algo de lo

que me arrepentiré el resto de mi vida.

Como besarlo hasta que se calle.

O peor aún, como descubrir que no me arrepiento en absoluto.

Así que hago lo único prudente, me largo sin permitirle hablar.

CAPÍTULO 9

ZANE

Joder.

Me quedo ahí parado frente a la puerta cerrada de la sala de reuniones durante al menos cinco minutos, sintiéndome como un adolescente que acaba de recibir su primer rechazo. Mi cuerpo aún vibra con la tensión de haber estado tan cerca de Isla, de haber visto esa mezcla de deseo y furia ardiendo en sus ojos verdes antes de que saliera huyendo.

Porque eso es lo que ha hecho. Ha huido.

Y eso debería satisfacerme, debería hacerme sentir como si hubiera ganado esta ronda de nuestro pequeño juego de poder. En su lugar, me siento como si me acabaran de dar una patada en los huevos.

¿Qué coño me está pasando?

Llevo cuatro días en Haven Books. Cuatro malditos días que deberían haber sido suficientes para establecer mi autoridad, evaluar el personal, y empezar a implementar los cambios necesarios para convertir esta editorial en ruinas en algo rentable.

En lugar de eso, he pasado la mayor parte del tiempo obsesionándome con una mujer que me odia, fantaseando con besarla hasta dejarla sin aliento, y perdiendo cada puta batalla que libramos.

Esto tiene que parar. Ahora mismo.

Soy Zane Hawke, joder. El CEO más implacable de Wall Street. El hombre que ha desmembrado veintitrés empresas sin pestañear, que puede hacer que hombres de negocios experimentados tiemblen con una sola mirada. No me obsesiono con mujeres hostiles. No pierdo el control por unos ojos verdes y una boca que parece diseñada específicamente para volverme loco.

Y definitivamente no me paso las noches despierto imaginándome qué sonidos haría Isla si la tuviera debajo de mí, jadeando mi

nombre.

Para. Ya.

Necesito recuperar el control. Necesito recordar por qué estoy aquí y hacer el trabajo que vine a hacer. Y eso empieza por establecer mi autoridad de una vez por todas, sin dejarme distraer por... por lo que sea que Isla Brennan esté haciendo conmigo.

Vuelvo a mi cuchitril con pasos decididos, ignorando las miradas curiosas de los empleados que claramente han estado especulando sobre lo que ha pasado en esa sala de reuniones. Me siento frente a mi portátil y empiezo a revisar números, proyecciones, estrategias. Trabajo real. Trabajo que entiendo y que puedo controlar.

Pero después de una hora de mirar las mismas cifras una y otra vez sin procesarlas realmente, me doy cuenta de que necesito hacer algo más. Algo que me saque de este espacio claustrofóbico y me permita pensar con claridad.

Necesito ir a buscar a Isla.

No para confrontarla otra vez, no para librar otra batalla que probablemente perderé. Sino para anunciarle que mañana voy a hacer lo que debería haber hecho desde el primer día: una presentación oficial para todos los empleados. Una demostración de poder y autoridad que deje claro quién manda realmente aquí.

Sí. Eso es lo que necesito hacer.

Salgo de mi despacho y me dirijo hacia su reino personal. Mis pasos resuenan contra el suelo de mármol con una confianza que no siento completamente, pero que he aprendido a proyectar sin esfuerzo.

La puerta de su despacho está entreabierta, y cuando me acerco, puedo oír su voz desde dentro. Está hablando, pero no hay nadie más ahí. ¿Estará al teléfono?

Me detengo justo antes de llamar a la puerta, y lo que veo a través de la abertura me deja absolutamente paralizado.

Isla está descalza.

Camina por su despacho con un manuscrito impreso en una mano y un lápiz entre los dientes, otro lápiz atravesando su moño para mantenerlo en su sitio. Lleva el mismo vestido de la reunión, pero se

ha quitado la americana, como si se hubiera despojado de cualquier pretensión de formalidad profesional.

Y está leyendo en voz alta.

—*«María sabía que no volvería a ver a su hermano, pero el recuerdo de su sonrisa la acompañaría durante todos los años oscuros que estaban por venir.»* —se detiene, frunce el ceño, muerde el lápiz con más fuerza—. No, no, no. Esto es demasiado obvio. Demasiado sentimental.

Se deja caer al suelo, literalmente al suelo, sentándose con las piernas cruzadas, y empieza a garabatear sobre el papel con movimientos rápidos y seguros.

Me quedo ahí parado, observándola como un pervertido, completamente fascinado.

Esta es Isla en su estado más puro. Sin máscaras, sin armaduras profesionales, sin la hostilidad que me lanza cada vez que me ve. Esta es la mujer que se sienta en el suelo de su despacho ejecutivo porque es el lugar perfecto para editar, que habla con los personajes como si fueran amigos íntimos, que muerde lápices cuando está concentrada.

Es absolutamente... real. Peculiar. Pasional. Alejada de cualquier convención social que yo entienda.

Y es la cosa más sexy que he visto en mi puta vida.

—*«María sabía que esta sería la última vez que vería el rostro de su hermano sin sangre, pero atesoraría esa imagen como un talismán contra la oscuridad que se acercaba.»* —lee la nueva versión, y asiente con satisfacción—. Eso está mejor. Más sutil. Más... verdadero.

Puedo ver la pasión irradiar de cada poro de su piel. La forma en que se inclina sobre el manuscrito, como si estuviera inclinándose sobre un amante. La forma en que sus ojos brillan cuando encuentra la palabra perfecta, la frase exacta que convierte buena escritura en algo extraordinario.

No sé si está loca o si es brillante.

Probablemente las dos cosas.

Y eso me enciende de formas que no sabía que eran posibles.

Debo hacer algún ruido, algún movimiento involuntario, porque de repente Isla levanta la cabeza y sus ojos se clavan en los míos a través de la abertura de la puerta. La culpabilidad me golpea como un puñetazo, como si me hubiera pillado espiándola en la ducha.

Su expresión se transforma instantáneamente de concentración artística a furia homicida.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí parado como un psicópata? —exige, poniéndose en pie de un salto y cruzándose de brazos.

—Acabo de llegar —miento, empujando la puerta para entrar completamente en su despacho—. Necesito hablar contigo.

—¿Y no se te ha ocurrido llamar a la puerta como una persona civilizada?

—La puerta estaba abierta.

—Eso no te da derecho a quedarte ahí mirando como un voyeur mientras trabajo.

Si supiera lo que estaba pensando mientras la miraba, llamaría a seguridad.

—Mañana voy a hacer mi presentación oficial —digo, cambiando de tema antes de que pueda interrogarme más sobre lo que he visto —. Para todos los empleados. Ha pasado ya casi una semana desde que llegué, y creo que es hora de que sepan exactamente qué planes tengo para Haven Books.

Veo cómo la inquietud cruza su rostro, pero se las arregla para mantener la expresión hostil.

—¿Y se supone que debo agradecértelo?

—No tienes que hacer nada. Yo me encargo de convocar la reunión. Solo te estoy informando por cortesía.

Me doy la vuelta hacia la puerta antes de que pueda responder, antes de que mi autocontrol se desintegre completamente y haga algo estúpido. Como preguntarle qué más hace sentada en el suelo de su despacho. O si siempre muerde los lápices de esa forma tan jodidamente erótica.

—Hasta mañana, Isla.

Salgo del edificio sin volver a mi despacho. Necesito espacio. Necesito distancia. Necesito estar en algún lugar donde pueda

procesar lo que acabo de ver sin el riesgo de cruzármela y hacer algo que nos haría explotar a los dos.

Mi apartamento está a veinte minutos en taxi desde Haven Books, pero hoy me parecen como veinte horas. El ascensor privado que lleva a mi piso me parece claustrofóbico, mis propias cuatro paredes se sienten como una cárcel.

Me quito el traje con movimientos mecánicos y me pongo vaqueros y una camiseta, necesitando estar cómodo. Necesitando no sentir como si cada centímetro de mi piel estuviera demasiado tenso.

Me sirvo tres dedos de Macallan y me dejo caer en el sofá de cuero que me costó una fortuna. El whisky me quema la garganta, pero no consigue quemar la imagen de Isla sentada en el suelo, totalmente absorta en su trabajo, mordiéndose el labio inferior mientras buscaba la palabra perfecta.

Joder.

Apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá y cierro los ojos, pero eso solo hace que la imagen sea más vívida. Puedo verla con perfecta claridad: la forma en que el vestido se le ajustaba a los muslos cuando se sentó en el suelo, cómo se le escapaban mechones de pelo del moño improvisado, la concentración absoluta en su rostro cuando trabajaba.

Pasión. Esa es la palabra que me viene a la mente una y otra vez. Isla Brennan es pura pasión condensada en una mujer de metro setenta que me odia y que representa todo lo que debería evitar en mi vida profesional.

Y la deseo con una intensidad que me está volviendo loco.

Sin darme cuenta, mi mano baja hacia la cremallera de mis vaqueros. Estoy duro, jodidamente duro, y lo he estado desde el momento en que la vi en ese despacho. Desde que me imaginé cómo se vería si estuviera sentada en el suelo de mi dormitorio en lugar de en el suelo de su oficina. Si estuviera desnuda. Si estuviera mordiéndome a mí en lugar de morder lápices.

Me bajo la cremallera y libero mi erección, que está tan dura que duele. Me rodeo con la mano y aprieto, imaginándome que son las manos de Isla las que me tocan, que su boca es la que me está acariciando.

Dios, qué patético soy.

Pero no puedo parar. Muevo la mano arriba y abajo por mi polla, imaginándome a Isla debajo de mí, con esas piernas largas envueltas alrededor de mi cintura, con su pelo extendido sobre mi almohada como una cascada castaña. Imaginándome cómo gemiría mi nombre cuando la penetrara, cómo se arquearía contra mí cuando la hiciera correrse.

—Isla —gruño su nombre mientras me corro, disparando sobre mi abdomen con una intensidad que me deja sin aliento.

Cuando recupero el sentido, lo único que puedo hacer es quedarme ahí tumbado, mirando el techo y odiándome a mí mismo.

Es jodido que el mejor orgasmo que recuerdo haber tenido en años sea una paja pensando en una mujer que me odia.

Una mujer que voy a tener que ver mañana. Y pasado mañana. Y todos los días hasta que uno de los dos se rinda o se vuelva loco.

Y tengo la horrible sensación de que voy a ser yo el que se vuelva loco primero.

CAPÍTULO 10

ISLA

Me despierto con el corazón latiendo como si hubiera estado corriendo un maratón, con las sábanas empapadas en sudor y una necesidad pulsante entre las piernas que me hace querer esconderme debajo de la almohada y no salir jamás.

Mierda.

El sueño aún está demasiado fresco en mi memoria. Ojos grises que me observaban con una intensidad devastadora mientras una voz grave me susurraba al oído que me quitara la ropa. Manos grandes recorriendo mi cuerpo con una reverencia que me hacía temblar. Zane Hawke arrodillado entre mis muslos, mirándome como si fuera algo precioso y terrible a la vez, pidiéndome que me entregara a él completamente.

Y yo lo había hecho. En el sueño, me había rendido sin oponer resistencia.

—Joder, joder, joder —murmuro contra la almohada, sintiendo cómo la vergüenza me arde en las mejillas.

¿En qué momento mi subconsciente ha decidido traicionarme de esta manera tan espectacular? ¿Desde cuándo sueño con hombres que representan todo lo que odio? ¿Y por qué, por el amor de Dios, ha sido el sueño más intenso y erótico que he tenido en años?

Miro el reloj en la mesita de noche. Las cuatro y media de la mañana. Faltan dos horas para que suene la alarma, pero sé que no voy a poder volver a dormirme. No con la imagen de Zane susurrándome obscenidades con esa voz que hace que se me dispare el pulso todavía ardiendo en mi mente.

Me levanto de la cama con decisión, necesitando moverme, necesitando quemar esta energía que se ha instalado bajo mi piel como un virus. Me pongo la ropa de correr sin encender siquiera la luz, y en menos de cinco minutos estoy bajando las escaleras de mi edificio como una mujer poseída.

Las calles de Manhattan están prácticamente vacías a esta hora, solo algunos madrugadores y repartidores que van y vienen con la urgencia del trabajo temprano. El aire fresco me golpea la cara como una bofetada necesaria, y empiezo a correr sin dirección fija, solo necesitando que mis piernas se muevan lo suficientemente rápido como para dejar atrás los restos de ese maldito sueño.

Pero no funciona.

Cada paso que doy me recuerda a la forma en que Zane me miraba ayer en la sala de reuniones. Cada respiración agitada hace eco del jadeo que salía de mi garganta en el sueño. Cada latido de mi corazón me trae de vuelta la sensación de sus manos imaginarias sobre mi piel.

Esto es una pesadilla.

Porque no es solo el sueño lo que me tiene alterada. Es el hecho de que, en algún rincón oscuro y honesto de mi mente, sé que no ha sido solo mi subconsciente creando fantasías. Es el hecho de que ayer, cuando Zane se acercó tanto a mí que pude contar las motas doradas en sus ojos grises, una parte de mí quiso cerrar esa distancia ridícula que quedaba entre nosotros y descubrir a qué sabían sus labios.

Una parte de mí quiso rendirse.

Y eso me aterra más que cualquier plan de reestructuración que pueda tener para Haven Books.

Corro durante una hora, hasta que me arden los pulmones y las piernas me tiemblan por el esfuerzo. Hasta que el sudor ha lavado todo rastro del sueño de mi piel y puedo respirar sin que cada inhalación me recuerde a la forma en que Zane decía mi nombre en mi fantasía nocturna.

Cuando vuelvo a mi apartamento, me ducho con agua tan fría que me castañetean los dientes, como si el frío pudiera congelar también esta necesidad que se ha instalado en mi bajo vientre. Me visto con un traje chaqueta gris que me hace parecer una ejecutiva profesional, me recojo el pelo en un moño tan tirante que me duele el cuero cabelludo, y me maquillo con la precisión de alguien que se está preparando para la guerra.

Porque eso es exactamente lo que es. Hoy Zane va a hacer su presentación oficial, y tengo que estar preparada para lo que sea que esté planeando.

Llego a Haven Books una hora antes de lo habitual, necesitando estar en mi territorio antes de enfrentarme a él. El edificio está silencioso y tranquilo, solo el murmullo de las máquinas de café automáticas y el zumbido de los ordenadores que se encienden. Es en momentos como este cuando más amo este lugar: cuando es solo mío, antes de que el mundo exterior venga a complicarlo todo.

Me dirijo directamente a mi despacho y me preparo un café bien cargado, sabiendo que voy a necesitar toda la cafeína posible para mantenerme centrada. Pero antes de que pueda sentarme en mi silla, oigo voces en el pasillo.

—Isla, cariño, ¿estás ahí? —la voz de Margaret flota desde la puerta.

—Sí, aquí estoy —grito, y unos segundos después Margaret y Sofía aparecen en mi despacho como dos conspiradoras en una misión secreta.

Margaret, nuestra editora senior, es la persona más diplomática que conozco. Es la que siempre encuentra la forma de decir las cosas difíciles sin ofender a nadie, la que resuelve conflictos con la gracia de una embajadora de las Naciones Unidas. Verla entrar en mi despacho con expresión de guerrera me dice todo lo que necesito saber sobre lo que opina de la presentación de Zane.

Sofía viene detrás de ella con dos cafés y esa sonrisa traviesa que significa que está tramando algo.

—Bien —dice Margaret, cerrando la puerta detrás de ellas—. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sobre lo que ese tiburón va a anunciar hoy —responde Sofía, dejándose caer en la silla frente a mi escritorio—. Porque no me creo que haya convocado una reunión solo para presentarse y hacer nuevos amigos.

Margaret asiente gravemente.

—Los empleados están nerviosos, Isla. Muy nerviosos. Todo el mundo sabe lo que hace Hawke Capital con las empresas que adquiere, y nadie está durmiendo bien desde que él llegó.

—De momento no hay nada que podamos hacer —digo, sintiendo cómo la presión se asienta en mis hombros como un peso físico—. Ya sabéis que tengo las manos atadas hasta que sepamos exactamente qué está planeando.

—Bueno —dice Sofía con esa sonrisa diabólica que siempre augura problemas—, he estado pensando en algunas opciones creativas.

—Por favor, dime que no estás planeando hacer nada ilegal.

—No ilegal —se apresura a decir—. Solo... creativo. Por ejemplo, podríamos echarle laxante en el café. Es muy difícil dar una presentación intimidante cuando tienes que ir al baño cada cinco minutos.

Margaret suelta una risa ahogada.

—Sofía, no podemos envenenar al copropietario de la empresa.

—No es veneno, es un poco de malestar digestivo. Muy diferente —replica Sofía con total seriedad—. O podríamos programar la calefacción para que suba a treinta grados durante su presentación. Los trajes caros no quedan muy bien cuando el que los lleva está sudando como un pollo.

—¿Y qué más tienes en mente? —pregunto, a pesar de mí misma empezando a divertirme con sus ideas descabelladas.

—Bueno, podríamos «olvidarnos» de conectar el proyector. O hacer que todas las sillas de la sala de reuniones tengan una pata coja. O contratar a alguien para que llame al teléfono de la oficina cada dos minutos durante la presentación —Sofía cuenta con los dedos, claramente ha pensado mucho en esto—. O...

—O podríamos comportarnos como adultas profesionales y simplemente escuchar lo que tiene que decir —interrumpe Margaret, aunque puedo ver que está conteniendo una sonrisa.

—Eres una aguafiestas —dice Sofía, pero su tono es cariñoso—. Aunque admito que ninguna de esas ideas va a solucionar el problema real.

—¿Qué problema real? —pregunto, aunque temo la respuesta.

Margaret y Sofía intercambian una mirada que me pone los pelos de punta.

—El problema de que está claro que hay algo entre vosotros dos —dice Margaret suavemente—. Y que eso va a complicar todo lo que hagamos de ahora en adelante.

Me atraganto con mi café.

—¿Qué? No hay nada entre nosotros. Le odio. Es un cabrón insensible que quiere destruir todo lo que amo.

—Cariño —dice Sofía con esa paciencia exagerada que usa cuando cree que estoy siendo especialmente ciega—, ayer os vi en el pasillo del café. La tensión sexual era tan densa que prácticamente se podía ver a simple vista.

—Eso era hostilidad —protesto—. Animadversión pura.

—La hostilidad no hace que te sonrojes así —dice Margaret—. Ni que te lleves la mano al cuello para tocarte el pulso. Ni que salgas de las reuniones como si hubieras corrido una maratón.

Mierda. ¿He sido tan obvia?

—No sé de qué estáis hablando —miento, pero incluso a mí me suena poco convincente.

Sofía se inclina hacia delante, con esa expresión de hermana mayor que me saca de quicio.

—Isla, te conozco desde hace más de diez años. Sé cómo actúas cuando un hombre te atrae. Y nunca, jamás, te he visto reaccionar así con nadie.

—Porque no me atrae —insisto, odiando cómo me tiembla ligeramente la voz—. Es que me pone nerviosa porque es una amenaza para Haven Books.

—El problema —dice Margaret con suavidad— es que, si hay algo personal entre vosotros, va a afectar a todas las decisiones que tomemos de ahora en adelante. Y los empleados lo van a notar. Algunos ya lo han notado.

Apoyo la cabeza entre las manos, sintiendo cómo todo se me viene encima de repente. El sueño de esta madrugada, la forma en que mi cuerpo reacciona cada vez que Zane está cerca, y ahora

esto. Mis dos personas más cercanas confirmando que soy tan transparente que todo el mundo puede ver lo que estoy sintiendo.

—No sé qué hacer —admito finalmente—. Es... es complicado.

—¿Complicado cómo? —pregunta Sofía suavemente.

—Complicado como que sí, me atrae. ¿Vale? Me atrae de una forma que no entiendo y que me hace sentir como si estuviera traicionando todo en lo que creo. Es inteligente, y poderoso, y cuando me mira siento como si fuera la única persona en la habitación. Y detesto sentirme así porque es el enemigo.

El silencio que sigue es tan profundo que puedo oír el zumbido de la cafetera incluso con la puerta cerrada.

Luego Sofía suspira profundamente.

—Cariño. Estás jodida.

—Gracias —respondo secamente—. Muy útil.

—No, escúchame. Estás jodida porque él también siente algo. Lo he visto mirarte, Isla. Y nadie mira así a alguien que solo le interesa profesionalmente.

Margaret asiente.

—Sofía tiene razón. Sea lo que sea lo que esté pasando entre vosotros, es mutuo. Y eso significa que tienes más poder sobre él del que piensas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que un hombre que está distraído por una mujer no toma las mejores decisiones empresariales. Y quizás, si juegas bien tus cartas, puedas usar eso a tu favor.

Me quedo mirándola, procesando lo que acaba de sugerir.

—¿Me estás diciendo que seduzca a Zane Hawke para salvar Haven Books?

—No te estoy diciendo que hagas nada que no quieras hacer —dice Margaret cuidadosamente—. Solo te estoy recordando que en los negocios, como en la guerra, todos los recursos son válidos.

Sofía se ríe.

—Además, seamos sinceras. Si vas a estar distraída por él de todas formas, al menos podrías sacar algún beneficio de ello.

—No puedo creer que estemos hablando de esto —murmuro.

—Isla, cariño —dice Margaret, levantándose de su silla y acercándose a mí—. Tu madre fue una de las mujeres más inteligentes y pragmáticas que he conocido. Y si Catherine Brennan hubiera tenido que elegir entre sus principios románticos y salvar esta editorial, habría hecho lo que fuera necesario para proteger lo que más amaba.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Porque tiene razón. Mi madre habría luchado con uñas y dientes, habría usado cualquier arma a su disposición para salvar Haven Books.

Incluso si esa arma fuera su propio cuerpo.

—Piénsalo —dice Sofía, dirigiéndose hacia la puerta—. Mientras tanto, vamos a prepararnos para la presentación del señor Hawke. Y si cambias de opinión sobre el laxante, me lo dices.

Cuando se van, me quedo sola en mi despacho, mirando por la ventana hacia las calles de Manhattan que se despiertan lentamente. En unas horas, Zane va a estar ahí, en nuestra sala de reuniones, explicando exactamente cómo piensa desmantelar todo lo que mi familia ha construido.

Y yo voy a tener que decidir hasta dónde estoy dispuesta a llegar para detenerlo.

Incluso si eso significa usar el arma más peligrosa que tengo: el hecho de que nos deseamos mutuamente con una intensidad que podría destruirnos a los dos.

CAPÍTULO 11

ZANE

Entro a las nueve en punto en la sala de reuniones principal de Haven Books, me sitúo frente a cuarenta y siete empleados que me miran con la misma calidez que reservarían para una plaga de langostas. He dado cientos de presentaciones como esta a lo largo de mi carrera, explicando cómo voy a transformar empresas, optimizar procesos, multiplicar beneficios. Es mi pan de cada día. Mi zona de confort absoluta.

Entonces, ¿por qué siento como si tuviera una banda de música tocando jazz discordante dentro del pecho?

La respuesta está sentada en primera fila, con un traje chaqueta gris que le abraza el cuerpo y una expresión de educada atención que no me engaña ni un segundo. Isla Brennan me observa como un halcón estudiando a un ratón particularmente interesante, y cada vez que nuestros ojos se encuentran, siento como si me hubiera tocado un cable pelado.

Concéntrate, joder. Es solo otra presentación.

—Buenos días a todos —empiezo, activando el proyector con un movimiento seguro que he perfeccionado en mil salas de juntas—. Gracias por reuniros conmigo esta mañana. Como sabéis, soy Zane Hawke, copropietario del cuarenta y nueve por ciento de Haven Books, y estoy aquí porque creo firmemente en el potencial de esta editorial.

Escucho algunos murmullos escépticos, pero mantengo la sonrisa profesional. Hasta ahora, todo va según el guion.

—Durante la última semana, he estado analizando los procesos operativos, la estructura financiera, y las oportunidades de crecimiento de esta empresa. Y tengo una propuesta que creo que va a entusiasmarnos a todos.

Hago clic en la primera diapositiva, una gráfica que muestra el potencial de crecimiento de Haven Books bajo mi dirección. Es

impresionante, puedo reconocerlo, aunque lo haya hecho yo mismo. Los números no mienten.

—Mi plan de mejora de dieciocho meses está diseñado para triplicar nuestros resultados actuales, expandir nuestra cuota de mercado, y posicionar Haven Books como una de las editoriales más rentables de Nueva York.

Pero en lugar de estar concentrado en mi brillante presentación, me encuentro mirando cómo Isla se muerde el labio inferior mientras revisa algo en su bloc de notas. Es un gesto pequeño, inconsciente, pero hace que mi mente se vaya directamente a lugares que no debería explorar durante una reunión de trabajo.

¿Se dará cuenta de que se está mordiendo el labio? ¿Sabrá lo que eso me hace?

—Señor Hawke —la voz cortante de Isla me saca de mi ensoñación inapropiada—. ¿Podría decirnos exactamente qué tipo de «optimizaciones» incluye su plan?

Su tono es perfectamente profesional, pero hay algo en sus ojos que me dice que está preparando una trampa.

—Por supuesto. Como verán en la siguiente diapositiva... —hago clic, pero mi cerebro se queda momentáneamente en blanco cuando Isla se inclina ligeramente hacia delante y puedo ver la curva de su escote a través de la tela del traje— incluye diversificación del catálogo, reducción de costes operativos, y...

—¿Reducción de personal? —interrumpe Marcus Thompson, el editor con gafas que ya me tiene catalogado como el Anticristo.

—Algunas reestructuraciones serán necesarias para optimizar la eficiencia —respondo diplomáticamente, pero puedo sentir cómo la tensión en la sala sube varios grados.

—¿Cuántos despidos? —pregunta directamente Sofía, sin andarse con rodeos.

Es una pregunta directa que requiere una respuesta directa, pero antes de que pueda formularla, Isla vuelve a intervenir.

—Me parece que deberíamos escuchar la presentación completa del señor Hawke antes de entrar en detalles específicos —dice con una sonrisa que no me gusta nada.

¿Me está ayudando o me está tendiendo una trampa más elaborada?

Continúo con la presentación, explicando las sinergias, las oportunidades de mercado, los márgenes de beneficio proyectados. Es sólida, brillante incluso. He transformado empresas más problemáticas que Haven Books con planes menos ambiciosos que este.

Pero no puedo dejar de distraerme.

Cada vez que Isla toma notas, observo cómo se mueven sus dedos alrededor del bolígrafo. Cuando se retira un mechón de pelo de la cara, me fijo en la elegancia inconsciente del gesto. Cuando frunce ligeramente el ceño mientras procesa información, tengo que hacer un esfuerzo consciente para no preguntarle exactamente qué está pensando.

Esto es ridículo. Soy un profesional, joder. No un adolescente cachondo.

—Para implementar estos cambios de forma eficiente, propongo que comencemos con reuniones de planificación semanales todos los lunes —anuncio, llegando al final de mi presentación—. De esta forma podremos monitorizar el progreso y ajustar la estrategia según sea necesario.

—No estoy de acuerdo.

Las palabras de Isla cortan el aire como una cuchilla. No las grita ni las suelta de forma dramática. Simplemente las dice con esa firmeza tranquila que la caracteriza y que me pone los nervios de punta.

—Señorita Brennan —aprieto los dientes, sintiendo cómo la irritación me sube por el cuello como una marea caliente—, seamos razonables. Es lo mejor para la editorial.

—Eso tendremos que decidirlo de forma democrática, señor Hawke. ¿O ya se ha olvidado de eso? —responde, levantándose de su silla con la gracia de una reina que se prepara para la batalla—. Votemos.

Y entonces me doy cuenta de lo que acaba de pasar.

Me ha jodido. Completamente. Con una elegancia tan sutil que casi la admiro.

—Muy bien —digo, manteniendo la voz calmada, aunque por dentro estoy echando humo—. Todos los que estén a favor de las reuniones semanales de planificación, que levanten la mano.

Una mano. Solo una maldita mano se alza en toda la sala. La de David, del departamento de producción, que parece más asustado que convencido.

—Los que estén en contra.

Un bosque de manos se alza inmediatamente. Cuarenta y seis empleados votando en mi contra, como un ejército bien entrenado siguiendo las órdenes silenciosas de su general.

La humillación me golpea como un puñetazo en el estómago. En mis veintitrés adquisiciones anteriores, nunca, jamás, he perdido una votación. Nunca he estado en una posición donde los empleados tuvieran el poder de decirme que no.

Isla Brennan acaba de enseñarme exactamente por qué mi estrategia habitual no va a funcionar aquí.

—Creo que la votación habla por sí sola —dice Isla con esa sonrisa educada que me dan ganas de besar hasta borrarle de la cara—. Moción rechazada.

Nos miramos fijamente a través de la sala, librando una batalla silenciosa que todos los presentes pueden sentir pero que ninguno entiende completamente. Sus ojos verdes brillan con una satisfacción que debería irritarme, pero que en su lugar hace que algo primitivo se despierte en mi pecho.

Prepárate, Isla Brennan. Esto no ha terminado ni de lejos.

—Bueno —dice, dirigiéndose a los trabajadores, pero sin apartar sus ojos de los míos—, creo que todos tenemos mucho trabajo que hacer. La reunión ha terminado.

Los empleados no necesitan que se lo digan dos veces. Salen de la sala con la velocidad de personas que acaban de presenciar una ejecución pública y no quieren quedarse para el espectáculo de sangre.

En menos de dos minutos, estamos solos.

Isla recoge sus papeles con movimientos deliberadamente lentos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Cuando por fin me mira,

hay algo en su expresión que hace que se me tense cada músculo del cuerpo.

—Ha sido una presentación muy... educativa, señor Hawke —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Espero que haya aprendido algo útil.

Se detiene junto a la puerta y se gira hacia mí una última vez.

—Ya sabe dónde está la salida. Puede largarse de aquí cuando quiera.

Y se va, dejándome solo en la sala de reuniones con la amarga certeza de que acabo de ser completamente, brillantemente, destruido.

Pero también con algo más. Algo que no he sentido en años y que me resulta tan estimulante como aterrador.

Respeto.

Isla Brennan no es solo mi enemiga. Es mi igual. Una estratega tan astuta como yo, jugando en su propio campo.

Y por primera vez en mi carrera, no estoy seguro de poder ganar.

Lo que me excita más de lo que debería.

CAPÍTULO 12

ISLA

Lunes

La primera máquina de café aparece un lunes por la mañana como una aparición divina en la segunda planta. Una bestia italiana de acero inoxidable que parece haber costado más que mi coche, brillando bajo las luces fluorescentes como si fuera un altar al que adorar.

—¿De dónde ha salido esto? —le pregunto a Jessica de marketing, que está mirando la máquina con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Ni idea. Estaba aquí cuando he llegado, con una nota que dice «Cortesía de la dirección».

La dirección. Como si yo hubiera autorizado semejante despliegue de extravagancia cafetera.

—Ha debido de ser el señor Hawke —dice Emma, nuestra asistente editorial más joven, acercándose tímidamente—. He intentado usarla, pero es tan complicada que no sé ni por dónde empezar.

Varios empleados se han congregado alrededor de la máquina como si fuera un artefacto extraterrestre, murmurando entre ellos sobre botones y configuraciones. Hay algo casi cómico en la escena, pero yo no tengo ganas de reírme.

Porque esto tiene la marca de Zane Hawke por todas partes.

Martes

Al día siguiente, no es solo una máquina. Son tres. Una en cada planta donde hay personal, colocadas estratégicamente en las zonas comunes como tentaciones brillantes y humeantes.

Y esta vez, hay un técnico explicando cómo usarlas.

—El señor Hawke ha pensado que os vendría bien un pequeño tutorial —dice el hombre, un italiano mayor con acento cerrado que claramente sabe lo que hace—. Esta máquina puede preparar diecisiete tipos diferentes de café. Espresso, cappuccino, latte macchiato...

Los empleados se han reunido alrededor como niños en una clase de ciencias, tomando notas mentales y haciendo preguntas sobre presión del agua y molido de granos. Algunos incluso sonríen.

Marcus Thompson, mi editor senior, el mismo que defendió con uñas y dientes nuestra integridad literaria hace apenas una semana, está probando un cappuccino con una expresión que solo puedo describir como éxtasis.

—Está muy bueno —me dice cuando paso por su lado—. Probablemente es el mejor café que he tomado en años.

—Maravilloso —murmuro, sintiéndome como una aguafiestas.

Pero es que es tan... obvio. Tan calculadoramente manipulador. ¿De verdad cree Zane que puede comprar la lealtad de los empleados con café caro?

¿Lo peor? Por la sonrisa en la cara de Marcus, me temo que sí puede.

Miércoles

El miércoles aparecen las botellas.

Botellas de agua de cristal con el logo de Haven Books grabado en un lateral y, en el otro, el nombre de cada empleado en letras doradas elegantes. Están colocadas en cada escritorio como pequeños regalos personalizados esperando a ser descubiertos.

—¡Mira! —Sofía llega corriendo a mi despacho con su botella en la mano, y por primera vez, parece genuinamente impresionada con algo que ha hecho Zane—. ¡Tiene mi nombre! ¿Has visto la tuya?

Miro a mi escritorio y, efectivamente, ahí está. Una botella idéntica con «Isla Brennan» grabado en cursiva dorada. Es elegante, cara, y completamente innecesaria.

—Es un poco excesivo, ¿no? —comento, pero incluso a mí me suena débil.

—Es un detalle precioso —dice Sofía, girando su botella para ver cómo la luz se refleja en las letras—. Nadie había hecho algo así por nosotros antes.

Sus palabras me duelen más de lo que debería. Porque tiene razón. En todos mis años dirigiendo Haven Books, nunca se me ocurrió hacer gestos personales como este. He estado tan centrada en los grandes ideales, en la misión artística, que se me han pasado por alto las pequeñas cosas que hacen que la gente se sienta valorada.

—Supongo que está bien —murmuro, tocando mi botella con la punta del dedo.

Es bonita. Demasiado bonita. Y odiarlo me hace sentir como una bruja amargada.

Jueves

El jueves llega el servicio de desayuno.

Una mesa buffet aparece en la planta baja como si hubiera crecido durante la noche, llena de croissants recién hechos, tostadas artesanales, mermeladas caseras, fruta fresca cortada y yogures cremosos que huelen a vainilla y promesas.

—¿Vamos a tener esto todos los días? —pregunta David de producción, con la boca llena de croissant y una expresión de felicidad pura.

—Eso parece —responde Margaret, mordisqueando una fresa—. El señor Hawke ha contratado una empresa de catering. Desayuno gratuito para todos, de lunes a viernes.

Por supuesto que lo ha hecho.

Me sirvo un café de una de sus máquinas malditas (porque, honestamente, está buenísimo) y observo cómo mis empleados desayunan y charlan con una relajación que no había visto en meses. Tal vez años.

—Buenos días, Isla —dice una voz grave detrás de mí.

Me giro y ahí está Zane, impecable como siempre en un traje azul que realza sus ojos, sosteniendo una taza de café y mirándome con una expresión que no logro descifrar.

—Buenos días —respondo con toda la frialdad de la que soy capaz.

—¿Qué te parece el desayuno?

—Está bien.

—¿Solo bien? —sonríe, y hay algo genuino en esa sonrisa que me descoloca—. Los croissants son de una panadería francesa de Brooklyn. Los hacen a las cinco de la mañana para que lleguen frescos.

—Impresionante.

—Emma me dijo que le encanta la mermelada de frambuesa —continúa, como si no hubiera captado mi sarcasmo—. Y David mencionó que es diabético, así que me he asegurado de que haya opciones sin azúcar.

Me quedo mirándolo, procesando lo que acaba de decir. Ha prestado atención a los detalles personales de mis empleados. Conoce sus preferencias, sus necesidades médicas. Ha hecho un esfuerzo por cuidar de ellos de maneras que yo, aparentemente, he pasado por alto.

—¿Por qué haces esto? —pregunto antes de poder detenerme.

Su sonrisa se vuelve más suave, más real.

—Porque la gente feliz hace mejor su trabajo. Y porque se merecen que alguien se preocupe por ellos.

Sé que está mintiendo, que lo hace para ganarse sus votos, pero, aun así, sus palabras me golpean como una bofetada silenciosa. ¿Hace cuánto que no hago algo más que dar por sentado que mis empleados estarán ahí, leales y trabajadores, sin necesidad de gestos que les recuerden que son valorados?

—Isla... —empieza Zane, pero no le dejo continuar.

—Tengo trabajo que hacer —digo bruscamente, alejándome antes de que pueda ver la culpa que sé que debe estar escrita en mi cara.

Viernes

El viernes por la mañana, lo que veo me para el corazón en seco.

Empleados saludando a Zane. No con la hostilidad gélida de la primera semana, sino con sonrisas genuinas y «Buenos días, señor

Hawke» que suenan... normales. Cercanos casi.

Jessica está enseñándole fotos de su hijo en el móvil. David le está explicando algo sobre las nuevas impresoras con el entusiasmo de alguien hablando con un amigo. Y Emma, la tímida Emma que tiembla cuando habla conmigo, está riéndose de algo que él ha dicho.

Se está riendo. Con Zane Hawke. El hombre que es el enemigo.

—No puede ser —murmuro, escondiéndome detrás de una columna como una espía en mi propia empresa.

—¿El qué no puede ser?

Me giro y ahí está Sofía, mirándome con una expresión divertida.

—¿Le estás espiando?

—No le estoy espiando —protesto—. Solo... estoy observando.

—Claro. Observando cómo hace que todo el mundo se sienta como si importara.

—Está manipulándolos —insisto, pero incluso a mí me suena desesperado.

—¿Lo está? —Sofía mira hacia donde Zane está escuchando pacientemente mientras Marcus le explica algo sobre un manuscrito —. Porque desde donde yo estoy, parece que está haciendo lo que cualquier buen jefe debería hacer: conocer a su gente.

Su gente. Las palabras me revuelven el estómago.

—Son MI gente.

—Pues vas a tener que recordárselo —dice Sofía con suavidad—. ¿Cuándo fue la última vez que desayunaste con ellos? ¿Que les hiciste sentir que eran algo más que engranajes en la máquina de Haven Books?

No puedo responder porque no tengo respuesta. Y eso me duele más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Esto es temporal —digo finalmente—. En cuanto empiecen los despidos, en cuanto vean sus verdaderas intenciones cambiarán de opinión.

—Isla —Sofía pone una mano en mi brazo—. ¿Y si no hay despidos?

—Eso es imposible. Es Zane Hawke. El Carnicero de Wall Street.

Miro hacia donde Zane sigue charlando con mis empleados, MIS empleados, que ahora sonríen cuando lo ven, que esperan con ilusión sus máquinas de café y sus desayunos gratuitos y sus pequeños gestos de humanidad.

Y por primera vez desde que llegó a Haven Books, me pregunto si el problema no es que Zane Hawke sea un monstruo.

El problema es que quizás no lo sea.

Y eso es infinitamente más aterrador.

Cuando por fin me armo de valor para enfrentarme a él, lo encuentro en la quinta planta, saliendo de su ridículo cuchitril con un expediente en la mano. Lleva el pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él, y hay algo en su expresión que parece más accesible que el primer día.

—Muy inteligente —le espeto sin preámbulos.

Se detiene y me mira con esa calma irritante que he aprendido a odiar.

—Buenos días para ti también, Isla.

—Esto —gesticuló vagamente hacia el resto del edificio— este patético intento de comprar lealtades con cafés caros y bollería francesa.

Su sonrisa es lenta, depredadora, y hace que algo se revuelva peligrosamente en mi estómago.

—¿Te molesta?

—Me molesta que subestimes la inteligencia de mi gente. ¿De verdad crees que se van a dejar sobornar tan fácilmente?

—No es soborno —dice, dando un paso hacia mí que hace que el aire se espese entre nosotros—. Es consideración básica. Cuidar de los empleados es fundamental en cualquier empresa bien dirigida.

—Es manipulación barata —replico, alzando la barbilla para sostenerle la mirada—. Y no va a funcionar. Todo el mundo aquí sabe exactamente quién eres: un CEO implacable que despide a la mitad de la plantilla en cuanto puede. No se van a dejar engañar por unos cuantos capuchinos.

—¿Ah, no? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia delante.

Su proximidad hace que se me acelere el pulso de formas completamente inapropiadas. Puedo oler su colonia, algo caro y masculino que hace que tenga que recordarme de respirar.

—Porque desde donde yo estoy, parece que ya está funcionando bastante bien.

—Es temporal —insisto, odiando cómo mi voz sale menos firme de lo que me gustaría—. En cuanto vean tus verdaderas intenciones...

—¿Mis verdaderas intenciones? —Se inclina aún más, hasta que puedo ver las motas doradas en sus ojos grises—. ¿Te refieres a conocer a María, la mujer de David? ¿A recordar que Emma estudia francés por las tardes? ¿A descubrir que Marcus colecciona primeras ediciones de Hemingway?

Cada palabra es como una pequeña puñalada. Porque él sabe cosas sobre mis empleados que yo he pasado por alto. Ha prestado atención donde yo he dado por sentado.

He estado tan obsesionada con preservar el alma artística de Haven Books que me he olvidado de cuidar las almas de la gente que la hace posible.

—Yo... —empiezo, pero no sé cómo continuar.

—Los empleados felices son empleados productivos, Isla. Y los empleados que se sienten valorados son empleados leales. Es gestión básica.

Se endereza, pero no retrocede, manteniendo esa proximidad que hace que se me dificulte pensar con claridad.

—Así que antes de acusarme de manipulación barata, quizás deberías preguntarte si no estoy haciendo exactamente lo que debo hacer.

Me quedo ahí parada, con las palabras atascadas en la garganta y la terrible sensación de que quizás, solo quizás, Zane Hawke tenga razón.

—Que tengas un buen día, Isla —dice, alejándose por el pasillo con esa confianza que me saca de quicio—. Y disfruta del café. Es de una pequeña tostadora de Guatemala que descubrí durante mi última adquisición.

Se va, dejándome ahí plantada con el corazón latiendo como un tambor de guerra y la horrible sensación de que acabo de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Porque lo peor no es que Zane esté ganándose a mis empleados.

Lo peor es que se lo merecen.

Y que quizás, solo quizás, yo he estado tan centrada en ser la guardiana del legado de mi madre que me he olvidado de ser una buena jefa para la gente que confía en mí.

Y darme cuenta de eso duele más que cualquier derrota corporativa.

CAPÍTULO 13

ZANE

El whisky me quema la garganta mientras observo a mis hermanos gritarle a la televisión como si los jugadores de los Knicks pudieran oírlos desde nuestro salón en el piso cincuenta y nueve del edificio Hawke. Es sábado por la noche, lo que significa reunión familiar obligatoria para ver el baloncesto, y normalmente esto es lo que necesito después de una semana de trabajo: cerveza fría, comida basura, y el sonido reconfortante de mis hermanos compitiendo por ver quién puede insultar mejor al árbitro.

Pero esta noche, ni siquiera la canasta de tres puntos de último momento consigue sacarme de la espiral de mierda en la que llevo metido toda la semana.

—¡Joder, sí! —grita Kai desde el sofá, lanzando el puño al aire—. ¡Te dije que Randle tenía esto controlado!

—Randle es un inconsistente —replica Ronan, sin levantar la vista de su portátil—. Solo ha tenido suerte.

—La suerte no existe en el baloncesto, hermano. Solo existe la estrategia.

Oliver se ríe desde el suelo, donde está sentado con la espalda apoyada contra las piernas de Elsie, que murmura distraídamente mientras revisa algo en su Tablet.

—¿Estrategia? —dice Oliver—. Kai, tu única estrategia es apostar contra Ronan en todo.

—Y me está funcionando bastante bien, gracias.

Jax aparece desde la cocina con otra ronda de cervezas, repartiéndolas entre nosotros con la eficiencia de alguien que ha estado organizando estas reuniones desde que compró el edificio. Cuando llega a mí, me mira con esa expresión de hermano mayor que significa que ha notado que me pasa algo.

Lo que me faltaba.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja, lo suficientemente bajo como para que los demás no lo oigan por encima del ruido de la televisión.

—Perfectamente —miento, dando un trago largo a mi whisky.

Jax me mira con escepticismo, pero no insiste. Una de las ventajas de tener hermanos: saben cuándo presionar y cuándo dejarte en paz. Normalmente.

Pero Elsie Summers no es mi hermana, y aparentemente no ha recibido el memo sobre dejarme en paz.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta, levantando la vista de su Tablet para mirarme directamente.

Tiene esa expresión que he aprendido a reconocer en los últimos meses desde que se ha convertido oficialmente en parte de la familia Hawke: la que dice que va a seguir preguntando hasta que obtenga una respuesta que la satisfaga.

—Estoy bien, Elsie.

—Claro que sí —dice, con ese tono dulce que usa cuando sabe que estás mintiendo—. Por eso has estado bebiendo whisky en lugar de cerveza, y por eso llevas media hora mirando a los Knicks como si fueran tu peor enemigo.

Me giro para mirarla, consciente de que mis otros hermanos siguen distraídos con el partido. Elsie me devuelve la mirada con esa paciencia infinita que tiene, la misma que usa para lidiar con Jax cuando él está siendo un cabrón imposible.

—No sé de qué hablas.

—Zane —dice suavemente, y hay algo en su voz que me desarma —. Somos familia. Puedes hablar conmigo.

Familia. Esa palabra todavía me resulta extraña aplicada a alguien que no comparte nuestro ADN o nuestro trauma. Pero Elsie ha sido la primera persona externa en conseguir que los cinco hermanos Hawke la aceptemos sin reservas, y eso tiene que contar para algo.

Además, siento esa sensación extraña en mi pecho, como si las palabras quisieran salir por sí solas. Como si llevara días conteniendo algo que necesita ser dicho, aunque no tenga ni puta idea de por qué querría contárselo a ella.

—Estoy así por el trabajo —digo finalmente, sorprendiéndome a mí mismo al hablar.

—¿Es por la nueva adquisición? ¿Haven Books?

Asiento, tomando otro trago de whisky y sintiendo cómo me quema el pecho.

—No va como esperaba.

—¿En qué sentido?

Hay algo en la forma en que pregunta, sin presionar, sin juzgar, que hace que las palabras empiecen a salir antes de que pueda detenerlas.

—La copropietaria es... complicada.

—¿Complicada cómo?

—Ella está decidida a hacerme la vida imposible.

Elsie se endereza ligeramente, y puedo ver cómo su expresión cambia a algo más atento.

—¿Qué tipo de imposible?

—El tipo que bloquea cada una de mis propuestas. Que convierte cada reunión en una batalla. Que tiene a todos los empleados comiendo de su mano y votando en mi contra. Ellos controlan el dos por ciento que decanta la balanza, por lo que no puedo hacer nada.

Las palabras salen como agua de una presa rota, y no puedo detenerlas, aunque quisiera.

—Es inteligente, estratégica, completamente inflexible en sus principios, y...

—¿Y?

—Y me está volviendo loco.

La sonrisa que se dibuja en los labios de Elsie es pequeña, pero hay algo en ella que me pone los pelos de punta.

—¿Loco cómo?

—Loco porque no consigo anticipar sus movimientos. Porque cada vez que creo que tengo una ventaja, ella encuentra la forma de darle la vuelta a la situación. Porque nunca he trabajado con alguien que sea tan... tan...

—¿Tan qué, Zane?

—Tan jodidamente formidable.

El silencio que sigue se siente cargado de algo que no puedo identificar. Elsie me mira con una expresión que no logro descifrar, como si se hubiera dado cuenta de algo que yo he pasado por alto.

—¿Y eso te molesta?

—Por supuesto que me molesta —respondo, más alto de lo que pretendía—. Llevo ocho años haciendo adquisiciones. Veintitrés empresas reestructuradas con éxito. Nunca he fallado, Elsie. Nunca.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —admito, apretando los dientes.

Elsie se queda callada un momento, procesando lo que acabo de contarle. Cuando vuelve a hablar, su voz es cuidadosamente neutral.

—¿Cómo es ella?

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿Cómo es en qué sentido?

—Ya sabes, como persona. ¿Es mayor? ¿Joven? ¿Cómo actúa contigo?

Una imagen de Isla se forma automáticamente en mi mente: pelo castaño escapándose de su moño, ojos verdes que me desafían constantemente, la forma en que alza la barbilla cuando está a punto de decir algo que sabe que me va a sacar de quicio.

—Es joven. Treinta y un años. Apasionada por su trabajo hasta un nivel que roza la obsesión. Cree que su editorial es una misión sagrada en lugar de un negocio.

—¿Es guapa?

La pregunta me golpea como un puñetazo inesperado, y siento cómo se me tensa toda la musculatura del cuello.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Solo tengo curiosidad —dice Elsie, pero hay algo en sus ojos que me dice que no es solo curiosidad.

—Es... —empiezo, y luego me detengo, porque no estoy seguro de cómo terminar esa frase sin revelar más de lo que debería—. Es atractiva, supongo. Si te gustan las mujeres tercas que te llevan la contraria en todo.

—Mm.

—¿Qué significa ese «mm»?

—Nada —sonríe, pero es la misma sonrisa que pone cuando está tramando algo—. Solo que suenas como si estuvieras muy... afectado por ella.

—No estoy afectado por ella —replico demasiado rápido—. Estoy frustrado porque está interfiriendo con mi trabajo.

—Por supuesto.

—Lo digo en serio, Elsie.

—Te creo.

Pero la forma en que lo dice sugiere exactamente lo contrario. Hay un brillo en sus ojos que me hace sentir como si acabara de caminar directamente hacia una trampa.

—¿Sabes qué creo? —dice, apoyándose hacia delante como si estuviera a punto de contarme un secreto.

—¿Qué?

—Creo que, si quieres que Isla te vea de otra forma, como algo más que un tiburón despiadado de Wall Street, necesitas mostrarle una faceta diferente de ti mismo. A ella y a sus empleados.

El corazón me da un salto violento en el pecho, como si acabara de beber café solo después de correr un maratón.

—Yo no quiero que me vea de otra forma. No hay otra forma de mí, de hecho —digo, pero mi voz sale menos convincente de lo que pretendía—. Solo quiero hacer mi trabajo.

—Claro —asiente Elsie, con esa paciencia exasperante—. Eso es exactamente de lo que estoy hablando. Para hacer tu trabajo, necesitas ganarte a los empleados, ¿verdad?

—Sí. Eso es lo que llevo intentando toda la semana.

—Y la mejor forma de hacer eso es sacarlos de su terreno y meterlos en el tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Organiza una fiesta —dice, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. En tu casa. Invita a todo el equipo de Haven Books. Muéstrales que eres algo más que trajes caros y hojas de cálculo.

La idea me golpea como un rayo. Es brillante. Es completamente inesperada. Y es exactamente el tipo de movimiento que Isla no vería venir.

—Eso... podría funcionar.

—Por supuesto que funcionará —sonríe Elsie—. Conocer a alguien en su espacio personal cambia toda la dinámica. De repente dejas de ser el CEO implacable y te conviertes en... bueno, en una persona real.

Hay algo en la forma en que dice «persona real» que me pone nervioso, como si estuviera hablando de más que solo estrategias empresariales.

—Es solo para ganarme a los empleados —digo, más para convencerme a mí mismo que a ella.

—Por supuesto —responde Elsie, pero esa sonrisa traviesa sigue ahí—. ¿Para qué más iba a ser?

Me quedo mirándola un momento, sintiendo como si acabara de aceptar participar en algo mucho más complicado de lo que puedo manejar.

—¿Crees que debería hacerlo?

—Creo que deberías hacer lo que te haga sentir como si tuvieras el control de la situación otra vez.

Sus palabras llegan directamente al centro de todo mi problema. Porque eso es exactamente lo que me está matando: la sensación de que Isla Brennan me ha arrebatado el control que he pasado toda la vida construyendo.

—Lo haré —digo, y las palabras salen con más determinación de la que he sentido en toda la semana.

—Perfecto —sonríe Elsie—. Y Zane... solo por curiosidad, ¿cuándo fue la última vez que invitaste a alguien que no fuera familia a tu casa?

La pregunta me deja momentáneamente mudo. Porque la respuesta es nunca. En todos mis años como adulto, mi casa ha sido mi santuario privado, el único lugar donde puedo ser completamente yo mismo sin la armadura de los trajes y las estrategias corporativas.

—Será la primera vez —admito.

—Entonces va a ser interesante —dice Elsie, con una expresión que me hace pensar que sabe exactamente algo que yo aún no he descubierto.

Y mientras vuelvo a prestar atención al partido, fingiendo que estoy viendo a los Knicks cuando en realidad estoy planeando cómo

voy a conseguir que Isla Brennan entre en mi territorio, no puedo librarme de la sensación de que acabo de dar el primer paso hacia algo que va a cambiar todo.

La pregunta es si estoy preparado para las consecuencias.

CAPÍTULO 14

ISLA

El edificio Hawke se alza frente a mí como una torre de cristal y acero que parece tocar las nubes, con cada ventana brillando como un ojo que me observa desde las alturas. Tribeca late a nuestro alrededor con la energía frenética de un viernes por la noche, pero yo me siento como si estuviera a punto de entrar en el refugio del lobo.

—Dios santo —murmura Sofía a mi lado, con el cuello doblado hacia atrás para intentar ver la cima del edificio—. ¿En serio vive aquí?

—Aparentemente —respondo, ajustándome el vestido negro que he elegido para esta noche. Es elegante pero no demasiado, profesional, pero con un toque moderno que espero que me haga sentir menos como una intrusa.

No está funcionando.

—Relájate —dice Margaret, apareciendo a mi lado con esa sonrisa maternal que siempre consigue calmarme un poco—. Es solo una fiesta. Y necesitamos ver cómo vive el enemigo para entender mejor sus debilidades.

Sonrío a pesar de mi nerviosismo. Margaret tiene esa capacidad de hacer que todo parezca una estrategia militar en lugar de... bueno, en lugar de lo que realmente es: mi primera vez en el espacio personal de Zane Hawke.

Un hombre que poco a poco se está ganando a mis empleados.

El vestíbulo es una obra de arte de mármol negro y oro, con techos altísimos y una recepcionista que parece haber salido de la portada de una revista.

—Piso cincuenta y ocho —dice, señalando hacia los ascensores como si fuera lo más normal del mundo.

Cincuenta y ocho plantas. Por supuesto que Zane Hawke vive prácticamente en las nubes.

El ascensor sube tan suavemente que apenas noto el movimiento, pero mi estómago se revuelve como si estuviera en una montaña rusa. No es por la altura. Es por lo que me espera arriba.

Porque durante los últimos días, desde que empezó su campaña de cafés caros y gestos considerados, no puedo dejar de pensar en Zane. En cómo sonríe cuando habla con los empleados. En cómo recuerda los detalles más pequeños sobre sus vidas. En cómo esa imagen del CEO implacable se está resquebrajando poco a poco, revelando algo más complejo debajo.

Y eso me aterra.

Las puertas del ascensor se abren directamente en su apartamento, y lo primero que pienso es que esto no es un apartamento. Es un palacio flotante.

Ventanales del suelo al techo ofrecen vistas panorámicas de Manhattan que te cortan la respiración. El espacio es enorme, con una decoración que grita «soy multimillonario», pero de forma elegante: cuero negro, maderas oscuras, obras de arte que probablemente cuestan más que mi apartamento entero. Todo inmaculadamente limpio y perfectamente organizado.

Como él.

—Joder —dice David de producción, apareciendo a nuestro lado con los ojos como platos—. Esto es increíble.

Y entonces lo veo.

Zane está al otro lado del salón, hablando con Emma de editorial, y lleva vaqueros. Vaqueros oscuros que se ajustan a sus piernas largas y una camisa azul marino arremangada hasta los codos que deja ver sus antebrazos. Sin corbata. Sin chaqueta. Sin la armadura del traje que normalmente lo hace parecer inaccesible.

Parece... humano. Relajado. Casi... normal.

Dios mío. Debería salir corriendo de aquí.

—Bienvenidos —dice cuando nos ve, dirigiéndose hacia nosotros con esa sonrisa que he visto dirigida a mis empleados últimamente —. Me alegra que hayáis venido.

Su voz es más grave de lo habitual, menos formal. Y cuando me mira a mí, algo se contrae en mi estómago de una forma que no tiene nada que ver con el nerviosismo profesional.

—Isla —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que se me erice la piel—. Estás... preciosa.

Las palabras me golpean como una bofetada inesperada. No porque sean inapropiadas, sino porque suenan completamente sinceras. Y porque la forma en que me mira cuando las dice hace que me sienta como si fuera la única persona en la habitación.

—Gracias —logro responder, esperando que mi voz salga normal —. Tu casa es impresionante.

—Dejad que os la enseñe un poco.

Y entonces hace algo que me desarma completamente: actúa como un anfitrión perfecto. No como el CEO implacable que intenta impresionar a sus empleados, sino como alguien que genuinamente quiere que nos sintamos cómodos en su casa.

Nos enseña la cocina, donde hay una barra con todo tipo de bebidas y aperitivos que claramente ha contratado a un catering para preparar. Nos muestra la terraza, con vistas que te hacen sentir como si estuvieras volando sobre la ciudad. Habla con cada empleado, les pregunta por sus bebidas preferidas, se asegura de que estén cómodos.

Y yo no puedo dejar de mirarlo.

Observo cómo se ríe de algo que dice Marcus, una risa real que transforma completamente su rostro. Observo cómo ayuda a Jessica a alcanzar una copa en una estantería alta sin que ella se lo pida. Observo cómo recuerda que David no bebe alcohol y le trae personalmente un refresco.

Este no es el hombre que conocí hace dos semanas. Es... alguien diferente. Alguien que cuida de la gente a su alrededor de una forma que parece automática, natural.

Y eso me confunde más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Es diferente en su casa, ¿verdad?

Me giro y me encuentro con una mujer rubia de ojos azules que no reconozco, pero que tiene una sonrisa cálida que hace que te sientas inmediatamente bienvenida.

—Perdón, soy Elsie —dice, extendiendo la mano—. Elsie Summers. La prometida de Jax Hawke, el hermano mayor de Zane.

La prometida de Jax Hawke. Eso explica por qué está en la casa de Zane.

—Isla Brennan —respondo, estrechándole la mano—. Directora editorial de Haven Books.

—Ah, tú eres Isla —dice, y hay algo en su expresión que me hace sentir como si hubiera oído hablar de mí. Lo cual es... desconcertante—. He oído mucho sobre ti —añade confirmando mi sospecha.

—¿En serio? —pregunto, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello—. Espero que no todo fuera malo.

Elsie se ríe, un sonido ligero que parece llenar el espacio a nuestro alrededor.

—Para nada malo. Más bien intrigante, diría yo.

Nos quedamos un momento observando a Zane, que ahora está hablando con Sofía sobre algo que la hace reírse. Lleva el pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él, y hay algo en su postura que lo hace parecer más relajado que en cualquier ocasión en la que lo haya visto en la oficina.

—¿Viven todos los hermanos aquí, no? —pregunto, más para llenar el silencio que por verdadera curiosidad.

—Sí, pero en apartamentos diferentes. Kai está en el 56, Ronan en el 57, Zane en el 58, y Jax y yo en el ático, el 59 y 60 —explica—. Todos tienen su propio espacio, pero están lo suficientemente cerca para las cenas familiares obligatorias.

—Eso debe ser... intenso.

—Lo es —sonríe Elsie—. Pero también es precioso. Estos hombres... han pasado por mucho juntos. Se cuidan los unos a los otros de una forma que es... —se detiene, como si estuviera buscando las palabras adecuadas— feroz, supongo.

Hay algo en la forma en que lo dice que hace que una pregunta se forme en mi mente antes de poder detenerla.

—¿Han pasado por mucho como qué?

Elsie me mira durante un instante, como si estuviera evaluando cuánto debería revelarme.

—Esa no es mi historia para contar —dice finalmente—. Pero vienen de un sitio doloroso, Isla. Los cinco. Y eso los ha convertido

en los hombres que son hoy.

Sus palabras se asientan en mi pecho como algo pesado. Porque de repente me doy cuenta de que no sé nada sobre Zane Hawke más allá de sus logros profesionales. De su faceta de tiburón. No sé de dónde viene, qué lo motivó a convertirse en quien es, por qué parece tan... blindado todo el tiempo.

—Jax también era así al principio —continúa Elsie, con una sonrisa suave—. Completamente cerrado, convencido de que no necesitaba a nadie, de que estaba mejor solo. Pero...

—¿Pero?

—Pero a veces las personas adecuadas consiguen atravesar las defensas que creemos impenetrables.

Me mira directamente cuando dice esto, y hay algo en sus ojos que hace que se me acelere el pulso.

—No estoy segura de entender a qué te refieres.

—Creo que sí lo entiendes —dice con esa paciencia que sugiere que está acostumbrada a tratar con hombres Hawke complicados—. Y creo que, si le das una oportunidad, Zane podría sorprenderte.

Antes de que pueda responder, preguntarle si está completamente loca, una voz familiar se cuela en nuestra conversación.

—¿Interrumpo algo?

Me giro y ahí está Zane, con dos copas de vino en las manos y una expresión cautelosa.

—Para nada —dice Elsie con esa sonrisa que sugiere que sabe exactamente lo que está haciendo—. Solo estaba conociendo a Isla. Es increíble.

Zane me mira, y por un momento puedo ver algo vulnerable en su expresión antes de que la máscara vuelva a su lugar.

—Sí —dice, ofreciéndome una copa—. Lo es.

La forma en que le da la razón hace que algo se revuelva en mi estómago. No lo dice como un cumplido casual, sino como una admisión de algo que preferiría no reconocer.

—Bueno —dice Elsie, con una sonrisa traviesa—, os dejo para que podáis charlar. Tengo que encontrar a mi prometido antes de que convenza a sus hermanos de que apuesten dinero en algo ridículo.

Se va, dejándonos solos en medio de una fiesta llena de nuestros empleados, y de repente el aire se siente espeso, cargado de toda la tensión que llevamos acumulando durante semanas.

—La fiesta está muy bien —digo, porque necesito decir algo que no sea lo que realmente estoy pensando.

—Gracias —responde, y hay algo en su voz que suena menos seguro de lo habitual—. Espero que... que te sientas cómoda aquí.

Lo miro, a este hombre al que he estado viendo como mi enemigo durante semanas, de pie en su propio salón con vaqueros y una camisa informal, preocupado por si me siento cómoda en su fiesta. Y me doy cuenta de que quizás, solo quizás, no lo conozco en absoluto.

Y ese pensamiento me aterra más que cualquier estrategia corporativa que pudiera estar tramando.

Porque es mucho más fácil odiar a un monstruo que a un hombre de carne y hueso.

CAPÍTULO 15

ISLA

Hoy tenemos la primera reunión conjunta con un autor y estoy francamente preocupada.

Zane tiene un cuaderno de cuero caro abierto frente a él, lápiz en mano, como si estuviera preparado para diseccionar todo lo que estamos a punto de escuchar.

Lo que estamos a punto de escuchar es puro oro literario.

Zane todavía no ha abierto la boca y yo ya tengo ganas de matarlo.

—Señor Martínez —digo, dirigiéndome al hombre que está sentado frente a nosotros con un manuscrito impreso y las manos temblorosas—, le agradezco mucho que haya venido hoy. Su obra nos ha parecido una maravilla.

Carlos Martínez es exactamente el tipo de autor que Haven Books existe para descubrir: un profesor de instituto de Madrid que ha escrito su primera novela a los cuarenta y cinco años, una obra maestra sobre la memoria histórica durante la dictadura que me ha tenido despierta las últimas noches leyendo y releyendo pasajes que me han hecho llorar.

—Gracias por recibirme —responde con esa humildad genuina que solo tienen los escritores que escriben por amor al arte, no por fama —. Cuando Marcus me dijo que Haven Books podría estar interesada en mi novela, no podía creérmelo. Esta editorial ha publicado a algunos de mis autores favoritos.

Puedo sentir cómo se me ilumina el rostro, pero también noto la mirada penetrante de Zane clavada en mí desde el otro lado de la mesa. Hay algo en sus ojos grises que me pone la piel de gallina, una intensidad que parece atravesarme cada vez que hablo. Como si estuviera estudiando cada palabra que sale de mi boca, cada gesto, cada respiración.

—Su novela es extraordinaria —digo, y cada palabra sale cargada de la emoción genuina que siento—. La forma en que entrelaza la historia personal de Ana con los eventos históricos, cómo da voz a una generación que ha sido silenciada durante décadas... Es literatura de la buena, señor Martínez. Literatura que importa.

Veo cómo los ojos del autor se llenan de lágrimas, pero también veo cómo Zane aprieta ligeramente la mandíbula. Es un gesto casi imperceptible, pero lo conozco lo suficiente como para saber que está conteniendo algo. Probablemente las ganas de interrumpirnos con alguna observación práctica y desalmada.

—¿Podría contarnos un poco sobre el proceso creativo? —pregunto, intentando mantener el foco en lo que realmente importa —. ¿Cómo llegó a esta historia?

Carlos se endereza, claramente emocionado por poder hablar de su obra.

—Mi abuela era de un pueblo pequeño de Córdoba. Nunca habló mucho de la guerra, pero cuando empezó a tener demencia, comenzó a recordar cosas... cosas que había enterrado durante setenta años. Nombres, caras, historias que creía que había olvidado para siempre.

Su voz se quiebra ligeramente, y puedo sentir cómo mi propio corazón se acelera. Esta es exactamente la razón por la que amo mi trabajo. Estas historias que necesitan ser contadas.

—Y decidí que tenía que escribirlo —continúa—. No podía dejar que esas voces se perdieran otra vez. Tardé cuatro años en encontrar las palabras correctas, en hacer justicia a su memoria.

—Cuatro años —dice Zane de repente, su voz cortando el aire como una cuchilla—. Eso es mucho tiempo de inversión para un proyecto sin garantías comerciales.

El cambio en la atmósfera es inmediato. La sala se enfría de golpe como si alguien hubiera abierto las ventanas en pleno invierno. Carlos parpadea, confundido, mientras yo siento cómo la irritación me sube por el pecho como fuego líquido.

—No todo se puede medir en términos de rentabilidad inmediata, señor Hawke —respondo, intentando mantener mi voz profesional, aunque por dentro esté echando humo.

—Por supuesto que no —dice con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. Pero estamos hablando de un negocio, no de una obra de caridad.

—Estamos hablando de literatura —replico, sintiendo cómo se me tensa cada músculo del cuerpo—. De preservar la memoria histórica.

—¿Y cuántas copias cree que puede vender una novela sobre la memoria histórica española? —pregunta, dirigiéndose directamente a Carlos, que parece cada vez más incómodo—. ¿Tiene alguna estimación realista del mercado objetivo?

La forma en que dice «memoria histórica» hace que suene como si estuviera hablando de un tema irrelevante, de una afición sin importancia. Puedo sentir cómo las manos me empiezan a temblar de rabia.

—El mercado objetivo son las personas con alma —digo, y mi voz sale más alta de lo que pretendía—. Las personas que entienden que hay cosas más importantes que las ventas.

—¿Como el presupuesto anual? ¿Como los salarios de los empleados? ¿Como mantener las luces encendidas? —responde Zane, y hay un filo en su voz que no había oído antes—. Porque esas cosas también requieren dinero, Isla.

La forma en que pronuncia mi nombre, cargándolo de condescendencia, hace que algo explote dentro de mi pecho.

—Señor Martínez —digo, girándome hacia el autor con la sonrisa más cálida que puedo conjurar mientras por dentro estoy ardiendo —, ¿le importaría esperarnos unos minutos en el despacho de Marcus? Hay algunos aspectos contractuales que me gustaría discutir con el señor Hawke antes de continuar.

El pobre hombre no necesita que se lo digan dos veces. Puede sentir la tensión en el aire como electricidad antes de una tormenta.

—Por supuesto. Gracias por su tiempo.

Recoge sus papeles con movimientos nerviosos, lanzándonos miradas furtivas como si temiera que fuéramos a empezar a lanzarnos objetos en cualquier momento. No va muy desencaminado.

Cuando la puerta se cierra detrás de él con un clic suave, el silencio que queda es tan denso que siento que podría asfixiarme.

Zane y yo nos miramos a través de la mesa como dos gladiadores evaluando a su oponente antes del combate.

—¿Aspectos contractuales? —pregunta, arqueando una ceja con esa arrogancia que me saca de quicio—. ¿Es así como llamas a gritarme?

—Oh, todavía no he empezado a gritarte —respondo, levantándome de mi silla con movimientos deliberadamente lentos—. Pero puedo hacerlo si prefieres.

Se levanta también, como si no pudiera soportar que yo tuviera la ventaja de la altura, y de repente el espacio entre nosotros se siente cargado de algo peligroso. Puedo ver las motas doradas en sus ojos grises, la línea tensa de su mandíbula, la forma en que sus manos se cierran en puños a ambos lados de su cuerpo.

—Adelante —dice, su voz bajando hasta convertirse casi en un gruñido—. Dime exactamente qué piensas de mí.

CAPÍTULO 16

ZANE

El autor apenas ha cerrado la puerta cuando Isla se gira hacia mí como un huracán contenido durante demasiado tiempo. Sus ojos verdes echan chispas, tiene las mejillas sonrojadas por la furia, y cada línea de su cuerpo vibra con una energía tan intensa que puedo sentirla como electricidad en el aire.

—Esto es exactamente lo que más temía —dice, y su voz sale cargada de una rabia tan pura que me golpea como una ola—. Que un tarugo insensible como tú, que no sabría apreciar un libro valioso ni aunque este le golpease en esa cabezota tan dura y grande que tiene, se metiese en las publicaciones.

Da un paso hacia mí, y luego otro, acortando la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo. Huele a vainilla y a furia, a café y a determinación, y esa mezcla hace que algo primitivo se despierte en mi pecho.

—Esta editorial trata sobre arte, Zane. No sobre ventas. No sobre estudios de mercado. No sobre reducir la belleza de la literatura a números en una maldita hoja de cálculo.

Está tan cerca ahora que tengo que inclinar la cabeza hacia abajo para mirarla, y la intensidad en sus ojos me desarma completamente. Nunca he visto a una mujer tan magníficamente furiosa, tan absolutamente convencida de que tiene razón.

—Carlos Martínez ha escrito algo hermoso —continúa, alzando una mano y clavando el dedo índice directamente en el centro de mi pecho—. Algo que puede cambiar vidas. Algo que honra la memoria de miles de personas. Y tú lo quieres destruir porque no encaja en tu pequeño molde comercial.

El contacto de su dedo contra mi pecho es como una descarga eléctrica que se extiende por todo mi cuerpo. Puede sentir los músculos de mis pectorales bajo la tela del traje, puede sentir cómo

mi respiración se vuelve más pesada, y ese conocimiento hace que algo se revuelva peligrosamente en mi estómago.

—Isla —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—, deja de hacer eso.

Pero en lugar de retroceder, sus ojos se encienden con una luz desafiante que reconozco inmediatamente. Es la misma mirada que pone cuando está a punto de hacer algo que sabe que me va a sacar de quicio.

—¿O qué? —pregunta, clavando el dedo más fuerte en mi pecho, justo encima del corazón que me late como un tambor de guerra—. ¿Qué vas a hacer si no paro, Hawke?

Y esa pregunta, pronunciada con esa voz desafiante, con esa proximidad que me está volviendo loco, con ese dedo que sigue presionando contra mi pecho como si quisiera atravesarme directamente al alma, rompe la última barrera de autocontrol que me quedaba.

Algo se quiebra dentro de mí. Algo que llevaba semanas conteniendo, negando, luchando contra ello con todas mis fuerzas. La tensión que se ha estado acumulando entre nosotros desde el primer día explota como una bomba, y ya no puedo fingir que no existe.

—Esto, joder —gruño, llevando las manos a su rostro y capturando sus mejillas entre mis palmas—. Me vuelves completamente loco.

Y entonces la beso.

La beso con toda la frustración, toda la rabia, todo el deseo que he estado reprimiendo durante semanas. La beso como si fuera la única forma de silenciarla, de hacerla entender lo que me hace, de demostrarle que tiene tanto poder sobre mí como yo odio admitir.

Por un segundo, se queda completamente inmóvil, como si no pudiera procesar lo que está pasando. Puedo sentir la sorpresa en la rigidez de su cuerpo, en la forma en que sus labios se quedan quietos bajo los míos.

Pero entonces algo cambia. Algo se enciende en ella como una llama tocando gasolina, y de repente me está devolviendo el beso

con la misma intensidad feroz, la misma desesperación contenida que yo siento.

Sus manos se elevan hasta mi pecho, pero ahora no es para apartarme sino para agarrarse a mi camisa como si fuera lo único que la mantiene en pie. Sus labios se abren bajo los míos, y cuando nuestras lenguas se encuentran, el sabor de ella me golpea como una droga.

Sabe a café y a promesas peligrosas. A pasión y a todo lo que he estado negándome a mí mismo durante años.

—Eres la mujer más testaruda —susurro contra sus labios, sin poder parar de besarla, sin poder separarme de ella aunque mi vida dependiera de ello—, más pasional...

Deslizo una mano hasta su nuca, enterrando los dedos en su pelo y deshaciendo por completo el moño que llevaba perfectamente arreglado esta mañana. Su cabello cae en cascada sobre mis dedos, sedoso y cálido, y el sonido pequeño y desesperado que escapa de su garganta casi me hace perder la cabeza completamente.

—Más molesta —continúo, mordisqueando suavemente su labio inferior antes de volver a capturar su boca—, y jodidamente atractiva que he visto en mi puta vida.

Isla se aprieta más contra mí, y puedo sentir cada curva de su cuerpo presionándose contra el mío. Sus pechos contra mi pecho, sus caderas contra las mías, la forma en que sus manos se mueven desde mi camisa hasta mi cuello, como si no pudiera decidir dónde tocarme primero.

No sé si nos estamos besando o nos estamos atacando. No sé si esto es una rendición o guerra. Todo lo que sé es que llevo semanas soñando con este momento, negándomelo, diciéndome a mí mismo que era imposible, inapropiado, una locura.

Y ahora que está pasando, no puedo parar.

Mi otra mano baja hasta su cintura, atrayéndola aún más hacia mí, y cuando ella gime suavemente contra mis labios, el sonido me atraviesa como un rayo. Es el sonido más erótico que he oído jamás, y hace que quiera escucharlo otra vez, y otra, y otra...

—Zane —susurra mi nombre como una oración y una maldición a la vez, y el sonido de mi nombre en sus labios casi me mata.

Estoy a punto de levantarla sobre la mesa, de hacer algo completamente irreversible en medio de la sala de reuniones de la editorial, cuando el sonido de la puerta abriéndose de golpe nos separa como si nos hubiera caído un rayo encima.

—¿Estáis bien? He dejado de oír gritos y eso solo puede significar que uno de los dos está... ¡Joder!

Sofía está de pie en el umbral, con los ojos como platos y la boca abierta, mirando la escena que acabamos de protagonizar. Isla y yo nos separamos tan rápidamente que casi tropezamos el uno con el otro, ella con el pelo completamente despeinado y los labios hinchados, yo con la camisa arrugada y probablemente con la marca de su pintalabios por toda la boca.

El silencio que sigue es tan denso que se podría escuchar un alfiler golpear el suelo.

—Yo... —empieza Sofía, claramente luchando por encontrar las palabras—. Esto... no es lo que esperaba encontrar.

Isla se pasa las manos por el pelo, intentando recomponerse, pero sus mejillas están más rojas que nunca y no puede mirarme a los ojos. Yo me paso la mano por la cara, sintiendo cómo la realidad de lo que acabo de hacer me golpea como un martillazo.

Joder. ¿Qué coño he hecho?

—Zane... —empieza Isla, pero no puedo quedarme aquí. No puedo escuchar lo que sea que vaya a decir, porque seguramente será que esto ha sido un error, que no debería haber pasado, que somos compañeros de trabajo y esto es completamente inapropiado.

Y tiene razón. En todo.

—Joder —gruño, dirigiéndome hacia la puerta como si me persiguiera el demonio—. Joder, joder, joder.

Paso por delante de Sofía, que sigue mirándome como si acabara de ver un fantasma, y salgo de la sala de reuniones como un hombre que huye de un incendio.

Pero no puedo huir del sabor de Isla que sigue en mis labios.

No puedo huir de la sensación de su cuerpo presionándose contra el mío.

Y definitivamente no puedo huir de la terrible certeza de que acabo de cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 17

ISLA

Una semana después

El armario de suministros de la cuarta planta huele a papel de impresora y a mi propia cobardía. Estoy literalmente escondida entre cajas de tóner y remesas de papel como una adolescente evitando al director del instituto, y todo porque he visto el traje gris de Zane Hawke subiendo las escaleras y mi cuerpo ha reaccionado como si hubiera visto venir un tornado.

Ha pasado una semana. Una semana entera desde que perdí la cabeza completamente y me derretí entre sus brazos como mantequilla caliente. Una semana en la que no he podido quitarme de la boca el sabor de sus labios, ni borrar de mi piel la sensación de sus manos enterrándose en mi pelo, ni olvidar la forma en que susurró mi nombre contra mi boca como si fuera una oración desesperada.

Mierda.

Me he convertido en una experta en rutas de escape alternativas, en reuniones inventadas, en crisis editoriales imaginarias. Cualquier cosa con tal de no estar en la misma habitación que él, respirando el mismo aire, luchando contra la terrible necesidad de repetir lo que pasó en esa sala de reuniones.

Porque eso es lo que más me aterra. No que me besara. Sino lo mucho que quiero que vuelva a hacerlo.

Y eso no puede volver a suceder.

—¿Hablando contigo misma, Isla?

Su voz grave desde el umbral del armario hace que se me dispare el pulso como un cohete descontrolado. Me giro tan bruscamente que casi derribo una torre de cajas de papel, y ahí está él, llenando todo el marco de la puerta con su presencia imponente. Los ojos

grises que me han estado atormentando en sueños me observan con una mezcla de diversión y algo más oscuro, más peligroso.

El espacio del armario, que ya era pequeño, se encoge hasta convertirse en una cápsula de oxígeno compartido y tensión eléctrica.

—No me estoy escondiendo —miento, alzando la barbilla con toda la dignidad que puedo reunir mientras estoy literalmente atrapada entre suministros de oficina.

—Por supuesto que no —dice, y hay una sonrisa en sus labios que hace que se me revuelva el estómago—. Solo estás... ¿haciendo inventario?

—Exactamente.

Se apoya contra el marco de la puerta con una elegancia casual que me pone los nervios de punta, bloqueando mi única vía de escape. Puedo oler su colonia, esa mezcla de sándalo y algo indefiniblemente masculino que hace que mis pulmones se olviden de cómo funcionar correctamente. Su proximidad es asfixiante y adictiva a la vez.

—Llevo tres días intentando hablar contigo sobre *El jardín de las mariposas* —dice, y su voz baja hasta convertirse en algo más íntimo —. Pero parece que siempre tienes reuniones urgentes justo cuando aparezco.

El jardín de las mariposas. Por supuesto que se ha enterado. Marcus y su incapacidad para mantener la boca cerrada. La novela de Francesca Montelli que me ha maravillado, no por las cifras de ventas que puede conseguir, sino por la pura belleza de su prosa poética.

—He estado ocupada —murmuro, pero las palabras salen débiles incluso para mis propios oídos.

—¿Tan ocupada que tienes que esconderte en un armario?

El calor me sube por el cuello como lava ardiente, y sé que mi sonrojo me está delatando espectacularmente.

—Ya te he dicho que no me estoy escondiendo.

—Isla —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera algo precioso y peligroso a la vez, hace que se me contraiga todo el estómago—, tenemos que hablar.

No. No tenemos que hablar. Tenemos que mantener la distancia de seguridad hasta que mi cuerpo deje de reaccionar como si estuviera drogado cada vez que te veo.

—No tenemos que hablar de nada.

—¿Quieres que finjamos que nunca nos hemos besado? Por mí estupendo. En ese caso, nos vemos en media hora. En la sala de reuniones principal. Con todos los jefes de departamento para evaluar la viabilidad comercial del manuscrito. Por lo menos vamos a hacer nuestro trabajo.

Su tono no admite discusión, y hay algo en su postura que me dice que esta vez no va a aceptar que lo evite. Pero también hay otra cosa. Una tensión en sus hombros que no estaba ahí antes, una rigidez en su mandíbula que sugiere que él también está luchando contra algo.

—Perfecto —digo, sacando pecho e intentando parecer más segura de lo que me siento—. Pero que sepas que va a ser una pérdida de tiempo.

—¿Por qué?

—Porque no tienes ni idea de calidad literaria.

Las palabras salen de mi boca como balas, cargadas de una semana de frustración sexual disfrazada de hostilidad profesional. Son crueles, diseñadas para herirlo, para crear distancia entre nosotros antes de que haga algo estúpido como lanzarme sobre él en este armario ridículo.

Se endereza lentamente y se aparta del umbral, su expresión volviéndose completamente neutra.

—Nos vemos en media hora, Isla. No llegues tarde.

Treinta minutos después, la sala de reuniones principal se siente como un tribunal de la Inquisición. Margaret, Marcus, David, Jessica y Emma están sentados alrededor de la mesa de roble, pero toda su atención está centrada en la batalla silenciosa que se está librando entre Zane y yo a través del espacio que nos separa.

Él está impecable, como siempre, con su traje y su expresión profesional imperturbable. Pero puedo sentir la tensión irradiando de él como calor de un radiador, esa energía contenida que sugiere que también está luchando por mantener las cosas en un terreno seguro.

—*El jardín de las mariposas* —empiezo, manteniendo mi voz firme — es exactamente el tipo de literatura que Haven Books existe para publicar. Es poesía convertida en prosa, una historia que...

—¿Cuántas páginas? —interrumpe Zane.

—Trescientas veinte.

—¿Target específico?

—Mujeres de veinticinco a sesenta años que aprecien la ficción literaria con elementos románticos.

—¿Comparativas de mercado?

Su voz es completamente neutral, profesional, como si fuéramos dos extraños discutiendo números en lugar de dos personas que hace una semana se estaban comiendo la boca del otro contra la mesa de esta misma sala.

Y eso me molesta más que cualquier objeción comercial que pueda tener.

—La calidad literaria no se mide por comparativas de mercado —replico, sintiendo cómo la frustración me sube por la garganta.

—En un negocio, todo se mide por su viabilidad comercial.

—¡Esto no es solo un negocio! —exploto, levantándome de la silla tan bruscamente que chirría contra el suelo.

Los empleados nos miran como si estuvieran presenciando un accidente de coche a cámara lenta. Margaret se aclara la garganta incómodamente.

—Quizás deberíamos... eh... dejaron discutir esto en privado —dice, levantándose con la elegancia diplomática de quien ha sobrevivido a décadas de guerras corporativas.

—Excelente idea —murmura Marcus, y en menos de un minuto se han evaporado todos, dejándome sola con Zane otra vez.

Mierda, esto no es lo que quería. ¿Por qué me ha forzado a volver a enfrentarme a él?

El silencio que queda es tan denso que puedo sentirlo presionando contra mi piel. Nos miramos desde lados opuestos de la mesa, y

toda la atracción que he estado intentando negar durante una semana estalla entre nosotros como un fuego forestal.

—¿Esto es lo que vamos a hacer? —pregunto, rodeando la mesa hacia él y abandonando mi decisión de no hablar sobre el tema—. ¿Fingir que somos solo colegas profesionales discutiendo cifras?

—Es exactamente lo que somos.

—Mentira.

—Isla...

—¡No! —me acerco más, hasta que puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo—. No me vengas con esa frialdad cuando hace una semana me tenías presionada contra esta misma mesa.

Veo cómo algo se contrae en su expresión, cómo aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Eso fue un error.

—¿Un error? —me río, pero no hay humor en el sonido—. ¿Es así como llamas a lo que pasó entre nosotros?

—Fue un momento de debilidad que no debería haber ocurrido.

Sus palabras me golpean como bofetadas, pero en lugar de retroceder, algo salvaje se despierta en mi pecho. Porque puedo ver la lucha en sus ojos, la forma en que se esfuerza por mantener esa máscara de control, y sé que está mintiendo tanto como yo.

—¿Sabes cuál es tu problema? —digo, acercándome aún más—. Que no puedes permitirte sentir nada real. Que reduces todo a números y proyecciones porque es más seguro que arriesgarte a ser humano.

—Mi trabajo es hacer que esta empresa sea rentable.

—¡Tu trabajo es destrozar todo lo que tiene alma y convertirlo en una máquina de hacer dinero!

—Mi trabajo es salvarte de tu propia terquedad antes de que arruines el legado de tu madre.

Las palabras salen como un rugido, cargadas de una frustración que ha estado conteniendo, y por un momento veo una grieta en esa armadura perfecta. Un destello del hombre que está detrás del CEO implacable.

—No te atrevas a hablar de mi madre —siseo—. No tienes derecho.

—Tengo todo el derecho. Porque soy el único aquí que está dispuesto a tomar las decisiones difíciles que ella habría tomado para mantener viva esta editorial.

—Mi madre jamás habría sacrificado la calidad artística por beneficios.

—Por lo que he visto tu madre era una empresaria inteligente, no una soñadora idealista.

Sus palabras me atraviesan como cuchillos, y antes de poder controlarme, toda la rabia y frustración que he estado acumulando explota de una vez.

—¿Sabes qué? Tienes razón —digo, mi voz temblando de furia—. Mi madre era inteligente. Lo suficientemente inteligente como para saber la diferencia entre dirigir un negocio y destruir su alma. Algo que tú claramente no entiendes.

Me acerco tanto que puedo sentir su respiración sobre mi boca.

—¿Por qué eres tan jodidamente insensible? —le espeto, y las palabras salen cargadas de toda la frustración que he estado negando—. ¿Es que te maltrataban de pequeño o qué te pasa?

Lo digo para herirlo. Para tocar donde más le duela. Para demostrarle que dos pueden jugar a este juego de ataques personales. Lo digo asumiendo que este hombre ha crecido entre algodones, mimado por el dinero y el privilegio, sin conocer nunca el dolor real.

Pero entonces se queda completamente inmóvil.

Como una estatua de mármol.

Durante unos segundos que se sienten como una eternidad, Zane no respira, no parpadea, no se mueve en absoluto. Su rostro se convierte en una máscara perfecta de nada, pero sus ojos... sus ojos se vuelven tan vacíos que me dan escalofríos.

Y entonces veo algo que hace que se me pare el corazón en seco.

Una sombra cruza sus pupilas. No irritación, no esa arrogancia controlada que siempre muestra. Algo mucho más profundo, más oscuro. Algo que se parece peligrosamente al dolor crudo, sin procesar.

Es la expresión más humana que le he visto esbozar jamás. Y también la más devastadora.

Me doy cuenta con horror creciente de que acabo de disparar a ciegas y he dado en el blanco más doloroso posible.

—Zane... —empiezo, sintiendo cómo el estómago se me hunde hasta el suelo—. Yo no quería...

Pero él ya se está alejando de mí, dirigiéndose hacia la puerta con pasos rígidos, mecánicos, como si fuera un robot cuyo programa acabara de fallar.

—Esta conversación se ha terminado —dice, y su voz sale completamente vacía de emoción.

—Espera, yo no sabía...

—Se ha terminado, Isla.

Sale de la sala sin mirar atrás, dejándome ahí plantada con el corazón latiendo como un tambor y las manos temblando por el shock de lo que acabo de descubrir.

Por primera vez desde que lo conozco, he visto a Zane Hawke sin su armadura. He visto al niño herido que se esconde detrás del CEO implacable. He tocado una herida que lleva décadas sin cicatrizar.

Y ahora no puedo quitármelo de la cabeza.

No puedo dejar de preguntarme qué secretos oscuros guarda detrás de esos trajes perfectos y esa arrogancia imperturbable. Qué le hicieron para convertirlo en alguien tan cerrado, tan incapaz de mostrar vulnerabilidad.

Qué tipo de infierno vivió de niño que hace que una pregunta aparentemente inocente lo desarme completamente.

Por primera vez, me doy cuenta de que quizás Zane Hawke no sea el villano de esta historia.

Quizás sea simplemente un hombre roto intentando sobrevivir en un mundo que le enseñó que mostrar debilidad es sinónimo de destrucción.

Y esa idea me aterra más que cualquier atracción física que pueda sentir por él.

Porque es mucho más fácil desear a un enemigo que compadecerse de un hombre herido.

CAPÍTULO 18

ISLA

Dos semanas después

Son las diez de la noche de un viernes y técnicamente debería estar en casa con una copa de vino y viendo alguna serie que no requiera usar el cerebro. En lugar de eso, estoy subiendo a la quinta planta porque me he dejado las llaves del coche en mi despacho, maldiciendo mi tendencia a trabajar hasta que se me funde el cerebro.

El edificio está en silencio, solo se escucha el zumbido suave del aire acondicionado y el eco lejano del tráfico de Manhattan. Pero cuando llego al quinto piso, veo una línea de luz dorada filtrándose por debajo de la puerta de la biblioteca.

¿Quién está en la biblioteca a estas horas?

Mi curiosidad puede más que mi sentido común. Me acerco sigilosamente, esperando encontrar a algún empleado que se ha quedado trabajando hasta tarde. Lo último que espero es oír la voz inconfundible de Zane Hawke leyendo en voz alta.

—*«El silencio de Pablo no era una ausencia, sino una presencia que llenaba cada rincón de la casa como un huésped no invitado.»*

Me quedo paralizada con la mano en el pomo de la puerta. ¿Zane está... leyendo? ¿Una novela? ¿En voz alta?

Su voz continúa, grave y cuidadosa, como si estuviera sopesando cada palabra:

—*«Su madre intentaba llenar ese silencio con conversación forzada, pero las palabras rebotaban contra él como piedras contra el agua, creando ondas que se desvanecían sin dejar rastro.»*

Hace una pausa, y puedo oír el sonido de páginas al pasar.

—Joder —murmura, y hay algo en su tono que no había escuchado nunca. Suena... tocado. Afectado.

No puedo resistirme. Abro la puerta muy lentamente, apenas lo suficiente para asomar la cabeza.

Zane está sentado en uno de los sillones de cuero de la biblioteca, con las piernas estiradas y el manuscrito de Eduardo Torres apoyado en su regazo. Lleva la camisa arrugada, sin corbata, con los primeros botones desabrochados. Su pelo, normalmente perfecto, está despeinado como si se hubiera pasado las manos por él.

Pero lo que realmente me deja sin aliento es la expresión de su rostro.

Está completamente absorto en la lectura, con esa concentración intensa que normalmente reserva para revisar los contratos y los números. Sus ojos se mueven por las páginas con una voracidad que me resulta familiar, porque es exactamente la misma expresión que veo en el espejo cuando encuentro un manuscrito que me atrapa.

—*«Cada día de silencio era una pequeña muerte, un pedazo más de Pablo que se desvanecía en la nada. Pero también era una forma de supervivencia, porque las palabras, una vez dichas, no se pueden deshacer.»*

Su voz se quiebra ligeramente en la última frase, y veo cómo se pasa la mano por la cara como si intentara recomponerse.

Dios mío. Está emocionado. Zane Hawke está emocionalmente afectado por un libro.

—Esto es... —empieza a decir para sí mismo, pero no termina la frase.

Sin pararme a pensar en lo que estoy haciendo, empujo la puerta completamente y entro en la biblioteca, haciendo ruido deliberadamente para que sepa que estoy aquí.

—¿Zane?

Levanta la vista hacia mí como si le hubiera dado una descarga eléctrica, y por un momento veo algo crudo y vulnerable en sus ojos antes de que su máscara habitual vuelva a su lugar.

—Isla —dice, enderezándose en el sillón—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Me he dejado las llaves. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Estás leyendo?

Hay un momento de silencio en el que puedo ver exactamente la batalla que se libra en su cabeza. Orgullo contra honestidad. Control

contra vulnerabilidad.

—Estoy investigando —dice finalmente, pero su voz carece de la convicción habitual.

—¿Investigando? —me acerco al sillón de al lado—. ¿A las diez de la noche? ¿Mientras lees en voz alta?

Se pasa la mano por el pelo, despeinándolo aún más.

—Necesitaba... entender por qué defiendes tanto estas historias. Por qué estás dispuesta a arriesgar la rentabilidad de la empresa por... por esto.

Señala el manuscrito como si fuera algo peligroso.

—¿Y? ¿Lo entiendes?

Me mira durante un largo momento, y puedo ver la lucha interna reflejada en sus ojos grises.

—No lo sé —admite finalmente, y hay algo en esa confesión que me desarma por completo—. Pero... Eduardo Torres... es...

—¿Qué?

—Es jodidamente bueno —dice, como si decir las palabras le costara un esfuerzo físico—. La forma en que usa el silencio como metáfora, cómo cada página revela capas más profundas de trauma sin ser explícito... Es... brillante.

Me quedo mirándolo, completamente fascinada. Este no es el Zane que conozco. Este no es el CEO implacable que reduce todo a números. Este es un hombre que acaba de descubrir algo nuevo sobre sí mismo y no sabe qué hacer con ello.

—¿Cuántos has leído? —pregunto suavemente.

—Este es el tercero —admite—. Empecé con el de Carlos Martínez, luego *El jardín de las mariposas*, y ahora esto.

—¿En dos semanas?

—En dos semanas.

—¿Y?

Se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y por primera vez desde que lo conozco, parece... perdido.

—Y no entiendo cómo algo que me afecta tanto puede ser una mala decisión comercial. No entiendo cómo algo que es objetivamente bueno puede ser económicamente inviable.

Sus palabras me golpean directamente en el corazón, porque puedo ver que está luchando con algo fundamental. Su mundo ordenado de números y proyecciones está chocando con la realidad caótica de la emoción humana.

—Bienvenido a mi mundo —digo, sentándome en el sillón a su lado—. Bienvenido a la razón por la que me levanto cada mañana y me acuesto cada noche pensando en manuscritos.

—Es... perturbador —dice, pasándose la mano por la cara otra vez —. No me gusta no poder cuantificar algo. No me gusta que algo me afecte sin que pueda explicar por qué.

—¿Te ha afectado? —pregunto, y mi voz sale más suave de lo que pretendía.

Me mira directamente a los ojos, y lo que veo ahí me quita el aliento.

—Sí —dice simplemente—. Me ha afectado.

El silencio que sigue a su confesión es diferente a todos los que hemos compartido antes. No está cargado de hostilidad o tensión sexual. Es... íntimo. Como si acabara de mostrarme una parte de él que nadie más ha visto.

—¿Tienes hambre? —pregunto finalmente, porque necesito hacer algo normal, algo que no sea quedarme aquí mirándolo como si acabara de presenciar un milagro.

—¿Qué?

—Hay un restaurante chino que hace entregas hasta las once. Podríamos... podríamos quedarnos y hablar sobre los manuscritos. Si quieres.

La oferta sale de mi boca antes de que pueda detenerla, y de repente me doy cuenta de lo que acabo de proponer. Quedarme aquí, a solas con Zane, hablando de literatura hasta altas horas de la madrugada.

Es una idea terrible. Es jugar con fuego. Es exactamente el tipo de situación íntima que debería evitar a toda costa.

—Me gustaría —dice, y hay algo en su voz que hace que se me acelere el corazón de formas completamente inapropiadas.

Y mientras marco el número del restaurante, con Zane observándome desde el sillón con esos ojos grises que ahora brillan

con una curiosidad completamente nueva, me doy cuenta de que acabo de cruzar una línea.

Ya no es solo mi enemigo corporativo.

Ya no es solo el hombre que quiere cambiar Haven Books.

Es Zane Hawke, el hombre que lee literatura en voz alta a las diez de la noche, que se emociona con metáforas sobre el silencio y la supervivencia, que está descubriendo una parte de sí mismo que no sabía que existía.

Y eso lo hace infinitamente más peligroso para mi corazón que el tiburón de Wall Street que creía conocer.

ZANE

El arroz frito se está enfriando en los contenedores de cartón, pero no me importa. Llevo una hora escuchando a Isla hablar sobre literatura con una pasión que hace que se le iluminen los ojos como faros, y podría escucharla toda la noche.

Quizás durante toda la jodida semana.

—No es solo que Pablo haya perdido la voz —está diciendo, con las piernas cruzadas en el sillón y un rollito de primavera a medio comer en la mano—. Es que ha elegido perder la voz. Es su forma de controlar lo incontrolable.

—Como un mecanismo de supervivencia —digo, y me sorprende lo natural que me sale analizar la obra. Hace un mes habría considerado esto una pérdida de tiempo.

—Exactamente —sonríe, y esa sonrisa me golpea como un puñetazo en el estómago—. Eduardo Torres entiende que a veces el silencio es más poderoso que cualquier palabra.

—Como tú conmigo —digo antes de poder detenerme.

Se queda inmóvil, con el rollito a medio camino de su boca.

—¿Qué?

Mierda. ¿Dónde coño ha salido eso?

—Nada. Olvídalo.

—No, dímelo —se inclina hacia delante, y de repente el espacio entre nosotros se siente cargado de peligro—. ¿Qué has querido decir?

No debería responder. Debería cambiar de tema, mantener la situación en terreno profesional, recordar todas las razones por las que responder es una mala idea.

Pero he pasado dos semanas leyendo historias sobre personas que se arriesgan, que se abren, que eligen la vulnerabilidad por encima de la seguridad. Y me han afectado.

—Has usado tu silencio conmigo como un arma —digo, mi voz saliendo más ronca de lo que pretendía—. Evitándome, no respondiendo a mis mensajes, fingiendo que no pasó nada entre nosotros. Es tu forma de mantener el control.

Sus mejillas se sonrojan ligeramente, y veo cómo aprieta los dedos alrededor del rollito.

—No es lo mismo.

—¿No?

—Pablo usa el silencio para protegerse del trauma. Yo uso... la distancia para protegerme de...

Se detiene, como si se hubiera dado cuenta de que está a punto de revelar más de lo que pretendía.

—¿De qué? —pregunto, inclinándome hacia delante también.

Nos miramos fijamente, y puedo sentir la tensión cambiando de naturaleza entre nosotros. Ya no estamos hablando de literatura. Estamos hablando de nosotros, de lo que pasó hace dos semanas, de todo lo que no hemos dicho.

—De complicar algo que ya es imposible —susurra finalmente.

—¿Qué es imposible?

—Esto. Nosotros. Lo que sea que esté pasando aquí.

Sus palabras flotan entre nosotros como una confesión, y de repente me doy cuenta de que no soy el único que está luchando. Ella también siente esta atracción que desafía toda lógica, esta conexión que va más allá de lo profesional.

—Isla...

—No —se levanta bruscamente del sillón, como si necesitara poner distancia entre nosotros—. No podemos hacer esto. No podemos estar aquí, solos, hablando de libros como si fuéramos... como si fuéramos amigos.

—¿Por qué no?

—¡Porque eres el enemigo! —exclama, y hay desesperación en su voz—. Porque has venido aquí a destrozar todo lo que amo. Porque representas todo contra lo que he luchado mi vida entera.

—¿Y si te dijera que estás equivocada? ¿Que no he venido aquí a destruir nada?

Se queda inmóvil, mirándome con esos ojos verdes que ahora brillan con lágrimas no derramadas.

—¿Entonces por qué estás aquí?

Es una pregunta simple que requiere una respuesta simple. Pero mientras la miro, con el pelo ligeramente despeinado y las mejillas sonrojadas, con la pasión ardiendo en cada línea de su cuerpo, me doy cuenta de que la respuesta ha cambiado.

—Al principio, a hacer dinero —digo honestamente—. A reestructurar, optimizar, maximizar beneficios.

—¿Y ahora?

—Ahora... ahora no lo sé.

Es la admisión más vulnerable que he hecho jamás, y veo cómo le impacta. Sus labios se entreabren ligeramente, y da un paso hacia mí antes de detenerse.

—No puedo confiar en ti —susurra—. No puedo confiar en esto.

—Lo sé.

—No puedo arriesgar Haven Books por... por lo que sea que esté pasando entre nosotros.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué siento como si quisiera hacerlo de todas formas?

Su pregunta me desarma completamente, porque es exactamente lo que yo también estoy sintiendo. Esta necesidad irracional de arrinconar todo por una mujer que debería ser mi oponente, no mi... ¿qué?

—No lo sé —respondo honestamente—. Pero yo también lo siento.

Nos quedamos ahí, mirándonos a través del espacio que nos separa, con los manuscritos esparcidos entre nosotros como puentes hacia algo que ninguno de los dos entiende completamente.

Y por primera vez en mi vida, no tengo un plan. No tengo una estrategia. No sé qué viene después.

Todo lo que sé es que algo fundamental ha cambiado esta noche, y no hay vuelta atrás.

¿Qué sucederá a partir de ahora?

CAPÍTULO 19

ISLA

Me despierto empapada en sudor y con una pulsación entre las piernas que me dice exactamente qué tipo de sueño acabo de tener. Las sábanas están enredadas alrededor de mis muslos como si hubiera estado luchando contra ellas toda la noche, y tengo el corazón latiendo como si acabara de correr una maratón.

—Mierda —gruño contra la almohada, sintiendo cómo el calor me trepa por todo el cuerpo.

Es la quinta vez esta semana. Cinco malditas noches seguidas despertándome frustrada y caliente después de soñar con Zane Hawke haciendo cosas a mi cuerpo que deberían estar prohibidas en al menos tres países.

Esta vez estábamos en su despacho, él sentado en su silla de cuero mientras yo... bueno, mientras yo le demostraba exactamente para qué sirve un escritorio ejecutivo además de para firmar contratos.

Me incorporo en la cama, pasándome las manos por la cara en un intento patético de borrar las imágenes que siguen quemando detrás de mis párpados. Puedo recordar cada detalle del sueño con una claridad enfermiza: sus manos agarrando mis caderas, su voz grave diciéndome exactamente lo que quería que hiciera, la forma en que gemía mi nombre cuando yo lo montaba.

Para. Ahora mismo. Basta.

Pero no puedo parar. Porque no son solo los sueños. Es la forma en que mi cuerpo se vuelve loco cada vez que lo veo en persona. Cómo se me endurecen los pezones cuando dice mi nombre con esa voz grave. La humedad constante entre mis piernas cada vez que está cerca.

Es como si mi cuerpo hubiera decidido que Zane Hawke es exactamente lo que necesita, independientemente de lo que piense mi cerebro al respecto.

Y después de esa noche en la biblioteca, después de verlo relajado y despeinado, leyendo literatura como si fuera la cosa más natural del mundo... es peor. Mucho peor.

Porque ahora no solo fantaseo con su cuerpo. Fantaseo con desabrocharle esa camisa perfecta mientras habla de metáforas. Con besarle el cuello mientras lee en voz alta. Con hacerle perder la compostura de la misma forma que él me la hace perder a mí.

Me levanto de un salto, necesitando hacer algo productivo antes de que termine tocándome mientras pienso en él. Otra vez.

Necesito hablar con Sofía. Urgentemente.

Una hora después estoy en nuestro café favorito, dando golpecitos nerviosos con el pie y bebiendo café como si fuera medicina. Sofía llega corriendo, con el pelo rizado más rebelde que nunca y esa expresión de curiosidad que pone cuando huele drama.

—Vale, cuéntamelo todo —dice sin preámbulos, dejándose caer en la silla frente a mí—. Tu mensaje sonaba como si fueras a explotar.

—Voy a explotar —confirmo, mirando alrededor para asegurarme de que nadie puede oírnos—. Literalmente. Como una bomba de frustración sexual.

Sofía arquea una ceja, con una sonrisa que se va haciendo más amplia por segundos.

—¿Y a quién tengo que agradecer por fin ver a Isla Brennan admitir que tiene libido? —pregunta, peso sé de sobra que conoce la respuesta.

—A Zane Hawke —mascullo, sintiendo cómo se me calienta la cara.

—¿Al CEO enemigo? ¿Al tiburón de Wall Street que odias?

—Al mismo.

Se echa hacia atrás en su silla y estalla en carcajadas.

—Por fin lo reconoces. Esto es mejor que Netflix.

—Sofía, no es gracioso —protesto, aunque una parte de mí se siente aliviada de poder contárselo a alguien—. Me está volviendo

completamente loca. No puedo estar en la misma habitación que él sin ponerme cachonda.

—¿Cachonda cómo?

—¿En serio me preguntas eso?

—Quiero detalles. Soy tu mejor amiga, tengo derecho.

Suspiro, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello hasta las orejas.

—Vale. Cachonda como... como fantasear con subirme a su regazo en medio de una presentación. Como no poder mirarle las manos sin imaginarme qué se sentiría que me...

—¿Que te qué?

—Que me tocara —termino en un susurro, sintiendo cómo se me enciende todo el cuerpo solo de pensarlo—. Sofía, ayer durante una reunión se aflojó la corbata y casi se me escapa un gemido. Un gemido. Por una corbata.

Sofía se ríe tan fuerte que varias personas se giran a mirarnos.

—Ay, Dios mío, estás completamente pillada.

—¡Estoy frustrada! —protesto—. Hay una gran diferencia.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—La frustración es puramente física. Es... es química. Hormonas. Un problema que se puede solucionar con... ya sabes.

—¿Con qué?

—Con un buen polvo —digo, bajando la voz—. Es solo que hace mucho que no me acuesto con nadie, y él es... bueno, mírale. Es jodidamente impresionante.

—¿Solo es eso?

—¡Por supuesto que es solo eso! ¿Qué más iba a ser?

Sofía me mira con esa expresión que dice claramente que no se está tragando ni una palabra.

—¿En serio me vas a decir que lo que sientes por Zane Hawke es solo ganas de follar?

—Sí —digo con más convicción de la que siento—. Es un hombre atractivo que despierte mis instintos más básicos. Eso es todo.

—¿Y qué pasa con esa conversación que tuvisteis? ¿La de la biblioteca?

Siento una punzada extraña en el pecho al recordar esa noche, pero la ignoro.

—¿Qué pasa con ella?

—Que me dijiste que habíais conectado. Que había sido diferente.

—Fue... agradable —admito a regañadientes—. Pero solo porque me sorprendió ver que no es completamente imbécil. Eso no significa nada más que... que quizás tenga cerebro además de músculos.

—¿Músculos?

—¿Has visto cómo le queda ese traje? Es obvio que hace ejercicio.

—¿Y te has imaginado cómo sería sin el traje?

El calor me explota en la cara como una bomba.

—Quizás.

—¿Quizás?

—Vale, sí. Me he imaginado cómo sería desnudo. Varias veces. Al día.

—¿Y?

—Y probablemente está tan bueno como parece. Probablemente tiene abdominales que se pueden usar como tabla de lavar, y brazos que podrían levantarme sin esfuerzo, y...

—¿Y?

—Y una polla que encajaría perfectamente dentro de mí —termino en un susurro, sintiendo cómo se me contrae todo el vientre solo de pensarlo.

Sofía se queda boquiabierta.

—Madre mía, Isla. No sabía que tuvieras esta faceta tan... gráfica.

—¡Yo tampoco! —exclamo, llevándome las manos a la cara—. Nunca había sido así. Nunca había sentido esta... esta necesidad primitiva de hacer cosas indecentes con alguien.

—¿Qué tipo de cosas indecentes?

—Cosas como montarle en su silla ejecutiva hasta que se olvide de su propio nombre. Como dejar que me tome contra la ventana de su despacho para que todo Manhattan pueda ver lo que me hace —susurro, y Sofía casi se atraganta con su café.

—¡Isla!

—¿Qué? Me has dicho que querías detalles.

—Sí, pero no esperaba que fueras tan... explícita.

—Bueno, pues eso es lo que me pasa. Me paso el día pensando en sexo sucio con un hombre que se supone que es mi enemigo corporativo. ¿Contenta?

—Muy contenta —dice con una sonrisa maliciosa—. Pero tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Has pensado en hacer algo al respecto?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Como qué?

—Como seducirlo.

—¿Estás loca?

—¿Por qué sería una locura?

—¡Porque es mi socio corporativo! ¡Porque trabajamos juntos! ¡Porque podría complicar todo!

—O podría solucionarlo todo. Quizás lo que necesitas es un buen polvo para sacártelo del sistema.

La idea me tienta más de lo que debería.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque... porque...

—¿Porque qué, Isla?

—Porque tengo miedo de que no sea solo sexo —admito finalmente, y la confesión sale de mi boca como si me la hubieran arrancado—. Tengo miedo de que si me acuesto con él, si dejo que esto vaya más allá de las fantasías, descubra que no es solo que esté cachonda. Que sea algo más.

—¿Y eso sería tan terrible?

—¡Sí! —exclamo—. Porque entonces estaría jodida de verdad. Porque entonces no sería solo una atracción física que puedo ignorar. Sería... real.

Sofía me mira con esa expresión de comprensión que me saca de quicio.

—Cariño, creo que ya es real.

—No —niego con la cabeza—. Es solo sexo. Solo química. Solo... hormonas.

—Si tú lo dices.

—Lo digo.

—Entonces haz algo al respecto.

—¿Como qué?

—Como encontrar a otro hombre que te ayude a olvidarte de él. O como seducir a Zane y conseguir que te folle hasta que te quites esta obsesión de la cabeza.

Ambas opciones me parecen igual de aterradoras.

—No sé cómo seducir a nadie —admito—. Especialmente a alguien como él.

—¿Alguien como él?

—Sofisticado. Experimentado. Seguramente acostumbrado a mujeres que saben lo que hacen en la cama.

—Isla, eres una mujer preciosa, inteligente y apasionada. Si quieres seducir a Zane Hawke, puedes hacerlo.

—¿Y si me rechaza?

—¿Y si no lo hace?

La pregunta queda flotando entre nosotras mientras termino mi café, que ya está completamente frío.

Porque la verdad es que una parte de mí, una parte que me aterra admitir, quiere averiguar qué pasaría si dejara de luchar contra esta atracción. Qué se sentiría tener esas manos con las que fantaseo tocándome de verdad. Qué sonidos haría cuando le hiciera perder el control de la misma forma que él me lo hace perder a mí.

Pero también tengo miedo de descubrir que Sofía tiene razón. Que esto va más allá del sexo.

Porque si es así, estoy completamente jodida.

Y no en el buen sentido.

CAPÍTULO 20

ISLA

—Esto es para ti —dice Sofía, apareciendo al día siguiente en mi despacho con una caja rosa bajo el brazo y una sonrisa traviesa.

—Buenos días para ti también —murmuro, devolviendo la vista al manuscrito que estoy revisando—. ¿Qué es eso?

—La solución a todos tus problemas.

Eso hace que alce la vista de nuevo. ¿Qué está tramando?

—Sofía, si me has traído vitaminas o alguna de esas hierbas raras que venden en esas tiendas naturistas...

—Es mucho mejor que las vitaminas, créeme —dice, dejando la caja en mi escritorio con una sonrisa que podría iluminar todo Manhattan—. Es tu nuevo mejor amigo.

Miro la caja con recelo. Es rosa chicle, con un lazo dorado, y a pesar de que tiene un aspecto inofensivo, no me fio lo más mínimo de mi mejor amiga.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

—Sofía...

—Ábrelo, Isla. Confía en mí.

Con un suspiro de resignación, desato el lazo y abro la caja. Lo que veo dentro hace que se me pare el corazón en seco.

—No —digo, cerrando la caja de golpe como si contuviera una serpiente venenosa—. ¡Sofía! Te voy a matar.

—¿Qué? —pregunta con esa inocencia falsa que usa cuando sabe perfectamente que ha cruzado una línea—. Dijiste que estabas frustrada. Esto va a solucionarlo.

—¡Es un consolador!

—Es el mejor consolador que el dinero puede comprar —me corrige—. Silicona médica, siete velocidades diferentes, completamente silencioso, y recargable. He leído las reseñas. Tiene cinco estrellas en todos los sitios.

Me llevo las manos a la cara, sintiendo cómo el calor me sube hasta las orejas.

—No puedo creer que me hayas traído esto al trabajo.

—¿Y dónde querías que te lo diera? ¿En tu apartamento? ¿Delante de tus vecinos?

—¡No quería que me lo dieras en ningún sitio!

—Isla —dice, sentándose en el borde de mi escritorio con esa seriedad que reserva para las conversaciones importantes—. Ayer me pasé dos horas escuchándote describir exactamente lo que quieres hacerle a Zane Hawke. Cosas muy gráficas, por cierto.

—No fueron tan gráficas —protesto débilmente.

—Dijiste, y cito textualmente, que querías «montarle la polla hasta que se olvidara de su propio nombre».

El calor en mis mejillas se intensifica hasta convertirse en un incendio.

—Vale, quizás sí fui un poco específica.

—Un poco específica es quedarse corto. Sonabas como una mujer al borde de un colapso sexual.

—¿Y tu solución es... esto? —señalo la caja como si contuviera material radioactivo.

—Mi solución es que te relajes lo suficiente como para pensar con claridad. Porque desde que ese hombre llegó a Haven Books, eres un manojo de nervios y frustración sexual.

Me dejo caer hacia atrás en mi silla, sintiendo el peso de la verdad en sus palabras.

—Es que... es complicado, Sofía. No es solo que sea atractivo. Es que me saca de quicio y me pone cachonda a la vez. Es como si mi cuerpo y mi cerebro estuvieran librando una guerra constante.

—Exactamente. Y mientras esa guerra continúe, no vas a poder funcionar normalmente. Así que... —señala la caja— esto es para que puedas liberar algo de presión hasta que decidas qué hacer con el CEO sexy.

—No voy a hacer nada con el CEO sexy.

—¿No? ¿Entonces vas a pasarte el resto de tu vida deseando a un hombre al que supuestamente odias?

—No lo odio igual que antes —admito a regañadientes—. Ese es el problema. Debería odiarlo con más intensidad. Pero después de la conversación en la biblioteca, después de verlo leyendo, después de ver que hay más en él de lo que pensaba... ya no sé qué siento.

—¿Y eso te asusta?

—Me aterroriza.

Sofía me mira con esa compasión que solo viene de años de amistad.

—Cariño, ya estás jodida. La pregunta es si vas a hacer algo al respecto o vas a seguir torturándote.

Se levanta y se dirige hacia la puerta, pero se detiene antes de salir.

—Úsalo. No uses. Haz lo que quieras. Pero deja de sufrir en silencio. Te mereces sentirte bien, Isla. De una forma u otra.

Y con eso se va, dejándome sola con una caja rosa y un montón de pensamientos que no sé cómo procesar.

Me quedo mirando la caja durante varios minutos, debatiéndome entre la mortificación y la curiosidad. Finalmente, la curiosidad gana.

Vuelvo a abrirla lentamente.

Es... elegante, supongo. No es lo que esperaba. Es de un rosa suave, no demasiado intimidante, con líneas elegantes que lo hacen parecer más un objeto de arte que... bueno, que lo que es.

—Dios mío —murmuro, sacándolo de la caja con cuidado, como si fuera a explotar.

Es sorprendentemente suave al tacto, y más pesado de lo que esperaba. Hay varios botones en la base, cada uno marcado con diferentes símbolos que supongo que corresponden a las diferentes «velocidades» de las que hablaba Sofía.

Estoy girándolo en mis manos, preguntándome cómo funciona exactamente, cuando oigo pasos acercándose por el pasillo.

Mierda.

Los pasos se detienen justo frente a mi puerta, y el pánico me invade completamente. Intento meter rápidamente el consolador en el cajón de mi escritorio, pero mis manos están temblando tanto que se me resbala de los dedos como una pastilla de jabón.

Sale disparado, vuela por el aire en un arco perfecto, y aterriza en el suelo justo cuando la puerta se abre y Zane entra.

—Isla, necesito que revises estos núm...

Y porque el universo definitivamente está en mi contra, el impacto activa algún botón y el maldito aparato empieza a vibrar contra el suelo como si tuviera vida propia.

En este momento solo quiero morirme. ¿Por qué me está pasando esto?

Zane mira el objeto que vibra alegremente entre nosotros. Luego me mira a mí. Luego vuelve a mirar el consolador.

—Joder —murmura, y hay algo en su voz que nunca había oído antes. Algo oscuro. Algo hambriento.

Lejos de reírse de la situación, lo que parece es que está tremendamente afectado.

Me lanzo al suelo para recogerlo, desesperada por hacer que pare esa vibración que suena ensordecedora en el silencio de mi despacho. Mis dedos buscan frenéticamente algún botón, cualquier botón, hasta que finalmente la vibración se detiene.

Cuando me incorporo, con el consolador agarrado contra mi pecho como si fuera un bebé, Zane sigue ahí plantado, mirándome con una expresión que no puedo descifrar.

—Esto no es lo que parece... yo no estaba... Sofía me lo... —balbuceo, sintiendo cómo el calor me sube por toda la cara hasta las orejas.

—¿Te lo ha regalado Sofía? —pregunta, y su voz sale ronca, como si acabara de despertarse.

—Sí. Bueno, no. O sea, sí, pero no es lo que parece. Yo le dije... le conté... —me detengo, dándome cuenta de que cualquier explicación que le dé solo va a empeorar las cosas.

—¿Qué le contaste?

Sus ojos grises se han oscurecido hasta volverse casi negros, y hay algo en la forma en que me mira que hace que se me contraiga el estómago.

—Le dije que estaba... frustrada —susurro, incapaz de mentir cuando me mira así.

—¿Frustrada cómo?

Da un paso hacia mí, y luego otro, hasta que está lo suficientemente cerca como para que pueda oler su colonia y ver las pequeñas motas doradas en sus pupilas dilatadas.

—Ya lo sabes —digo, porque no puedo obligar a mi garganta a formar las palabras específicas.

—Dímelo.

—Sexualmente —las palabras salen como un susurro ahogado—. Estoy sexualmente frustrada. Por tu culpa.

ZANE

Sus palabras me golpean directas en la entrepierna. Durante un momento, todo lo que puedo hacer es quedarme ahí, procesando el hecho de que Isla acaba de admitir que la excito tanto que necesita un jodido consolador para lidiar con ello.

La imagen mental me atraviesa como un rayo: Isla sola en su apartamento, con las piernas abiertas, usando ese aparato mientras piensa en mí, gimiendo mi nombre mientras se corre.

—Joder —gruño otra vez, pasándome una mano por la cara en un intento inútil de mantener algo de compostura.

—Lo siento —dice rápidamente, como si acabara de darse cuenta de lo que ha admitido—. No debería haber dicho eso. Vamos a olvidar que esto ha pasado y...

—No.

La palabra sale con más fuerza de la que pretendía, y la veo sobresaltarse.

—¿No?

—No vamos a olvidar nada —digo, acercándome otro paso—. Porque yo estoy igual de jodido que tú.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Qué?

—Llevo semanas volviéndome loco por ti, Isla. Semanas sin poder dormir porque cada vez que cierro los ojos te veo a ti. Te veo debajo de mí, encima de mí, contra la pared de mi despacho...

—Para —susurra, pero su voz carece de convicción.

—¿Por qué? ¿Porque es incómodo admitir que nos deseamos? ¿Porque no encaja con tu imagen de mí como el villano corporativo?

Doy otro paso, y ahora estamos tan cerca que puedo ver cómo le tiembla ligeramente el labio inferior.

—Tenemos que hacer algo con esto —digo, y mi voz sale más grave de lo que la he oído jamás—. Porque esta tensión me está matando.

—¿Qué propones que hagamos? —pregunta, y hay algo en su tono que me dice que ya sabe la respuesta.

—Lo obvio. Nos acostamos. Nos sacamos esto del sistema. Una vez, dos veces, las que haga falta hasta que podamos estar en la misma habitación sin querer arrancarnos la ropa mutuamente.

La veo tragar saliva, y puedo ver exactamente la batalla que se está librando en su cabeza.

—Es una idea terrible —dice finalmente.

—Probablemente.

—Podría complicar todo.

—Seguramente.

—Trabajamos juntos.

—Sí.

—Y nos odiamos.

—No, no nos odiamos —digo, y la corrección me sale automáticamente—. Nos deseamos. Son cosas muy diferentes.

Nos miramos fijamente durante un momento que se siente eterno. Puedo ver el momento exacto en que toma la decisión, porque algo cambia en sus ojos, algo que hace que se me dispare el pulso.

—Vale —susurra.

—¿Vale?

—Sí. Tienes razón. Tenemos que sacarnos esto del sistema.

No espero a que cambie de opinión. No le doy tiempo a pensar en todas las razones por las que esto es una mala idea. Me acerco, le quito el consolador de las manos y lo dejo caer en su escritorio, luego agarro su muñeca.

—Vamos —digo, tirando suavemente de ella hacia la puerta.

—¿Adónde?

—A acostarnos.

—Zane, tengo reuniones...

—Cancélalas.

—No puedo simplemente...

Me detengo y me giro hacia ella, y lo que sea que ve en mi expresión hace que se calle inmediatamente.

—Isla —digo, y mi voz sale cargada de toda la necesidad que he estado conteniendo durante semanas—. Si no salimos de aquí ahora mismo, voy a follarte contra tu escritorio y no me va a importar quién pueda oírnos ni que tu puerta no tenga pestillo.

Veo cómo sus pupilas se dilatan hasta que casi no queda nada de verde en sus ojos.

No le doy más oportunidades de protestar. Abro la puerta de su despacho y tiro de ella hacia el pasillo, ignorando las miradas curiosas de los empleados que nos ven pasar.

Todo lo que me importa es encontrar un espacio con pestillo antes de que uno de los dos recupere la cordura.

Porque después de semanas de tortura, finalmente voy a tener a Isla Brennan exactamente donde la quiero.

Debajo de mí.

CAPÍTULO 21

ISLA

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que todo Manhattan puede oírlo mientras Zane tira de mi mano por el pasillo de la quinta planta. Es muy pronto y puedo oír las voces de nuestros empleados trabajando, el tecleo constante de los teclados, el murmullo normal de una editorial en pleno funcionamiento.

Lo que estamos a punto de hacer es una locura absoluta.

—Zane —susurro, intentando que afloje el paso—. No podemos hacer esto aquí. Hay gente...

Se detiene tan bruscamente que casi choco contra su espalda, y cuando se gira para mirarme, la intensidad en sus ojos grises me quita el aliento completamente.

—¿Te estás echando atrás? —pregunta con una voz grave que hace que se me contraiga todo el vientre.

—No, yo solo... —empiezo, pero las palabras se me mueren en la garganta cuando da un paso hacia mí, acortando la distancia hasta que puedo sentir el calor que irradia de su cuerpo.

—Porque si te estás echando atrás, me lo dices ahora y volvemos a nuestros despachos como si nada hubiera pasado —continúa, pero hay algo en su tono que me dice que eso sería lo último que querría que ocurriera—. Pero si no te estás echando atrás, entonces sígueme y deja de pensar tanto.

Su proximidad me marea. Puedo oler su colonia mezclándose con su aroma natural, algo completamente masculino que hace que mis rodillas se vuelvan de gelatina. Puedo ver sus pupilas dilatadas, la línea tensa de su mandíbula mientras espera mi respuesta.

—No me estoy echando atrás —susurro, porque es la verdad más honesta que he dicho en mi vida.

La sonrisa que se dibuja en sus labios es pura satisfacción masculina.

—Perfecto.

Se dirige hacia una puerta al final del pasillo, una que reconozco como el archivo de documentos antiguos. Es un cuarto pequeño que se usa principalmente para guardar contratos viejos y papeles que nadie revisa jamás. Lo veo probar el pomo, y se abre con facilidad.

—¿No está cerrado con llave? —pregunto, sintiendo una mezcla de alivio y nerviosismo.

—Aparentemente no —responde, empujando la puerta y encendiendo la luz antes de hacerme un gesto para que entre—. El destino está de nuestro lado.

El cuarto es pequeño y está lleno de estanterías metálicas hasta el techo cargadas de cajas polvorientas. Huele a papel antiguo. Cuando Zane entra detrás de mí el espacio se transforma en algo cargado de posibilidades infinitas.

El sonido del pestillo resuena en mis oídos como un disparo. No hay vuelta atrás ahora.

—Ven aquí —dice con esa autoridad natural que me pone la piel de gallina.

Me giro hacia él lentamente, y la forma en que me mira, como si fuera algo precioso y prohibido a la vez, hace que se me acelere la respiración hasta convertirse en pequeños jadeos. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo con tanta intensidad que la puedo sentir como una caricia física.

—¿Estás segura? —pregunta cuando estoy lo suficientemente cerca como para que necesite inclinar la cabeza para mirarle—. Una vez que empecemos esto, no voy a poder parar.

Sus palabras me atraviesan como fuego líquido, enviando ondas de calor directamente entre mis piernas. La honestidad cruda en su voz, la promesa oscura de lo que está por venir, hace que se me escape un pequeño gemido involuntario.

—Estoy segura —respondo, sorprendiéndome por lo firme que suena mi voz—. Llevo semanas volviéndome loca por ti.

Sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros.

—Semanas —repite, como si fuera una confesión—. Yo también. Cada maldita reunión, cada vez que discutimos, cada vez que me miras como si quisieras asesinarme...

Da un paso hacia mí, luego otro, hasta que mi espalda toca las estanterías frías detrás de mí. Sus manos se posan a ambos lados de mi cabeza, atrapándome entre su cuerpo y el metal, pero en lugar de sentirme claustrofóbica, me siento protegida. Deseada.

—He estado soñando con esto —murmura, bajando la cabeza hasta que su aliento roza mi oído—. Con tenerte exactamente así, necesitándome tanto como yo te necesito a ti.

Un estremecimiento recorre todo mi cuerpo cuando sus labios rozan apenas la piel sensible debajo de mi oreja. Es el toque más ligero posible, pero envía descargas eléctricas directamente a mi núcleo, donde ya puedo sentir la humedad acumulándose.

—Zane... —susurro su nombre como una súplica.

—¿Qué quieres? —pregunta contra mi cuello, donde mi pulso late como un tambor descontrolado—. Dímelo, Isla. Quiero oírte decir exactamente lo que quieres que te haga.

Sus palabras me encienden y me avergüenzan a la vez. Nunca he sido buena expresando este tipo de deseos, nunca he querido pedirle a un hombre que me toque de formas específicas. Pero la forma en que Zane me mira, como si mis palabras fueran lo único que necesita para hacerme sentir increíble, me da valor.

—Quiero que me toques —susurro, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello hasta las mejillas—. En todas partes.

Su sonrisa contra mi piel es depredadora y tierna a la vez.

—Eso puedo hacerlo —murmura, antes de capturar mis labios en un beso que es de todo menos suave.

Es desesperado, hambriento, como si hubiera estado conteniendo esto durante tanto tiempo que ya no puede controlar la intensidad. Su lengua se desliza contra la mía con una habilidad que hace que mis rodillas se vuelvan líquido, y tengo que aferrarme a los bordes de su chaqueta para mantenerme en pie.

Puedo sentir la evidencia de su excitación presionándose contra mi vientre, dura e insistente a través de la tela de sus pantalones de traje, y esa sensación me enciende aún más. Saber que me desea tanto como yo lo deseo a él, que está luchando contra el mismo tipo de necesidad primitiva que me está consumiendo, hace que quiera entregarme completamente a él.

Sus manos comienzan a explorar mi cuerpo por encima de la ropa, trazando mis costillas, mis caderas, la curva de mi cintura. Cada toque me enciende más, creando un sendero de fuego por mi piel que me tiene temblando contra las estanterías.

—Tu vestido —dice contra mis labios, su voz saliendo ronca—. Quítatelo.

La orden directa hace que se me dispare el pulso aún más. Mis manos van automáticamente a la cremallera trasera, pero están temblando tanto por la anticipación que no consigo agarrarla correctamente.

—Déjame hacerlo a mí —dice, girándome suavemente hasta que estoy de espaldas a él.

Puedo sentir su respiración cálida contra mi nuca mientras sus dedos encuentran la cremallera, y cuando comienza a bajarla lentamente, cada centímetro de piel que va quedando expuesto se siente como si estuviera siendo acariciado por electricidad.

El vestido se desliza por mis hombros y cae al suelo con un susurro suave, dejándome en sujetador y bragas de encaje negro. Inmediatamente siento el aire fresco del cuarto contra mi piel, pero el ardor de la mirada de Zane me mantiene cálida.

—Joder —murmura detrás de mí, y hay algo en su voz que va más allá del deseo. Algo que suena casi como reverencia—. Eres perfecta, Isla. Absolutamente perfecta.

Sus manos se posan en mis hombros desnudos, y el contacto de sus palmas calientes contra mi piel sensible me arranca un gemido involuntario. Comienza a trazar patrones lentos por mis brazos, mi espalda, explorando cada centímetro de piel expuesta como si quisiera memorizarla.

Cuando sus labios se posan en el punto donde mi cuello se une con mi hombro, tengo que morderme el labio para no gemir demasiado alto. Sus besos son suaves al principio, luego más intensos cuando encuentra puntos que me hacen estremecer.

—Date la vuelta —ordena suavemente—. Quiero verte.

Obedezco lentamente, y cuando mis ojos se encuentran con los suyos, lo que veo ahí me quita el aliento. Hay deseo, sí, pero

también algo más profundo. Algo que me hace sentir preciosa y deseada de una forma que nunca había experimentado.

Sus ojos recorren mi cuerpo como si fuera arte, deteniéndose en la curva de mis pechos, en mi cintura, en mis caderas. Puedo ver exactamente el efecto que le causo por la forma en que aprieta la mandíbula, como si estuviera luchando por mantener el control.

—¿Qué pasa con el consolador? —pregunta de repente, y su voz sale más grave que antes—. ¿Dónde está ahora?

Me sonrojo furiosamente al recordar el objeto.

—Se ha quedado en mi despacho —admito en voz baja.

—Perfecto. Porque no voy a permitir que un trozo de plástico te dé placer cuando yo estoy aquí.

Sus palabras me atraviesan como un rayo directo a mi núcleo, que ya está pulsando con necesidad.

—Mis manos van a ser las únicas que te toquen —continúa, levantando una mano para trazar apenas el contorno de mi mejilla —. Mi boca va a ser la única que te haga gemir. ¿Entendido?

La posesividad en su voz, la forma autoritaria en que reclama mi placer como suyo, me enciende de formas que no sabía que eran posibles.

—Entendido —susurro, porque es lo único que mi garganta puede formar.

—Necesito oírte decirlo completamente, Isla.

—Solo tú —digo, sintiendo cómo las palabras salen cargadas de promesas que van más allá de este momento—. Solo tú puedes tocarme.

Su sonrisa es pura satisfacción.

—Exactamente.

Sus manos se deslizan hasta mi espalda, encontrando el cierre de mi sujetador con una habilidad que debería ponerme nerviosa pero que en su lugar me enciende aún más. El sujetador se desliza por mis brazos y cae al suelo, dejando mis pechos completamente expuestos.

Por un momento, solo me mira, y la intensidad en sus ojos mientras observa mi cuerpo desnudo hace que me sienta poderosa y vulnerable a la vez.

—Perfecta —murmura otra vez, como si fuera una oración.

Sus manos se alzan para sostener mis pechos, y el contacto de sus palmas calientes contra mi piel sensible me arranca otro gemido. Son tan grandes que envuelven completamente mis pechos, y cuando sus pulgares comienzan a trazar círculos alrededor de mis pezones sin tocarlos directamente, tengo que aferrarme a sus hombros para mantenerme en pie.

—Por favor —susurro, aunque no estoy segura de qué estoy pidiendo exactamente.

—¿Por favor qué? —pregunta, bajando la cabeza hasta que su aliento roza mi piel—. Dime exactamente lo que quieres, Isla.

—Tócame —jadeo—. Toca mis... mis pezones.

La forma en que tengo que forzarme a pronunciar las palabras me sonroja aún más, pero la reacción en sus ojos vale la pena la vergüenza.

—Como desees —murmura, antes de pellizcar suavemente mis pezones entre sus dedos.

La sensación es tan intensa que mi espalda se arquea involuntariamente, presionando mis pechos más firmemente contra sus manos. Un gemido escapa de mi garganta que suena obsceno en el silencio del cuarto de archivo.

—¿Te gusta así? —pregunta, aumentando ligeramente la presión.

—Sí —jadeo—. Dios, sí.

Sus dedos continúan trabajando mis pezones mientras sus labios encuentran mi cuello otra vez, besando y mordisqueando suavemente. Cada sensación se suma a la anterior, creando una espiral de placer que me está volviendo loca.

Cuando una de sus manos comienza a descender por mi vientre, trazando patrones lentos que se acercan peligrosamente al borde de mis bragas, prácticamente me derrito contra las estanterías.

—¿Puedo? —pregunta cuando sus dedos rozan el elástico de mi ropa interior.

—Sí —susurro inmediatamente—. Por favor, sí.

Sus dedos enganchan el elástico y comienzan a deslizar mis bragas lentamente por mis piernas, y el aire fresco contra mi piel

desnuda me pone la piel de gallina. Pero su mirada ardiente me calienta desde dentro.

—Separa las piernas para mí —ordena suavemente, y obedezco sin pensarlo.

Cuando su mano se desliza entre mis muslos, rozando apenas mi centro húmedo, un gemido escapa de mis labios que estoy segura de que puede oírse hasta la planta de abajo. Pero ya no me importa. Ya no me importa nada excepto la sensación de sus dedos explorándome con una paciencia que me está enloqueciendo.

—Estás tan mojada —murmura con admiración, mientras sus dedos trazan cada pliegue, cada centímetro de piel sensible—. ¿Todo esto es por mí?

—Sí —jadeo, porque es la verdad más desnuda que he admitido jamás—. Todo por ti.

Sus dedos encuentran mi clítoris y comienzan a trazar círculos suaves alrededor de él, nunca tocándolo directamente. La frustración es tan exquisita que podría llorar.

—Más —suplico—. Por favor, necesito más.

—¿Qué necesitas exactamente? —pregunta, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Sé específica.

—Tócame ahí —ruego—. Toca mi... mi clítoris.

—¿Así? —pregunta, aplicando finalmente presión directa al nódulo hinchado de nervios.

El placer que me atraviesa es tan intenso que tengo que morderme el labio para no gritar. Mi cuerpo entero se tensa, buscando más contacto, más presión, más de todo.

—Dios, sí —gimo—. Exactamente así.

Sus dedos comienzan a moverse con más intención, alternando entre círculos suaves y presión directa, encontrando un ritmo que me tiene al borde de la locura. Puedo sentir mi orgasmo acercándose como una ola gigante, construyéndose en mi vientre bajo hasta volverse insoportable.

—No pares —suplico cuando cambia ligeramente el ángulo—. Por favor, no pares.

—No voy a parar —promete—. Pero no te corras todavía. Cuando te corras, va a ser con mis dedos dentro de ti.

Sus palabras me atraviesan como electricidad. Siento cuando uno de sus dedos comienza a trazar mi entrada, presionando ligeramente sin entrar, y la anticipación me está matando.

—Por favor —ruego—. Zane, por favor.

—¿Qué quieres? —insiste—. Dímelo.

—Tus dedos —jadeo—. Quiero sentir tus dedos dentro de mí.

—Como desees —murmura, antes de deslizar lentamente un dedo dentro de mí.

La sensación es tan intensa después de toda la preparación que tengo que aferrarme a sus hombros para no caerme. Son mucho más grande que mis propios dedos y me llenan de una forma que nunca había experimentado, estirándome deliciosamente.

—Más —pido inmediatamente, porque una parte de mí que no sabía que existía ha despertado y está hambrienta de todo lo que él puede darme.

—Eres una avariciosa —dice con diversión, pero obedece, añadiendo un segundo dedo que me hace jadear por la sensación de plenitud.

Sus dedos comienzan a moverse dentro de mí, estableciendo un ritmo que me tiene jadeando contra su hombro. Su pulgar continúa trabajando mi clítoris mientras sus dedos me exploran internamente, y la combinación es devastadora.

—Voy a... —empiezo a decir, sintiendo cómo mi orgasmo se acerca como un tren descontrolado.

—Córrete para mí —ordena—. Ahora, Isla. Quiero sentir cómo te desmoronas alrededor de mis dedos.

Sus palabras son lo último que necesito. Mi orgasmo me atraviesa como una tormenta eléctrica, haciendo que todo mi cuerpo se tense y luego se relaje en ondas de placer tan intensas que veo estrellas detrás de mis párpados cerrados. Un grito escapa de mis labios que estoy segura de que puede oírse en todo el edificio, pero ya no me importa nada excepto la sensación de placer puro corriendo por mis venas.

Zane continúa moviéndose dentro de mí hasta que mis temblores se calman, luego retira sus dedos lentamente y me besa con una

ternura que contrasta completamente con la intensidad de lo que acaba de pasar.

—¿Cómo te sientes? —pregunta contra mis labios.

—Como si acabara de tocar el cielo —respondo honestamente, y mi voz sale ronca por los gemidos.

Puedo ver en sus ojos que está completamente complacido con mi respuesta.

Pero cuando bajo la mirada y veo la evidencia obvia de su excitación presionándose contra sus pantalones, la culpa me invade.

—Pero tú no... —empiezo, llevando la mano hacia su cinturón—. ¿No quieres que yo...?

Sus manos detienen las mías con una gentileza firme.

—No —dice, y hay algo en su voz que va más allá del deseo físico —. Esto era para ti. Solo para ti.

—Pero...

—Nada de peros —interrumpe, besándome suavemente—. Vamos a tener tiempo para todo, Isla. Mucho tiempo.

Mientras me ayuda a vestirme, sus manos rozando mi piel con una reverencia que me hace sentir preciosa, me doy cuenta de algo que debería asustarme: esto no va a ser suficiente. Lo que acaba de pasar entre nosotros ha despertado algo en mí que no sabía que existía, un hambre que sé que solo él puede satisfacer.

Y por la forma en que me mira mientras me abrocha el vestido, como si yo fuera algo que quiere proteger y poseer a la vez, sospecho que él siente exactamente lo mismo.

Cuando salimos del cuarto de archivo, fingiendo normalidad mientras volvemos a nuestros respectivos despachos, llevo su sabor en mis labios y la sensación de sus manos grabada en mi piel.

Y sé que esto es solo el principio.

CAPÍTULO 22

ISLA

Estoy muy cabreada.

—Esta propuesta de marketing es una broma —digo, arrojando los papeles sobre la mesa de la sala de reuniones—. ¿En serio pretendes que ponga a *El jardín de las mariposas* en la sección de literatura erótica? ¿Te has vuelto loco?

Zane me mira desde el otro lado de la mesa con una expresión imperturbable que me saca de quicio, pero puedo ver las chispas de algo más oscuro ardiendo en sus ojos grises. Los mismos ojos que me han estado atormentando en sueños desde que me hizo correrme.

—Es una estrategia comercial inteligente —responde, agrupando los papeles con movimientos precisos—. Los elementos románticos de la novela son innegables. Sería estúpido no aprovecharlos.

—¡Es literatura, no porno! —exploto, levantándome tan bruscamente que la silla chirría contra el suelo—. Francesca Montelli escribió una obra de arte sobre el duelo y la pérdida, no una fantasía sexual.

La sonrisa que se dibuja en sus labios es pura provocación.

—¿Y qué hay de malo en la novela erótica? ¿No merece la pena leerla también? ¿O solo publicas obras para intelectuales con títulos universitarios?

Sus palabras me atraviesan como puñales, pero no porque sean crueles. Sino porque tiene razón y yo lo sé.

—No es eso y lo sabes —replico, acercándome hasta la mesa—. Es que hay una diferencia entre hacer la literatura accesible y prostituirla.

—¿Prostituirla? —repite, levantándose también—. ¿Es eso lo que crees que estoy haciendo?

—Es exactamente lo que estás haciendo. Reduces todo a números, a estadísticas de ventas, a demografías objetivo.

Conviertes el arte en un producto.

Nos miramos fijamente a través de la mesa, y puedo sentir exactamente el momento en que la tensión profesional se transforma en algo mucho más peligroso. Sus ojos se oscurecen, mi respiración se acelera, y de repente el aire se vuelve espeso entre nosotros.

—¿Sabes cuál es tu problema, Isla? —dice, rodeando lentamente la mesa hasta quedar a mi lado—. Que vives en una fantasía donde el arte existe en un vacío perfecto, sin necesidades mundanas como pagar el alquiler o comprar comida.

—¿Y sabes cuál es el tuyo? —replico, girándome para enfrentarlo —. Que no tienes ni idea de lo que significa crear algo bello solo porque necesita existir.

Estamos tan cerca ahora que puedo oler su colonia mezclándose con algo más personal, más masculino. Que puedo sentir su respiración sobre mi cara.

—Enséñame —dice de repente, y su voz baja hasta convertirse en algo que es más bien un rugido.

—¿Qué?

—Enséñame qué significa crear algo bello sin razón —sus ojos caen a mis labios—. Porque lo único que veo cuando te miro es belleza sin propósito. Y me está volviendo completamente loco.

Su confesión me golpea como un puñetazo en el estómago, robándome todo el aire de los pulmones. Y antes de que pueda responder, de que pueda procesar completamente sus palabras, sus manos están en mi rostro y me está besando con una desesperación que me desarma.

No deberíamos haber tenido esta reunión a solas.

Somos peligrosos cuando estamos solos.

No hay preámbulos esta vez, no hay seducción lenta. Es pura necesidad transformada en contacto físico. Su lengua se desliza contra la mía con una urgencia que me hace gemir involuntariamente, y mis manos se aferran a su chaqueta como si fuera lo único que me mantiene de pie.

Cuando nos separamos, ambos estamos jadeando como si hubiéramos corrido una maratón.

—Esto es una locura —susurro.

—Sí —asiente, pero sus manos no se apartan de mi rostro—. Pero no me importa.

Y a mí tampoco. Esa es la parte que me aterra.

Martes

Encuentro a Zane en su despacho a las nueve de la noche, inclinado sobre documentos con esa concentración absoluta que he aprendido a reconocer. La chaqueta está colgada en el respaldo de su silla, tiene la corbata aflojada, y las mangas remangadas hasta los codos.

Es una imagen demasiado íntima, demasiado doméstica para mi tranquilidad mental.

—¿Trabajando hasta tarde otra vez? —pregunto desde el umbral, intentando sonar casual.

Levanta la vista y me mira como si fuera una aparición. Como si no pudiera creer que esté aquí.

—Podría preguntarte lo mismo —responde, echándose hacia atrás en su silla—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—He visto luz en tu despacho desde el mío —admito, entrando y cerrando la puerta detrás de mí—. Pensé que... no sé. Que podrías necesitar café o algo.

Es una mentira patética y ambos lo sabemos. La verdad es que llevo tres horas fingiendo trabajar mientras me preguntaba si él seguía aquí. La verdad es que no podía irme a casa sin verlo.

—¿Café? —repite, y hay algo divertido en su expresión—. ¿A las nueve de la noche?

—Vale, no he venido para ofrecerte café —admito, sintiéndome como una idiota—. Solo... quería verte.

Su expresión se vuelve más intensa, más hambrienta.

—Isla...

—He estado pensando en lo que dijiste ayer. Sobre la belleza sin propósito.

Me acerco a su escritorio, sintiendo cómo se me acelera el corazón con cada paso.

—¿Y? —pregunta, y su voz sale más ronca que antes.

—Y creo que te equivocas. Creo que la belleza siempre tiene propósito. Solo que a veces ese propósito no se puede medir con dinero.

Me detengo justo al lado de su silla, lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme.

—¿Como qué? —pregunta.

En lugar de responder con palabras, me inclino y lo beso. Suave al principio, casi dudando, pero cuando sus manos se alzan para enredarse en mi pelo, profundizo el beso hasta que ambos estamos temblando.

—Como esto —susurro contra sus labios—. Esto es bello sin propósito comercial.

Sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros.

—Te equivocas —dice, tirando suavemente de mí hasta que me siento en su regazo—. Esto tiene un propósito muy claro.

—¿Cuál? —pregunto, aunque ya puedo sentir la evidencia de su excitación presionándose contra mi muslo.

—Volverme completamente loco —murmura, mordisqueando suavemente mi labio inferior.

Sus manos se deslizan por mi espalda, encontrando la cremallera de mi vestido y bajándola lentamente. El aire fresco contra mi piel me pone la piel de gallina, pero el calor de su mirada me mantiene ardiendo.

—¿Vamos a enrollarnos aquí? —pregunto, aunque mi cuerpo ya está arqueándose hacia él.

—Sí, aquí —confirma, deslizando mis tirantes por los hombros—. En mi silla. En mi escritorio. En cada superficie de esta maldita oficina hasta que no pueda trabajar sin pensar en ti.

Sus palabras me encienden de formas que no sabía que eran posibles. La idea de que piense en mí cada vez que se siente en esta silla, cada vez que toque este escritorio, me llena de una satisfacción primitiva.

—Eres peligroso —le digo, desabrochando los botones de su camisa.

—Solo contigo —responde, y hay algo en su voz que va más allá del deseo físico.

Cuando sus labios encuentran mi cuello, cuando su lengua traza patrones en mi piel que me hacen estremecer, me doy cuenta de que esto ya no es solo atracción física. Es algo más profundo, más aterrador.

Es algo que podría hacernos daño a ambos si no somos cuidadosos.

Pero mientras sus manos exploran mi cuerpo con una reverencia que me hace sentir adorada, me doy cuenta de que ya es tarde para ser cuidadosa.

Miércoles

—No voy a autorizar el despido de Emma —digo, cruzándome de brazos frente al escritorio de Zane—. Es una de nuestras mejores asistentes editoriales.

—Emma lleva diez meses y tiene el menor volumen de productividad del departamento —replica sin levantar la vista de su portátil—. Es una decisión puramente económica.

—Es una decisión de mierda. Emma está aprendiendo, está creciendo. Solo necesita más tiempo.

—El tiempo es dinero, Isla. Y Haven Books no tiene ninguno de los dos para desperdiciar.

Su indiferencia me saca de quicio. La forma en que puede hablar de despedir a una chica de veintipocos años como si fuera simplemente un número en una hoja de cálculo.

—Para ti todo es dinero, ¿verdad? —me acerco hasta quedar de pie frente a su escritorio—. Las personas, las historias, los sueños... todo se reduce a cuánto beneficio puede generar.

Por primera vez en la conversación, levanta la vista para mirarme. Hay algo en sus ojos que no logro descifrar.

—Sí —dice simplemente—. Es así como funciona el mundo.

—No es así como funciona mi mundo.

—Pues tu mundo está a punto de colapsar si no empiezas a tomar decisiones racionales.

Su comentario me golpea como una bofetada. Me inclino sobre su escritorio, plantando las palmas sobre la superficie de madera, acercándome hasta que nuestros rostros están a apenas centímetros.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Soy demasiado emocional para este trabajo —digo, y hay veneno en cada palabra—. Demasiado débil para tomar decisiones duras. Demasiado estúpida para entender los números.

Puedo ver exactamente el momento en que se da cuenta de que ha ido demasiado lejos. Sus ojos se suavizan, su expresión se transforma.

—Isla, yo no he dicho...

—No hace falta que lo digas —interrumpo—. Se nota en cada mirada, en cada comentario condescendiente. Crees que soy una niña jugando a ser empresaria.

—Eso no es cierto.

—¿No? —me enderezo, pero mantengo las manos plantadas en su escritorio—. Entonces demuéstralo. Dame una razón por la que debería conservar a Emma que no sea económica.

Hay un momento de silencio en el que puedo ver la batalla librándose en su cabeza. Pragmatismo contra... ¿qué? ¿Compasión? ¿Respeto hacia mí?

—Porque confías en ella —dice finalmente—. Y tú tienes buen ojo para el talento.

Sus palabras me desarman completamente. No porque sean lo que quería escuchar, sino porque suenan sinceras.

—¿De verdad crees eso?

—Sí —responde, levantándose de su silla—. Creo eso.

Estamos otra vez en esa posición peligrosa, solos, separados solo por el escritorio, mirándonos como si fuéramos dos imanes opuestos que no pueden evitar atraerse.

—Tengo una propuesta —digo, y mi voz sale más baja de lo que pretendía.

—¿Cuál?

En lugar de responder, rodeo su escritorio hasta quedar de pie frente a él. Puedo ver cómo se le dilatan las pupilas, cómo su

respiración se vuelve más superficial.

—Deja que Emma se quede otros tres meses sin discutir ni llevarlo a votación. Dale una oportunidad real para demostrar su valor.

—¿Y qué gano yo a cambio?

La pregunta queda flotando entre nosotros, cargada de posibilidades. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—¿Qué quieres? —pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta.

Sus ojos recorren mi cuerpo lentamente, y cuando vuelven a encontrar los míos, están completamente negros de deseo.

—A ti —responde sin vacilación—. Te quiero a ti.

Sus palabras me atraviesan como un rayo. Sin romper el contacto visual, me arrodillo lentamente frente a él, viendo cómo se le corta la respiración.

—Isla... —se queja, pero hay deseo en su voz—. No tienes que...

—Quiero hacerlo —interrumpo, llevando las manos a su cinturón —. Quiero saborearte tanto como tú me has saboreado a mí.

Veo cómo cierra los ojos, como si estuviera luchando por mantener el control.

—Si empiezas esto, no voy a poder parar —advierte.

—No quiero que pares —respondo, desabrochando su cinturón con dedos que apenas tiemblan—. Quiero darte tanto placer como tú me das a mí.

Cuando libero su erección, el sonido que escapa de su garganta es puro erotismo. Su miembro es más grande de lo que esperaba, y eso que había notado que era enorme, más imponente, y una parte primitiva de mí se siente orgullosa de ser yo quien lo pone así.

—Dime qué te gusta —susurro, trazando apenas su longitud con un dedo.

Sus manos se aferran al borde del escritorio con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Todo —gruñe—. Me gusta todo lo que me haces.

Sonrío antes de inclinarse y tomar la cabeza de su erección en mi boca. El sabor es intensamente masculino, ligeramente salado, completamente adictivo. Sus caderas se sacuden involuntariamente

hacia adelante, y el sonido desesperado que escapa de sus labios me enciende más que cualquier caricia.

—Dios, Isla... —gime, y una de sus manos se enreda en mi pelo—. Eres perfecta. Absolutamente perfecta.

Sus palabras me dan confianza, me permiten explorar más, tomar más de él en mi boca. Cuando encuentro un ritmo que lo hace gemir mi nombre como una oración, siento una satisfacción tan profunda que me marea. Lo chupo una y otra vez, lo llevo al fondo de mi garganta. Lo saboreo hasta que comienza a volverse loco.

—Voy a... —empieza, intentando apartarse—. Isla, voy a correrme.

Pero no me aparto. En lugar de eso, lo miro directamente a los ojos y tomo aún más de él, dejándole claro que quiero esto, que quiero todo lo que pueda darme.

Cuando se corre, gritando mi nombre con una voz ronca que no le había oído nunca, me trago todo lo que me da, sintiendo una satisfacción primitiva por haberlo llevado al límite.

—Emma se queda —dice cuando recupera la capacidad de hablar, tirando suavemente de mí hasta que estoy de pie.

—¿Así de fácil? —pregunto, lamiendo mis labios.

Su sonrisa es pura admiración.

—Contigo, nada es fácil. Y esa es la parte que más me gusta.

Viernes

—La semana que viene es la reunión editorial de Boston —me comunica Margaret, entrando en mi despacho con un sobre en la mano—. Tanto tú como el señor Hawke estáis convocados para representar a Haven Books.

El café que estaba bebiendo se me atraganta, y tengo que toser varias veces antes de poder hablar. Mi corazón se para por un segundo y luego comienza a latir de nuevo como un caballo desbocado.

—¿Los dos? ¿Juntos? —logro preguntar, intentando sonar profesional cuando por dentro estoy entrando en pánico.

Margaret asiente, abriendo el sobre y extendiendo los documentos sobre mi escritorio.

—Sí, claro. Es de miércoles a viernes. Ya sabes que es la reunión más importante del año para las editoriales independientes. Blackstone Editorial estará allí, igual que Meridian Press y Lighthouse Books. Es crucial que la industria vea que Haven Books tiene una dirección unificada después de... bueno, después de todos los cambios.

Dirección unificada. Si supiera lo unificados que hemos estado esta semana, montándonoslo contra cada superficie disponible de la editorial...

—¿No puede ir solo él? —pregunto, e inmediatamente me arrepiento porque sueno como una cobarde—. Quiero decir, seguramente Zane puede manejar las presentaciones corporativas mejor que yo.

Margaret me mira con expresión maternal ya que me conoce desde que era una cría.

—Isla, cariño, tú eres la cara editorial de Haven Books. Los autores te conocen, los editores de otras casas respetan tu trabajo. El señor Hawke puede tener toda la experiencia comercial del mundo, pero tú tienes la credibilidad literaria. Necesitáis ir juntos.

Tiene razón, por supuesto. Siempre la tiene. Pero la idea de pasar tres días con Zane lejos de Nueva York, lejos de las interrupciones constantes y las excusas para mantenernos en territorio profesional, me aterroriza y me excita a partes iguales.

—¿Estaremos en el mismo hotel? —pregunto, intentando que mi voz suene casual mientras reviso los documentos.

—Sí, en el Fairmont Copley Plaza. He reservado habitaciones contiguas en la planta ejecutiva para facilitar la coordinación entre vosotros. También he programado una cena con los directores de Meridian Press el jueves por la noche, y tenéis una presentación conjunta el viernes por la mañana sobre el futuro de la edición independiente.

Por supuesto que ha reservado habitaciones contiguas. Margaret siempre ha sido eficientemente minuciosa.

—Perfecto —logro decir, aunque mi voz suena estrangulada—. Muy... práctico.

Margaret continúa revisando la agenda, pero yo ya no puedo concentrarme en sus palabras. Mi mente está demasiado ocupada imaginándome escenarios que no debería estar imaginándome. Zane llamando suavemente a mi puerta después de una larga cena de trabajo. Yo abriéndola en camisón. Sus ojos recorriendo mi cuerpo con esa intensidad hambrienta que me vuelve completamente loca.

—¿Isla? ¿Me estás escuchando?

La voz de Margaret me saca bruscamente de mis fantasías.

—Sí, claro. Perdón, estaba... pensando en la logística.

—Te decía que el vuelo sale el miércoles a las diez de la mañana. Podéis ir juntos desde aquí si queréis. El señor Hawke ya ha confirmado su asistencia.

Por supuesto que ya lo ha confirmado. Probablemente ve esto como una oportunidad perfecta para continuar sus argumentos sobre reestructuración sin que yo pueda escaparme a mi despacho.

O para continuar... otras cosas.

—¿Ha dicho algo más? ¿Sobre el viaje, quiero decir?

—Solo que está deseando tener tiempo para discutir estrategias sin interrupciones —responde Margaret.

—Claro. Estrategias.

—Isla, cariño —dice, acercándose hasta sentarse en el borde de mi escritorio con esa familiaridad que solo ella se permite—. Sé que las cosas han estado... tensas entre tú y el señor Hawke desde que llegó. Pero esta reunión es importante. Por el bien de la editorial vais a tener que dejar de lado las diferencias personales y presentar un frente unido.

Diferencias personales. Si supiera que nuestras «diferencias» ahora incluyen encontrar formas creativas de usar el mobiliario de oficina...

—Por supuesto —digo, intentando sonar profesional—. Podemos ser adultos durante tres días.

—Bien —sonríe, recogiendo los papeles—. Y quién sabe, quizás pasar tiempo fuera de este ambiente de trabajo os ayude a entenderos mejor.

Cuando se va, me quedo sentada en mi escritorio, mirando el sobre con la información del viaje como si fuera una bomba a punto de explotar.

Tres días. Setenta y dos horas. En Boston. Con Zane.

Después de esta semana de besos robados y caricias desesperadas, después de haberlo sentido desmoronarse bajo mi boca el miércoles, después de verlo luchar por mantener el control cada vez que estamos solos... sé exactamente lo que va a pasar en Boston.

Lo que lleva semanas construyéndose entre nosotros va a llegar finalmente a su conclusión inevitable. Porque por mucho que intentemos mantener esto en encuentros furtivos en cuartos de archivo, por mucho que fingimos que es solo tensión sexual que necesita liberarse, ambos sabemos que es algo mucho más grande.

La pregunta no es si vamos a acabar en la misma cama. Después de la forma en que me miró cuando me levanté del suelo de su despacho el miércoles, después de cómo susurró mi nombre como una oración mientras se corría en mi boca, después de la ternura con la que me ayudó a recomponer mi ropa... la pregunta no es si va a pasar.

La pregunta es si voy a ser capaz de salir de esa habitación de hotel con el corazón intacto.

Porque después de probar sus besos, después de sentir cómo sus manos me adoran como si fuera algo precioso, después de verlo en algunos momentos de vulnerabilidad... sé que esto ya no es solo atracción física para mí.

Es algo mucho más peligroso. Es algo que se parece peligrosamente al amor.

Y Boston va a ser el lugar donde descubra exactamente cuánto estoy dispuesta a arriesgar por un hombre que podría destrozarme el corazón sin siquiera darse cuenta.

El teléfono suena, interrumpiendo mis pensamientos catastróficos.

—¿Sí?

—¿Has recibido la información sobre Boston? —La voz de Zane al otro lado de la línea hace que se me acelere el pulso inmediatamente.

—Sí, acabo de... Margaret me ha dado los detalles.

—Bien. ¿Tienes un momento? Me gustaría repasar la agenda contigo.

Hay algo en su tono que me dice que repasar la agenda no es lo único que tiene en mente.

—Claro. ¿En tu despacho?

—Sí. Ahora, si es posible.

El tono imperativo en su voz envía una corriente eléctrica directamente a mi vientre bajo. Después de esta semana, he aprendido que cuando Zane usa esa voz, no es solo para hablar de trabajo.

—Voy para allá —digo, colgando antes de que pueda cambiar de opinión.

Mientras camino por el pasillo hacia su despacho, intentando ignorar las miradas curiosas de los empleados que parecen haber desarrollado un radar especial para la tensión entre Zane y yo, me doy cuenta de que estos próximos tres días en Boston van a cambiar todo entre nosotros.

Para bien o para mal.

Y por primera vez en mi vida, no estoy segura de estar preparada para las consecuencias.

CAPÍTULO 23

ZANE

El restaurante del hotel está lleno de ejecutivos editoriales que hablan en voz baja mientras sorben whisky caro y se miden los unos a los otros como gladiadores antes de entrar en la arena. Es el tipo de ambiente que normalmente domino sin esfuerzo: poder, dinero, estrategia. Territorio familiar.

Excepto que esta vez no puedo concentrarme en nada que no sea la mujer sentada a mi lado.

Isla lleva un vestido negro que se ajusta a sus curvas como una segunda piel, y cada vez que se inclina ligeramente para escuchar a alguien hablar, tengo que hacer un esfuerzo consciente para no mirar el escote que deja al descubierto. Su pelo castaño cae en ondas suaves por su espalda, y cuando se ríe de algo que ha dicho el editor de Meridian Press, el sonido me atraviesa como una descarga eléctrica.

Joder. Estoy completamente perdido.

No debería estar así. No debería sentir esta necesidad primitiva de marcar territorio cada vez que otro hombre la mira, esta urgencia de tocarla constantemente para recordar que es real. He pasado toda mi vida construyendo muros alrededor de mis sentimientos, manteniéndome a salvo de cualquier cosa que pudiera lastimarme como lo hicieron mis padres.

Pero Isla Brennan ha demolido esos muros con la misma eficiencia brutal con la que yo reestructuro empresas.

—El futuro de la edición está en la comercialización masiva —está diciendo Richard Blackwood, el CEO de la editorial más grande y rentable del país—. Los editores independientes que se aferran a ideales románticos sobre el arte están condenados al fracaso.

Sus palabras son un ataque directo a Haven Books, y puedo sentir cómo Isla se tensa a mi lado. Su copa de vino se detiene a medio

camino de sus labios, y veo cómo sus nudillos se ponen blancos alrededor del cristal.

—No estoy de acuerdo —dice con esa voz calmada que he aprendido a reconocer como la calma antes de la tormenta—. Hay lugar en el mercado para editoriales que priorizan la calidad artística.

Blackwood se ríe, un sonido condescendiente que hace que se me tensen todos los músculos del cuerpo.

—¿Calidad artística? Señorita Brennan, con todo el respeto, eso es el tipo de pensamiento ingenuo que ha llevado a Haven Books al borde de la bancarrota.

El insulto me golpea como un puñetazo directo en el estómago. No porque sea dirigido a mí, sino porque es dirigido a ella. A la mujer que se levanta cada día luchando por preservar algo bello en un mundo que solo se preocupa por los beneficios.

Nosotros somos los que deberíamos ser cuestionados, ella no.

—Haven Books ha publicado a tres ganadores del National Book Award en los últimos cinco años —replica Isla, y puedo oír la tensión creciente en su voz—. Hemos dado voz a autores que otras editoriales han rechazado, y muchos de ellos se han convertido en éxitos tanto críticos como comerciales.

—Éxitos modestos —dice Blackwood con desdén—. Mientras mi editorial genera beneficios de cientos de millones. Ser sentimental no paga facturas, querida. ¿Cómo están los números de tu editorial?

La palabra «querida» pronunciada con esa condescendencia masculina hace que algo salvaje se despierte en mi pecho. Puedo ver exactamente cómo las palabras de Blackwood afectan a Isla: la forma en que se endereza en su silla, cómo sus mejillas se sonrojan ligeramente, no de vergüenza sino de rabia contenida.

Y de repente me doy cuenta de algo que me hiela la sangre.

Ella va a responder. Va a defenderse con esa pasión feroz que la caracteriza, y Blackwood la va a destrozar públicamente delante de todos los editores más importantes del país. Va a usar su idealismo contra ella, va a humillarla hasta convertirla en el hazmerreír de la industria.

No puedo permitir que eso pase.

No puedo permitir que nadie le haga daño a esta maravillosa mujer.

—Richard —digo, mi voz corta el aire como una cuchilla—. Permíteme que te corrija.

Todos los ojos de la mesa se giran hacia mí, incluidos los verdes de Isla, que me miran con una mezcla de sorpresa y algo que podría ser gratitud.

—Los números de Haven Books van al alza —continúo, inclinándome hacia adelante con mi sonrisa depredadora que he perfeccionado en mil salas de juntas—. De hecho, nuestras proyecciones de crecimiento superan a las tuyas en tres sectores clave.

Es una mentira, pero la digo con tanta convicción que veo cómo Blackwood parpadea confundido.

—Además —continúo, sin darle tiempo a recuperarse—, mientras tu editorial se limita a publicar la misma fórmula comercial repetitiva, Haven Books está construyendo algo mucho más valioso: una reputación de integridad editorial que atrae tanto a autores de prestigio como a lectores exigentes.

—Los números no mienten, Hawke —replica Blackwood, pero puedo oír la inseguridad filtrándose en su voz.

—Tienes razón. Los números no mienten —sonrío—. Y los números dicen que Haven Books acaba de firmar un contrato de distribución con tres de las cadenas de librerías más importantes de Europa. ¿Cuál fue tu último movimiento internacional, Richard? ¿El año pasado? ¿El anterior?

Puedo ver cómo el resto de la mesa empieza a mirar a Blackwood desde una nueva perspectiva, como si se preguntaran qué otras oportunidades se les pueden estar escapando.

Se merece que lo destroce.

—La señorita Brennan ha construido algo que tú nunca podrás comprar con todos tus beneficios —continúo, y ahora hay acero en mi voz—. Respeto. Credibilidad. El tipo de reputación que hace que los mejores autores del mundo quieran trabajar contigo, no porque les pagues más, sino porque confían en que cuidarás de su obra.

Puedo sentir la mirada de Isla quemándome el perfil, pero no me giro a mirarla. Si lo hago, si veo esa mezcla de asombro y algo más cálido en sus ojos, voy a perder completamente el hilo.

—Y en cuanto a la sentimentalidad —digo, dirigiéndome directamente a Blackwood—, mi experiencia me dice que subestimar a una mujer apasionada es el primer paso hacia la destrucción. Mientras tú publicas la última moda, ella está descubriendo a los autores que van a definir la próxima década.

Cuando termino, Blackwood me mira como si acabara de golpearlo con un bate de béisbol, y el resto de la mesa observa el intercambio con fascinación morbosa.

—Bueno —dice finalmente Amanda Kleins, la editora de Light Books—. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que la diversidad de enfoques es lo que hace fuerte a nuestra industria.

Es una salida diplomática que todos agradecen, y la conversación se desvía hacia temas más seguros. Pero puedo sentir la tensión residual flotando en el aire, y sé que Blackwood no va a olvidar esta humillación pública tan fácilmente.

No me importa. Que venga a por mí si quiere. Pero nadie, absolutamente nadie, va a humillar a Isla mientras yo esté cerca.

—No tenías por qué hacer eso —dice Isla mientras subimos en el ascensor hacia nuestras habitaciones.

Hemos estado evitando este tema durante toda la cena, fingiendo normalidad mientras navegábamos entre conversaciones sobre tendencias del mercado y estrategias de marketing. Pero ahora que estamos solos, puedo ver la batalla librándose en sus ojos verdes.

—¿El qué? —pregunto, aunque los dos sabemos exactamente a qué se refiere.

—Defenderme. Enfrentarte a Blackwood de esa forma. Podría haberme defendido yo sola.

—Lo sé, pero me he vuelto loco. Ese cabrón te estaba humillando públicamente —replico, sintiendo cómo la rabia vuelve a encenderse

en mi pecho—. No iba a quedarme ahí sentado viendo cómo te trataba como si fueras una niña jugando a los negocios.

Las puertas del ascensor se abren en nuestra planta, pero ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos ahí, mirándonos en el pequeño espacio, con toda la tensión de la noche crepitando entre nosotros.

—Pero mentiste —dice finalmente—. Las proyecciones de crecimiento no son reales.

—¿Y qué? —me encojo de hombros—. Blackwood no va a verificar nada. Es demasiado orgulloso para admitir que no sabía algo sobre nuestra empresa.

—Pero podría haber consecuencias...

—Que se jodan las consecuencias —interrumpo, saliendo del ascensor y obligándola a seguirme por el pasillo hacia nuestras habitaciones—. Vale la pena cualquier riesgo con tal de borrar esa sonrisa condescendiente de su cara.

Nos detenemos frente a nuestras puertas contiguas, y de repente el aire se vuelve espeso entre nosotros. Puedo ver la lucha en sus ojos, la guerra entre la gratitud y la confusión.

—¿Por qué? —pregunta suavemente—. ¿Por qué arriesgar tu reputación por defenderme?

Es una pregunta simple que requiere una respuesta simple. Pero mientras la miro, con el vestido negro abrazando cada curva de su cuerpo, con el pelo ligeramente despeinado, con esos ojos verdes que parecen ver directamente dentro de mi alma... me doy cuenta de que la respuesta es cualquier cosa menos simple.

—Porque nadie tiene derecho a hablarte así —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía—. Porque lo que haces, la forma en que luchas por esas historias que crees que merecen ser contadas... es lo más valiente que he visto hacer en mi puta vida.

Sus labios se entreabren ligeramente, y puedo ver cómo mis palabras la afectan por la forma en que sus pupilas se dilatan.

—Zane...

—Porque cuando Blackwood te llamó sentimental, lo único en lo que podía pensar era en romperle la cara —continúo, dando un paso hacia ella—. Y eso debería asustarme. Debería hacerme salir corriendo de aquí como si me persiguiera el demonio.

—¿Pero?

—Pero no puedo —admito, y es la confesión más honesta que he hecho en mi vida—. No puedo alejarme de ti, Isla. Aunque sepa que debería.

Nos miramos fijamente en el pasillo silencioso del hotel, con la tensión acumulada de días de encuentros furtivos crepitando entre nosotros como electricidad antes de una tormenta.

—¿Por qué deberías apartarte de mí? —pregunta, y hay algo en su voz que me dice que me está pidiendo más que una respuesta superficial.

Es la oportunidad perfecta para mentir, para decirle alguna vaguedad sobre complicaciones profesionales o diferencias irreconciliables. Para mantener a salvo los últimos fragmentos de los muros que he construido alrededor de mi corazón.

Pero por la forma en la que me mira, como si pudiera ver todas las partes rotas de mí que intento esconder del mundo, hace que las palabras salgan antes de que pueda detenerlas.

—Porque no soy bueno para ti —digo, y cada palabra me duele como si me estuvieran arrancando algo vital del pecho—. Porque vengo de un lugar oscuro, Isla. Porque todo lo que toco se rompe o se convierte en algo frío y calculador como yo.

Sus ojos se suavizan y da un paso hacia mí que acorta la distancia entre nosotros.

—¿Y si yo no quiero que seas bueno para mí? —pregunta suavemente—. ¿Y si te quiero exactamente como eres?

Sus palabras me atraviesan como un rayo directo al centro del pecho, donde algo que había estado congelado durante años empieza a derretirse lentamente.

—No sabes lo que estás diciendo —susurro.

—Sí lo sé —responde, levantando una mano para trazar apenas el contorno de mi mejilla—. Sé exactamente lo que estoy diciendo.

Su toque es tan suave, tan cargado de una ternura que no merezco, que tengo que cerrar los ojos para no desmoronarme completamente.

—Isla...

—Quédate conmigo esta noche —susurra—. Por favor.

Abro los ojos y la miro, esta mujer extraordinaria que ha conseguido atravesar todas mis defensas sin ni siquiera intentarlo. Esta mujer que ve bondad donde yo solo veo oscuridad, que cree en historias hermosas y finales felices en un mundo que me enseñó que ambas cosas son mentiras.

Debería decir que no. Debería irme a mi habitación, poner distancia entre nosotros, protegerla de la inevitabilidad de que la lastime como he lastimado a todo lo que he amado en mi vida.

Pero cuando me mira así, como si fuera una persona valiosa en lugar de una rota, todas mis buenas intenciones se desvanecen como humo.

—Sí —digo, y es tanto una rendición como una promesa.

Su sonrisa es como el amanecer después de la noche más larga de mi vida.

Y mientras saca la tarjeta de su habitación con manos ligeramente temblorosas, mientras abro la puerta y la sigo hacia el interior, me doy cuenta de algo que debería aterrorizarme:

Por primera vez en mi vida, estoy completamente perdido por una mujer.

Y ya no me importa encontrar el camino de vuelta.

CAPÍTULO 24

ISLA

La puerta de mi habitación se cierra detrás de nosotros con un clic suave que resuena como un disparo en el silencio. De repente, el espacio lujoso del hotel se siente íntimo y cargado de posibilidades, como si todo lo que hemos estado construyendo desde que nos vimos por primera vez hubiera llegado finalmente a este momento.

Zane me mira desde el otro lado de la habitación, con los ojos más oscuros de lo que los he visto jamás, y puedo sentir cómo la tensión cambia entre nosotros. Ya no es la electricidad furtiva de nuestros encuentros en la oficina. Es algo más profundo, más definitivo.

—Isla —dice, y mi nombre suena como una pregunta y una promesa a la vez—. ¿Estás segura de esto?

En lugar de responder con palabras, me acerco a él lentamente, sintiendo cómo se me acelera el corazón con cada paso. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para sentir el calor radiando de su cuerpo, levanto las manos y comienzo a desabrochar los botones de su camisa.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —susurro, mirándolo directamente a los ojos.

Su respiración se vuelve más pesada cuando mis dedos rozan su piel desnuda, y puedo ver exactamente el momento en que su control se desmorona. Sus manos capturan mi rostro con una reverencia que me quita el aliento, y cuando me besa, es como si todo el mundo se redujera a este punto de contacto entre nosotros.

Pero este beso es diferente a todos los que hemos compartido. Es más lento, más profundo, como si tuviéramos toda la eternidad para explorarnos mutuamente. Su lengua se desliza contra la mía con una paciencia que me hace temblar, y cuando sus dientes rozan suavemente mi labio inferior, un gemido escapa de mi garganta que parece venir desde lo más profundo de mi alma.

—Dios, el sonido que haces —murmura contra mis labios—. Podría volverme adicto a él.

Sus palabras me atraviesan como fuego líquido, y de repente necesito sentir más de él, más piel contra piel, más de esta conexión que va más allá de lo físico.

—La cremallera —susurro, girándome para darle acceso a mi espalda.

Sus dedos encuentran el cierre del vestido, pero en lugar de bajarlo rápidamente como en nuestros encuentros anteriores, se toma su tiempo. Cada centímetro de piel que va quedando expuesto recibe la atención de sus labios, pequeños besos que trazan una línea de fuego desde mi nuca hasta la base de mi espalda.

Cuando el vestido finalmente se desliza hasta el suelo, me giro hacia él completamente desnuda excepto por mis bragas de encaje negro. La forma en que me mira, como si fuera una obra de arte, me hace sentir hermosa y poderosa a la vez.

—Perfecta —murmura, y hay algo en su voz que va más allá del deseo—. Eres absolutamente perfecta.

Sus manos comienzan un recorrido lento por mi cuerpo, memorizando cada curva, cada reacción. Cuando sus dedos trazan el contorno de mis pechos sin llegar a tocar mis pezones, tengo que aferrarme a sus hombros para no caerme.

—Por favor —susurro, aunque no estoy segura de qué estoy pidiendo exactamente.

—Paciencia —dice, besando suavemente la piel sensible justo debajo de mi oreja—. Esta noche tenemos todo el tiempo del mundo.

Sus labios continúan su exploración mientras sus manos se mueven por mi cuerpo con una reverencia que me tiene temblando. Cuando por fin toma uno de mis pezones en su boca, succionando suavemente mientras su lengua juega con la punta endurecida, el placer es tan intenso que mis rodillas se tambalean.

—Zane... —gimo su nombre como una súplica.

—¿Qué necesitas? —pregunta, cambiando al otro pecho—. Dímelo.

—Te necesito a ti —respondo con honestidad brutal—. Todo de ti.

ZANE

Sus palabras me atraviesan como un rayo directo al centro del pecho, donde algo que había estado dormido durante años finalmente se despierta. La forma en que dice mi nombre, cargándolo de tanto deseo y necesidad, hace que se me tense cada músculo del cuerpo.

La levanto en brazos como si no pesara nada, sintiendo cómo se aferra a mi cuello mientras la llevo hacia la cama. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, y cuando siente mi erección presionándose contra ella, sus caderas se mueven instintivamente buscando más contacto.

La deposito suavemente sobre el colchón, pero no me separo de ella. En lugar de eso, me quedo ahí, bebiendo la imagen que ofrece: pelo castaño extendido sobre las almohadas blancas como una cascada de seda, piel pálida que contrasta hermosamente con la lencería negra, ojos verdes que me miran con una confianza y una vulnerabilidad que me desarman por completo.

—Eres preciosa —digo, y las palabras salen cargadas de toda la admiración que siento—. No tengo ni idea de qué he hecho para merecer tocarte.

Sus manos se alzan para tocar mi rostro, trazando mis rasgos como si quisiera memorizarlos.

—No se trata de merecer —susurra—. Se trata de querer. Y yo te quiero a ti.

La simplicidad de su confesión me golpea más fuerte que cualquier declaración grandilocuente. Sin apartar mis ojos de los suyos, comienzo a quitarme el resto de la ropa, viendo cómo su mirada se oscurece cuando mi camisa cae al suelo, cuando me deshago de los pantalones.

Cuando quedo completamente desnudo ante ella, puedo ver exactamente el efecto que le causo por la forma en que se muerde el labio inferior, por cómo sus manos se aferran a las sábanas.

—Ahora estamos desnudos los dos —digo, volviendo a la cama y colocándome sobre ella, apoyando mi peso en los antebrazos para no aplastarla.

—No del todo —responde con una sonrisa traviesa, llevando las manos al elástico de sus bragas—. Todavía me falta esto.

La observo mientras se deshace de la última prenda que nos separa, y cuando se queda completamente desnuda debajo de mí, tengo que hacer un esfuerzo consciente para respirar. Me vuelve jodidamente loco.

—Ahora sí —dice, y hay algo juguetón en su voz que hace que se me contraiga el corazón.

—Ahora sí —coincido, bajando la cabeza para besarla.

Pero este beso es diferente, más lento, más profundo. Nos tomamos nuestro tiempo para explorarnos, para saborear cada reacción, cada sonido que hacemos cuando nos tocamos. Sus manos recorren mi espalda con caricias que me encienden y me calman a la vez, y cuando sus uñas se clavan ligeramente en mi piel, tengo que gruñir contra sus labios.

—Me gusta ese sonido —murmura, repitiendo la caricia que me ha arrancado el gruñido.

—Todo lo que me haces me gusta —respondo con honestidad brutal—. Demasiado.

Mis labios comienzan un recorrido por su cuerpo, besando y mordisqueando suavemente cada centímetro de piel que encuentro. Cuando llego a sus pechos, me tomo mi tiempo con cada uno, alternando entre caricias suaves y succiones más intensas hasta que está retorciéndose debajo de mí.

—Zane, por favor —suplica, y el sonido de mi nombre en sus labios mientras me implora hace que se me endurezca aún más.

—¿Qué quieres? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Te quiero dentro de mí —responde sin vacilación—. No me hagas esperar más. Necesito sentirte por primera vez en mi interior.

Sus palabras directas me atraviesan como una descarga eléctrica, pero me obligo a mantener la paciencia. Esta es nuestra primera vez juntos completamente, y quiero que sea perfecta para ella.

—Primero necesito prepararte —digo, deslizando una mano entre sus muslos.

Cuando mis dedos la encuentran ya húmeda y preparada, ambos gemimos al unísono. Está tan sensible que reacciona a cada toque,

arqueándose hacia mi mano como si no pudiera obtener suficiente contacto.

—Estás tan mojada —murmuro con admiración, deslizando un dedo dentro de ella—. ¿Todo esto es por mí?

—Solo por ti —jadea—. Siempre por ti.

Añado un segundo dedo, luego un tercero, estirándola cuidadosamente mientras mi pulgar trabaja su clítoris en círculos lentos. Puedo sentir cómo se acerca al clímax por la forma en que sus músculos se tensan alrededor de mis dedos, por cómo su respiración se vuelve más entrecortada.

—Córrete para mí —ordeno suavemente—. Quiero sentirte desmoronarte antes de entrar en ti.

Todo lo que necesita es mi orden para llegar. Su orgasmo la atraviesa como una ola, haciendo que grite mi nombre mientras su cuerpo se convulsiona de placer. Es la imagen más hermosa que he visto jamás, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no penetrarla inmediatamente.

Cuando sus temblores se calman, me coloco entre sus piernas, sosteniéndome sobre mis antebrazos para poder ver su rostro.

—¿Estás lista? —pregunto, aunque mi cuerpo está gritando por hundirme dentro de ella.

En lugar de responder, alza las caderas hacia mí, una invitación silenciosa que no necesita palabras.

Entro en ella lentamente, centímetro a centímetro, sintiendo cómo su calor me envuelve como seda líquida. Es tan perfecta, tan apretada, que tengo que detenerme cuando estoy completamente dentro para no correrme inmediatamente.

—Dios —gruño, enterrando mi rostro en su cuello—. Eres perfecta. Absolutamente perfecta.

—Muévete —susurra, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura—. Por favor, muévete.

Comienzo con embestidas lentas y profundas, sintiendo cada músculo de su cuerpo reaccionar a mi ritmo. Sus manos se aferran a mis hombros, sus uñas marcando mi piel de formas que sé que voy a recordar mañana.

—Más rápido —me pide, y obedezco, aumentando el ritmo hasta que ambos estamos jadeando.

Es perfecto. Ella es perfecta. La forma en que se mueve conmigo, cómo gime mi nombre cada vez que la penetro profundamente, cómo sus ojos se clavan en los míos como si pudiera ver directamente dentro de mi alma.

Y de repente me doy cuenta de algo que debería aterrorizarme: estoy completamente enamorado de Isla.

—Isla —digo su nombre como una confesión, como una promesa, como todo lo que no puedo decir en voz alta.

Ella debe escuchar algo en mi voz, porque sus ojos se suavizan y lleva una mano a mi mejilla.

—Zane —susurra, como si me entendiese.

El ritmo se vuelve más desesperado, más necesitado. Puedo sentir cómo se acerca otro orgasmo por la forma en que se tensa alrededor de mí, y sé que no voy a durar mucho más.

—Córrete conmigo —le ruego—. Quiero sentirte correrte mientras estoy dentro de ti.

Sus músculos se contraen alrededor de mí como un puño de terciopelo, y esa sensación combinada con los sonidos que escapan de su garganta me lleva al límite. Me corro dentro de ella con una intensidad que me deja sin aliento, gritando su nombre mientras mi cuerpo se convulsiona de placer.

Nos quedamos así durante varios minutos, respirando pesadamente, con nuestros cuerpos aún entrelazados. Cuando finalmente me retiro de ella, la atraigo hacia mi costado, necesitando sentir su piel contra la mía.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, besando suavemente su frente sudorosa.

—Como si acabara de descubrir algo que no sabía que existía —responde, acurrucándose más contra mí.

Sus palabras resuenan en mi pecho porque es exactamente lo que yo también estoy sintiendo. Como si hubiera descubierto una parte de mí mismo que no sabía que estaba esperando a que alguien la despertara.

—Duerme —susurro, acariciando su pelo—. Mañana tendremos que enfrentarnos al mundo real, pero esta noche es solo nuestra.

Siento cómo se relaja contra mí, su respiración se vuelve más lenta y profunda. Y mientras la sostengo entre mis brazos en la oscuridad del hotel, me doy cuenta de algo que debería asustarme hasta los huesos:

Por primera vez en mi vida, no quiero que llegue el mañana.

Porque mañana significará volver a la realidad, donde las diferencias entre nosotros importan, donde tengo que decidir si estoy dispuesto a arriesgar mi inexistente corazón por una mujer que ha conseguido llegar hasta lugares que creía que habían muerto hace años.

Pero por ahora, con Isla durmiendo en mis brazos y su perfume de vainilla llenando mis pulmones, puedo fingir que el mañana no existe.

Puedo fingir que esto es real, que es para siempre, que merezco algo tan hermoso.

Aunque sepa que es mentira.

CAPÍTULO 25

ISLA

El café se me enfría entre las manos mientras observo los documentos extendidos sobre mi escritorio, tratando de procesar lo que acabo de descubrir. Los números bailan frente a mis ojos como jeroglíficos imposibles de descifrar, pero hay una cosa que está cristalina: alguien ha estado transfiriendo dinero a las cuentas de Haven Books. Mucho dinero.

—¿Violet? —llamo a nuestra contable, que está revisando sus documentos en la silla frente a mi escritorio.

—¿Sí, cariño?

—¿Sabes algo sobre estas transferencias? —señalo las líneas marcadas en los estados financieros que me ha traído para que revise.

Violet se acerca y echa un vistazo a los papeles, frunciendo el ceño con esa concentración que pone cuando algo no cuadra.

—La verdad es que no, por eso te los he traído —admite—. Son cantidades considerables. ¿Quién nos estará inyectando dinero?

Esa es exactamente la pregunta que me ha estado carcomiendo desde que me lo ha contado. Son transferencias casi semanales de cantidades significativas, todas provenientes de una cuenta privada que no reconozco. Es suficiente dinero como para cubrir los déficits que llevamos arrastrando desde hace meses, para mantener a flote proyectos que pensé que tendríamos que cancelar.

—No tengo ni idea, pero voy a averiguarlo ahora mismo —digo, agarrando los papeles y dirigiéndome hacia la puerta.

Pero en el fondo, una parte de mí ya sabe la respuesta. Una parte que reconoce la meticulosidad de las fechas, la precisión con la que cada transferencia llega exactamente cuándo más la necesitamos.

Zane.

El corazón se me acelera mientras recorro el pasillo hacia su despacho, una mezcla de calor y algo que podría ser esperanza

expandiéndose por mi pecho. Porque si Zane ha estado haciendo esto, si ha estado invirtiendo su propio dinero para salvar Haven Books... tiene que significar algo.

Llamo a su puerta con manos que tiemblan ligeramente.

—Adelante —dice su voz desde el interior, esa voz grave que ya no puedo seguir negando que me encanta.

Entro y lo encuentro exactamente como esperaba: inclinado sobre su portátil, con el traje impecable y el cabello perfectamente peinado. Pero hay algo diferente en él desde que volvimos. Una tensión en sus hombros que no estaba ahí antes, una forma de no mirarme directamente que me pone los nervios de punta.

Hemos estado bailando alrededor el uno del otro durante toda la semana, fingiendo normalidad profesional mientras los recuerdos de esa noche en Boston flotan entre nosotros como fantasmas. Cada reunión es una tortura exquisita de proximidad forzada y palabras no dichas.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunto, cerrando la puerta detrás de mí.

Levanta la vista, y por una fracción de segundo veo algo vulnerable en sus ojos grises antes de que la máscara vuelva a su lugar.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Extiendo los documentos sobre su escritorio, observando cómo su expresión cambia sutilmente cuando ve lo que estoy mostrándole.

—Se trata de esto —digo, señalando las transferencias—. ¿De dónde viene este dinero, Zane?

Un músculo se tensa en su mandíbula, pero su voz permanece calmada cuando responde.

—No sé qué quieres decir.

—Zane —digo su nombre como una súplica—. Estoy segura de que eres tú.

Se reclina en su silla, y puedo ver exactamente el momento en que decide que no tiene sentido en continuar fingiendo.

—¿Y? —pregunta, encogiéndose de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. Es una inversión empresarial. Nada más.

Sus palabras me atraviesan como una daga fría. *Inversión empresarial.* Como si todo lo que hemos compartido fuera simplemente otra transacción comercial para él.

—¿Una inversión empresarial? —repito, sintiendo cómo la esperanza que había estado creciendo en mi pecho se marchita—. ¿Eso es lo que es?

—¿Qué más iba a ser?

Su tono es tan casual, tan completamente profesional, que por un momento me pregunto si me he imaginado toda la intensidad entre nosotros. Si he malinterpretado cada mirada, cada caricia, cada vez que susurró mi nombre como una oración. Si estoy queriendo ver en su gesto más de lo que significa para él.

—He pensado que... —empiezo, pero las palabras se me atrancan en la garganta.

—¿Qué has pensado? —pregunta, levantándose de su silla y rodeando el escritorio hasta quedar de pie frente a mí.

Su proximidad hace que se me acelere el pulso, que todos los recuerdos de la otra noche vuelvan de golpe. Su piel contra la mía, la forma en que me miró como si fuera algo precioso, los susurros en la oscuridad que sonaban como promesas. Las veces que hemos hablado durante horas sobre novelas. Su interés por descubrir por qué publicar esas novelas es tan importante para mí.

—Pensé que significaba algo más —susurro, odiando cómo mi voz suena pequeña y vulnerable.

Algo cambia en su expresión, algo que se parece al dolor, pero desaparece tan rápido que casi me convenzo de que lo he imaginado.

—Isla... —empieza, pero se detiene, pasándose una mano por el pelo en un gesto que le desarregla los mechones perfectos.

—¿Qué? —insisto, dando un paso hacia él—. Dime qué estás pensando. Por qué quieres salvar la editorial.

Puedo ver la batalla librándose en sus ojos, la guerra entre lo que quiere decir y lo que se permite admitir. Hay tanta tensión en su postura que parece a punto de romperse, como si estuviera conteniendo algo que amenaza con explotar.

—Dime que Boston significó algo para ti —le ruego—. Dime que no soy solo una distracción. Dime que cuando me tocabas, cuando susurrabas mi nombre, significaba algo. Y que por eso estás intentando salvar Haven Books.

Sus pupilas se dilatan, y puedo ver cómo su respiración se vuelve más superficial. Da un paso hacia mí, luego otro, hasta que estamos tan cerca que puedo sentir el calor saliendo de su cuerpo.

—Isla —dice mi nombre como si le doliera pronunciarlo—. No puedo...

—¿No puedes qué?

—No puedo darte lo que quieres —las palabras salen como si se las estuviera arrancando del pecho—. No puedo ser el hombre que necesitas.

—¿Y qué hombre es ese? —pregunto, levantando una mano para tocar su mejilla.

Se queda inmóvil bajo mi toque, como si estuviera luchando contra el impulso de inclinarse hacia mi palma.

—Un hombre que sepa cómo amar —susurra—. Un hombre que no destroce todo lo que toca.

Sus palabras me parten el corazón, no por su rechazo, sino por el dolor crudo que veo en sus ojos.

—Zane... —empiezo, pero él retrocede, apartándose de mi toque como si lo hubiera quemado.

—Esto ha sido un error —dice, y su voz vuelve a ser esa máscara profesional que odio—. Todo. Boston, esto... es un error que no debería haber pasado.

Sus palabras me golpean como una bofetada física. Siento cómo toda la sangre se me va de la cara, cómo mi corazón se detiene por un momento antes de empezar a latir dolorosamente rápido.

—¿Un error? —repito, y mi voz sale quebrada—. ¿Es eso lo que piensas de lo que pasó entre nosotros?

—Sí —responde, pero no puede mirarme cuando lo dice—. Fue un error de juicio. Una complicación innecesaria que ha interferido con nuestras obligaciones profesionales.

Cada palabra es como un clavo siendo martillado en mi pecho. Pero lo que más me duele no son sus palabras, sino la forma en que

evita mis ojos, la tensión en todo su cuerpo que grita lo contrario de lo que está diciendo.

—Mentiroso —susurro.

Sus ojos se clavan en los míos inmediatamente, y lo que veo ahí confirma todas mis sospechas. Dolor, miedo, algo que se parece peligrosamente a desesperación.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que eres un mentiroso —repito, más fuerte esta vez—. Mientes cuando dices que fue un error. Mientes cuando finges que no significó nada. Y mientes cuando pretendes que no sientes nada por mí. Estás asustado.

Se queda completamente inmóvil, como una estatua de mármol, pero puedo ver la tormenta rugiendo detrás de sus ojos.

—No sabes de qué hablas.

—¿No? —doy un paso hacia él, recuperando algo de mi determinación—. ¿Entonces por qué has estado invirtiendo tu propio dinero para salvar esta editorial? ¿Por qué me defendiste en Boston como si tu vida dependiera de ello? ¿Por qué me hiciste el amor como si fuera lo más precioso que hubieras tenido jamás?

Veo exactamente el momento en que mis palabras le dan donde más duele. Su rostro se contrae como si acabara de recibir un golpe físico.

—Para —dice, y hay una advertencia en su voz—. Para ahora mismo.

—¿O qué? —lo desafío—. ¿Vas a huir? ¿Vas a salir corriendo como un cobarde en lugar de admitir lo que realmente sientes?

Sus ojos se encienden con una llama peligrosa, y de repente está moviéndose, acortando la distancia entre nosotros en dos zancadas rápidas. Sus manos se alzan como si fuera a tocarme, pero se detienen a centímetros de mi rostro.

—No tienes ni puta idea de lo que me estás pidiendo —gruñe—. No sabes lo que significaría.

—Entonces dímelo —suplico—. Explícame por qué el hombre que me hizo sentir como si fuera el centro del universo ahora actúa como si yo fuera su peor error.

Sus manos tiemblan ligeramente, y puedo ver la guerra librándose en todo su cuerpo. Por un momento, creo que va a ceder, que va a dejar caer esas murallas que ha construido alrededor de su corazón.

Pero entonces algo se cierra en su expresión, como si acabara de tomar una decisión terrible pero necesaria.

—Porque eso es exactamente lo que eres —dice, y cada palabra está diseñada para herirme—. Mi peor error. Una distracción que me ha hecho olvidar quién soy, qué hago. Esto se ha terminado, Isla. Sea lo que sea lo que ha pasado entre nosotros, se acabó.

Se dirige hacia la puerta con pasos rígidos, como un soldado marchando hacia su propia ejecución.

—Zane, espera...

Pero no se detiene. No se gira. Sale de su propio despacho y me deja ahí plantada, rodeada de los restos de lo que creía que podía ser amor.

Me quedo inmóvil durante varios minutos, procesando lo que acaba de pasar. El dolor se asienta en mi pecho como algo sólido y pesado, pero debajo de él hay algo más: comprensión.

Porque he visto cómo temblaban sus manos. He visto el dolor en sus ojos cuando dijo esas palabras crueles. He visto a un hombre aterrado luchando contra algo que no sabe cómo manejar.

Zane Hawke no me ha rechazado porque no siente nada por mí.

Me ha rechazado porque siente demasiado.

Y eso lo aterroriza tanto que prefiere destruir lo que tenemos antes que arriesgarse a que yo lo destruya a él.

El problema es que al protegerse a sí mismo, acaba de destrozarme a mí.

Y por primera vez desde que lo conocí, no estoy segura de si voy a ser capaz de perdonárselo.

CAPÍTULO 26

ZANE

El whisky me quema la garganta mientras me hundo más profundamente en el sofá de cuero de mi apartamento, mirando la vista nocturna de Manhattan sin verla realmente. Las luces de la ciudad se difuminan ante mis ojos como estrellas borrosas, y todo lo que puedo ver es la expresión destrozada en el rostro de Isla cuando salí de mi despacho como un jodido cobarde.

«Mi peor error.»

Las palabras se reproducen en mi mente una y otra vez, como un eco que rebota en las paredes de mi mente. Cada repetición es como un puñetazo en el estómago, porque sé que son mentira. Sé que Isla Brennan no es mi peor error.

Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y la he cagado de la forma más espectacular posible.

El alcohol no está ayudando a ahogar el dolor que se ha instalado en mi pecho como algo sólido y pesado. Si acaso, está amplificando cada recuerdo, cada sensación de la noche que pasamos en Boston. Puedo sentir todavía el sabor de su piel en mis labios, el aroma de vainilla que se aferraba a las sábanas cuando me desperté con ella entre mis brazos.

Puedo recordar exactamente cómo se sentía estar dentro de ella, esa sensación de plenitud que no había experimentado jamás. Como si todas las piezas rotas de mí hubieran encontrado finalmente su lugar.

Y lo he tirado todo por la borda por miedo.

Por el mismo maldito miedo que ha controlado mi vida desde que tenía cinco años y entendí que la gente que se supone que te ama también es la que más puede herirte.

Zane 8 años

El estómago me duele de hambre, pero ya no lloro por ello como hacía cuando era más pequeño. Llorar no sirve de nada, y Jax dice que tenemos que ser fuertes por los pequeños.

Oliver tiene solo cinco meses y no para de llorar. Ronan, de tres años, se acurruca contra mí en el sofá roto del apartamento, preguntando cuándo van a volver mamá y papá. Kai, de apenas un año, duerme en su cuna improvisada, pero sé que va a despertarse pronto pidiendo comida que no tenemos.

—¿Dónde están? —pregunta Ronan con esa voz triste que hace que se me parta el corazón.

—Van a volver —le digo, pasándole la mano por el pelo rubio que necesita un corte—. Siempre vuelven.

Pero han estado fuera tres días esta vez. Tres días en los que Jax, con solo once años, ha estado intentando cuidar de nosotros cuatro. Tres días en los que hemos comido cereales secos y lo que Jax ha cogido de la tienda de la esquina cuando el dueño no miraba.

El sonido de la llave en la cerradura hace que mi corazón se dispare. Están de vuelta. Están de vuelta, y quizás esta vez sea diferente. Quizás esta vez se queden.

Mamá entra primero, con los ojos vidriosos y ese olor extraño que he aprendido a asociar con su ausencia. Papá viene detrás, tambaleándose ligeramente, con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—¡Mis bebés! —dice mamá, y su voz suena rara, demasiado aguda—. Mamá está en casa.

Ronan se levanta del sofá como un resorte y corre hacia ella, aferrándose a sus piernas como si fuera un salvavidas. Yo me quedo donde estoy, porque ya he aprendido que correr hacia ellos solo hace que me duela más cuando se van otra vez.

—Hemos traído comida —anuncia papá, dejando una bolsa en la mesa—. Y regalos para todos.

Pero puedo ver los agujeros en la bolsa, el contenido es escaso. Puedo ver cómo evitan mirar el estado del apartamento.

—Esta vez va a ser diferente —promete mamá, y quiero creerla tanto que me duele—. Hemos encontrado trabajo. Trabajo bueno. Vamos a ser una familia de verdad.

Jax aparece desde el dormitorio con Oliver en brazos, y la expresión en su rostro es la misma que veo en el espejo cada mañana: demasiado mayor para su edad, demasiado cansada, demasiado desilusionada.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunta con una voz que suena más vieja que sus once años.

—¿Qué quieres decir? —papá parece genuinamente confundido.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que os vayáis otra vez?

El silencio que sigue es tan pesado que puedo sentirlo presionando contra mi pecho como una losa. Y en ese momento, viendo cómo se desvanece la sonrisa de mamá, cómo papá aparta la mirada, entiendo algo que me va a atormentar durante décadas:

El amor es temporal. Las promesas se rompen. Y la gente siempre, siempre se va.

El recuerdo se desvanece, pero el dolor que lleva asociado permanece fresco como si hubiera pasado ayer. Me paso la mano por la cara, sintiendo cómo el whisky me ha dejado la piel caliente y sensible.

Tengo que hablar con alguien. Necesito una perspectiva externa antes de que me vuelva completamente loco. Y solo hay una persona en el mundo que podría entender por lo que estoy pasando. Una persona en la que confíe de verdad.

Saco el teléfono y marco el número de Jax antes de poder arrepentirme.

—¿Zane? —responde al segundo tono, y puedo oír la preocupación inmediata en su voz—. ¿Va todo bien?

—¿Puedo subir? —pregunto, y mi voz sale más ronca de lo que esperaba—. Necesito... necesito hablar con alguien.

—Por supuesto. Sube ahora mismo.

El ático de Jax es el único lugar en el edificio Hawke que se siente realmente como un hogar. Tiene sofás cómodos en lugar de muebles de diseñador, fotografías familiares por todas partes, el aroma

constante de la comida que Elsie siempre tiene preparada. Es cálido y acogedor de una forma que mi apartamento minimalista no será jamás.

Jax me abre la puerta en vaqueros y una camiseta, con esa expresión de hermano mayor preocupado que conozco tan bien. Elsie aparece detrás de él, con el pelo recogido en un moño despeinado y una sonrisa cálida que me hace sentir bienvenido inmediatamente.

—¿Whisky? —pregunta Jax, dirigiéndome hacia el salón.

—Ya he bebido suficiente —admito, dejándome caer en su sofá.

Elsie se sienta en el sillón de enfrente, colocando las piernas debajo su cuerpo con esa naturalidad que la caracteriza. Jax se coloca detrás de ella, sus manos posándose automáticamente en sus hombros. Es un gesto tan natural, tan lleno de cariño inconsciente, que hace que algo se contraiga dolorosamente en mi pecho.

Porque ahora sé cómo se siente. Esa necesidad de tocar constantemente a la persona que amas, de asegurarte de que está ahí, de que es real. Lo he sentido con Isla durante semanas, y ahora que lo he echado todo a perder, la ausencia de ese contacto me está matando.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Jax con esa voz tranquila que siempre usa cuando sabe que alguno de nosotros está jodido.

—La he cagado —digo, y las palabras salen como cristales rotos—. La he cagado de la forma más espectacular posible.

—¿Con la editorial?

—Con Isla.

Veo cómo Jax y Elsie intercambian una mirada que grita *«lo sabíamos»*, pero ninguno de los dos me presiona para que continúe.

—No sé qué coño me está pasando —continúo, pasándome las manos por la cara—. Esta mujer... Isla... me está volviendo completamente loco. No puedo pensar con claridad cuando está cerca. Tampoco cuando está lejos. No puedo concentrarme en el trabajo. No puedo dormir sin soñar con ella.

—¿Y eso es malo? —pregunta Elsie suavemente.

La miro como si estuviera loca.

—Por supuesto que es malo. Soy Zane Hawke. Yo no me enamoro. No pierdo el control por mujeres. No... no hago esto.

—¿Qué es esto exactamente? —Jax se sienta en el sofá a mi lado, con esa paciencia infinita que ha tenido conmigo desde que tenía ocho años y el mundo se nos vino encima.

—Sentir —respondo, y la palabra sale como una confesión—. Sentir tanto por alguien que duele. Querer protegerla, cuidarla, hacer cualquier cosa por verla sonreír. Y al mismo tiempo estar absolutamente aterrorizado de que me abandone como...

Me detengo, pero ya es demasiado tarde. Los tres sabemos cómo termina esa frase.

—Como hicieron nuestros padres —termina Jax por mí, su voz cargada de una comprensión que solo viene de haber vivido el mismo infierno.

Asiento, sintiendo cómo toda la mierda que llevo cargando durante décadas se derrama de golpe.

—Cada vez que ella me mira como si fuera alguien especial, cada vez que me toca como si fuera perfecto en lugar de un hombre roto, me aterrorizo. Porque sé que es temporal. Sé que en algún momento va a darse cuenta de lo que realmente soy y se va a ir.

—¿Y qué eres realmente? —pregunta Elsie, y hay algo en su tono que me dice que está preparando una trampa.

—Un hombre que viene de la nada. Que ha tenido que luchar por todo lo que tiene. Que no sabe cómo amar sin poseer, sin controlar, sin asfixiar.

—¿O...? —insiste Elsie.

La miro, confundido.

—¿O qué?

—O eres un hombre que se ha dado cuenta de que está enamorado. De que no ha perdido la capacidad de amar como creía.

Sus palabras me golpean como puñetazos. Porque tiene razón. Durante las últimas semanas, he hecho cosas por Isla que nunca había hecho por nadie. He puesto sus necesidades antes que las mías. He luchado contra todos mis instintos de control para darle espacio para brillar.

—Eso no significa que sea capaz de amarla como se merece —protesto.

—¿Ah, no? —Jax se inclina hacia delante—. Hermano, llevas dos meses actuando como un hombre que sabe amar. La única diferencia es que te niegas a admitirlo.

—Pero no sé cómo hacerlo —exploto, levantándome del sofá y empezando a caminar de un lado al otro—. No sé cómo amar sin joderlo todo. No sé cómo ser vulnerable sin que me destrocen.

—¿Sabes qué es lo más jodido de todo esto? —dice Jax, y hay acero en su voz—. Que ellos ganaron.

Me detengo en seco.

—¿Qué?

—Mamá y papá. Esos dos drogadictos que nos abandonaron una y otra vez. Han conseguido lo que querían: que tengamos tanto miedo de amar que prefiramos estar solos el resto de nuestras vidas.

Sus palabras me atraviesan como cuchillos.

—Jax...

—No —se levanta también, enfrentándose a mí con esa determinación feroz que solo veo cuando alguno de nosotros está en peligro real—. Durante años, los cinco hemos estado viviendo como si el amor fuera una sentencia de muerte. Como si sentirnos conectados con alguien fuera una debilidad que nos iba a destruir.

Mira a Elsie, que nos observa con lágrimas brillando en sus ojos, y su expresión se suaviza hasta volverse algo hermoso.

—Y entonces llegó ella —continúa—. Y me enseñó que amar no es una debilidad. Es valentía. Es el acto más valiente que puedes hacer: darle tu corazón a alguien, aunque sepas que tienen el poder de destrozártelo.

—¿Y si lo hace? —pregunto, y mi voz sale quebrada—. ¿Y si Isla se da cuenta de que no soy suficiente para ella y se va?

—¿Y si no lo hace? —replica Elsie, levantándose para acercarse a mí—. ¿Y si decides arriesgarte y descubres que el amor puede ser algo hermoso en lugar de algo que duele?

—No lo sabes —susurro—. No sabes lo que es despertar cada día esperando que la persona que amas haya desaparecido.

—Tienes razón —dice Jax—. Pero sabemos lo que es despertarnos cada día solos, convencidos de que es más seguro que arriesgarse. Y te puedo asegurar que no es mejor.

Me dejo caer otra vez en el sofá, sintiendo el peso de décadas de miedo aplastándome como una losa.

—La amo —admito finalmente, y las palabras me salen como si me estuvieran arrancando algo vital del pecho—. La amo tanto que me duele respirar cuando no está cerca. Me duele existir cuando me mira como si la hubiera traicionado.

—¿Entonces por qué no se lo dices? —pregunta Elsie con esa paciencia infinita que la caracteriza.

—Porque si se lo digo, se vuelve real. Y si se vuelve real, puede acabarse.

—Hermano —dice Jax, sentándose a mi lado otra vez y poniéndome una mano en el hombro—. Ya es real. Ya has caído tan profundamente que no hay vuelta atrás. La única diferencia es si vas a luchar por ello o vas a dejar que el miedo te robe la única oportunidad de felicidad que has tenido en tu puta vida.

Sus palabras resuenan en mi pecho como campanas, porque tienen razón. Ya estoy jodido. Ya estoy completamente perdido por Isla Brennan. Lo he estado desde el momento en que irrumpió en esa sala de reuniones como un huracán furioso, dispuesta a luchar contra mí hasta el final.

—No sé cómo hacerlo —admito, y es la confesión más vulnerable que he hecho jamás—. No sé cómo decirle que la amo sin cagarla.

—¿Sabes qué te digo? —dice Elsie con una sonrisa que reconozco inmediatamente como la que pone cuando está tramando algo—. Que dejes de pensar tanto y vayas a buscarla. Ahora mismo.

—Son las diez de la noche.

—¿Y? El amor no entiende de horarios.

Miro a Elsie, la mujer que ha conseguido que mi hermano se transforme en alguien capaz de amar y ser amado, y me doy cuenta de algo fundamental:

Si Jax ha podido hacerlo, yo también puedo.

Si mi hermano mayor, el hombre que cargó con el peso de cuidarnos a todos durante años, pudo abrir su corazón y arriesgarse

a amar, entonces quizás yo también pueda encontrar ese valor.

—¿Y si me rechaza? —pregunto, pero ya me estoy levantando del sofá.

—¿Y si no lo hace? —responde Jax—. ¿Y si resulta que has estado torturándoos a los dos sin motivo?

Tiene razón. Por supuesto que tiene razón.

—Voy a decirle que la amo —digo, y las palabras salen más firmes de lo que me siento.

—Vas a decirle que la amas —confirma Elsie con una sonrisa radiante—. Y si tiene dos dedos de frente, que estoy segura de que los tiene, te va a decir que ella también te ama.

Mientras me dirijo hacia la puerta, sintiendo cómo la determinación reemplaza al miedo en mi pecho, me doy cuenta de que por primera vez en mi vida voy a hacer algo completamente honesto.

Voy a arriesgar mi corazón por una mujer que vale la pena cada segundo de terror que siento.

Isla Brennan va a saber esta noche exactamente lo que significa para mí.

Aunque me rompa en pedazos en el intento.

CAPÍTULO 27

ISLA

Las páginas del manuscrito de Elena Vázquez se difuminan ante mis ojos como manchas borrosas, y por cuarta vez en la última hora tengo que volver a leer el mismo párrafo porque mi cerebro se niega a procesar las palabras. Debería estar relajada en mi sofá favorito con una copa de vino y una historia que me transporta a un lugar hermoso, pero no puedo concentrarme en nada que no sea el dolor sordo que se ha instalado en mi pecho desde esta mañana.

Apenas han pasado unas horas desde que Zane me destrozó el corazón con esas palabras calculadamente crueles y luego desapareció como si nunca hubiera existido. Como si lo que pasó en Boston hubiera sido una alucinación de mi mente desesperada.

El apartamento se siente demasiado silencioso, demasiado vacío. Incluso con todas las lámparas encendidas y mi manta favorita envuelta alrededor de las piernas, hay una frialdad que se me ha metido en los huesos y no consigo quitarme de encima. Es como si el calor de los brazos de Zane fuera lo único que podía mantenerme caliente, y ahora que no está, todo se ha vuelto gélido.

«Mi peor error.»

Sus palabras se repiten en mi cabeza como un disco rayado, cada repetición es un puñetazo nuevo en un corazón que ya estaba hecho pedazos. Cierro los ojos con fuerza, intentando borrar la imagen de su rostro cuando dijo esas palabras, la frialdad calculada en sus ojos grises que contrastaba brutalmente con la ternura con la que me había tocado apenas una semana antes.

Quizás tiene razón. Quizás lo que sentí en Boston, lo que creí ver en sus ojos cuando me hizo el amor como si fuera lo más precioso del mundo, fueron solo proyecciones de mis propios sentimientos. Quizás para él realmente fue solo sexo, solo una forma de liberar tensión acumulada.

Quizás soy tan patéticamente romántica que me he inventado todo el amor en mi cabeza.

El timbre suena tan súbitamente en el silencio de mi apartamento que doy un respingo, derramando vino tinto sobre las páginas del manuscrito. El sonido agudo me atraviesa como una descarga eléctrica, haciendo que se me dispare el corazón que había conseguido calmar a base de vino y autocompasión.

Son las diez y media de la noche. Demasiado tarde.

—Mierda —murmuro, levantándome del sofá y tirando hacia abajo de mi camiseta extragrande.

Probablemente sea la señora Henderson, que tiene la costumbre de quedarse sin los ingredientes que necesita en los momentos más inoportunos. O quizás sea un repartidor de comida que se ha equivocado de piso.

Lo último que espero cuando abro la puerta es encontrarme con Zane.

Está ahí, llenando todo el marco de la puerta con su presencia imponente, pero hay algo diferente en él. Su traje perfecto está arrugado, como si hubiera estado tirando de la tela. Y sus ojos... Dios, sus ojos están inyectados en sangre y brillan con algo que se parece peligrosamente a la desesperación.

Parece un hombre que acaba de perder la batalla más importante de su vida.

—¿Qué haces aquí? —logro preguntar, aunque mi voz sale como un susurro ahogado.

Muy a mi pesar estoy preocupada por él.

—Isla —dice mi nombre como una oración desesperada—. Necesito hablar contigo.

El sonido de mi nombre en sus labios, cargado de tanto dolor y necesidad, hace que se me contraiga el corazón. Pero inmediatamente me obligo a recordar sus palabras de esta mañana, la frialdad con la que me destrozó, la forma en que salió de su despacho sin mirar atrás.

—No —digo, empezando a cerrar la puerta—. No tenemos nada de qué hablar.

Su mano se alza para detener la puerta, y puedo ver cómo tiembla.

—Por favor —dice, y hay algo quebrado en su voz que nunca había oído antes—. Dame cinco minutos. Solo cinco minutos y luego me iré si quieres.

Estoy a punto de decirle que no, de cerrarle la puerta en las narices como se merece, cuando dice lo único que podría detenerme:

—Tenías razón. Te amo.

Las palabras me golpean como un rayo, robándome todo el aire de los pulmones. Mi mano se queda congelada en el pomo de la puerta, y puedo sentir cómo se me para el corazón por un momento antes de dispararse como un cohete.

—Y también tenías razón en lo otro —continúa, aprovechando mi shock para empujar suavemente la puerta y entrar en mi apartamento—. Estoy demasiado jodido para permitirme amar.

Me quedo ahí plantada, con la puerta abierta y la mente completamente en blanco, viendo cómo Zane se adentra en mi espacio personal con esa elegancia controlada que lo caracteriza incluso cuando está claramente destrozado.

—Zane... —empiezo, pero no sé cómo continuar.

—Cierra la puerta, Isla —dice suavemente—. Por favor. Te debo una explicación.

Mis piernas se mueven automáticamente, cerrando la puerta con un clic que resuena en el silencio tenso de mi apartamento. Cuando me giro para mirarlo, lo encuentro de pie en medio de mi salón, observando las estanterías llenas de libros, las mantas del sofá, el manuscrito con manchas de vino sobre la mesa de café.

—Tu casa es exactamente como me la imaginaba —dice, y hay algo en su voz que suena más suave que nunca—. Cálida. Llena de vida. Llena de ti.

—¿Por qué estás aquí, Zane? —pregunto, porque necesito entender si esto es real o si me estoy volviendo loca.

Se gira hacia mí, y puedo ver exactamente la batalla que se libra en su expresión. Miedo contra esperanza. Orgullo contra vulnerabilidad.

—Porque he estado viviendo una mentira toda mi vida —dice, y cada palabra sale como si le costara un esfuerzo físico pronunciarla —. Desde que tenía ocho años, me convencí de que el amor era una trampa. Que la gente que dice que te ama siempre acaba por irse. Que es mejor estar solo que arriesgarse a que te abandonen una y otra vez.

Da un paso hacia mí, luego otro.

—Mis padres eran drogadictos —continúa, y su voz se vuelve más ronca—. Nos abandonaban durante días, semanas a veces. Jax y yo teníamos que cuidar de los pequeños, buscar comida, mantener la familia unida. Y cada vez que volvían, prometían que había sido la última vez. Que nos querían. Que íbamos a ser una familia de verdad.

Puedo ver el dolor de décadas reflejado en sus ojos, y se me forma un nudo en la garganta tan grande que me cuesta respirar.

—¿Y qué pasaba? —susurro, aunque creo que ya sé la respuesta.

—Que se volvían a ir —responde con una sonrisa amarga—. Una y otra vez. Hasta que aprendí que el amor era sinónimo de dolor. Que era mejor no sentir nada que arriesgarse a sentir demasiado.

Se acerca más, hasta que está lo suficientemente cerca como para que pueda ver las líneas de cansancio alrededor de sus ojos, la tensión que se ha apoderado de cada músculo de su cuerpo.

—Y entonces apareciste tú —dice, y su voz se transforma en algo más suave, más vulnerable—. Con tu pasión por esas historias imposibles, con tu forma de luchar por todo lo que crees que merece la pena. Con esa sonrisa que puede iluminar una habitación entera y esos ojos que ven bondad donde yo solo veo oscuridad.

Levanta una mano temblorosa para trazar apenas el contorno de mi mejilla, y el toque es tan suave que me estremezco involuntariamente.

—No sé cómo lo has hecho —susurra—. Pero te has metido dentro de mi corazón y lo has sanado. Has tomado todos esos pedazos rotos y los has convertido en algo que puede amar.

Las lágrimas que he estado conteniendo durante todo el día finalmente se desbordan, corriendo por mis mejillas como ríos calientes.

—Zane...

—Te amo, Isla —dice, y las palabras salen como si se las hubiera estado guardando toda la vida—. Te amo tanto que me aterra. Te amo de una forma que no sabía que era posible. Y si me aceptas, si me das una oportunidad, me voy a pasar el resto de la vida adorándote. Porque ahora que te he encontrado, no me imagino una vida sin tenerte a mi lado.

Sus palabras me atraviesan directamente al centro del pecho, donde algo que había estado roto desde esta mañana finalmente se recompone.

—Idiota —digo, riendo y llorando a la vez—. Por supuesto que te acepto. Te amo, Zane.

La expresión que cruza su rostro es como ver el amanecer después de la noche más larga del mundo. Sus brazos me rodean inmediatamente, apretándome contra su pecho como si tuviera miedo de que desaparezca.

—Dilo otra vez —ruega contra mi pelo—. Necesito oírlo otra vez.

—Te amo —susurro contra su camisa, sintiendo cómo su corazón late descontrolado bajo mi mejilla—. Te amo con locura. Te amo aunque seas un cabrón imposible que me vuelve loca.

Su risa resuena en su pecho, y es el sonido más hermoso que he oído en mi vida.

—Yo también te amo —dice, apartándose lo suficiente para poder mirarme—. Más de lo que creía posible amar a alguien.

Y entonces me besa, y es como si todo el dolor de las últimas horas se desvaneciera de golpe. Es suave al principio, casi dubitativo, como si no pudiera creer que esto sea real. Pero cuando mis brazos se alzan para rodear su cuello, profundiza el beso hasta que ambos estamos temblando.

—Llévame a la cama —susurro contra sus labios—. Por favor.

No necesita que se lo diga dos veces. Le indico cuál es mi dormitorio y me levanta en brazos como si no pesara nada. Mientras me lleva por el pasillo, sé que esta vez es diferente.

Esta vez, cuando hagamos el amor, será con el corazón completamente abierto.

Mi dormitorio nunca me había parecido tan pequeño como cuando Zane me deposita suavemente sobre la cama y se queda a los pies, mirándome como si fuera algo precioso y frágil. La luz suave de la lámpara de la mesita baña su rostro en tonos dorados, suavizando las líneas duras de su mandíbula y haciendo que sus ojos grises brillen como plata líquida.

—¿Deseas que te haga mía? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca había oído antes—. Porque una vez que empecemos esto, ya no habrá vuelta atrás para mí. Ya no voy a poder fingir que no te amo.

Sus palabras me atraviesan como miel caliente, llenando todos los espacios vacíos que su rechazo de esta mañana había dejado en mi pecho.

—No quiero que finjas nada —respondo, tendiéndole la mano—. Te quiero exactamente como eres. Vulnerable y completamente mío.

Su sonrisa es como el amanecer después de la tormenta más intensa. Se quita la chaqueta con movimientos lentos y deliberados, luego la corbata, luego comienza a desabrochar los botones de su camisa. Pero esta vez no hay prisa, no hay desesperación. Solo una anticipación dulce que hace que cada segundo se sienta como una eternidad perfecta.

Cuando se queda desnudo ante mí, con la luz dorada acariciando cada línea de su cuerpo musculoso, tengo que acordarme de respirar. Es hermoso de una forma que va más allá de lo físico. Es hermoso porque es mío, porque me ha elegido a pesar de todos sus miedos.

—Ahora tú —dice con voz ronca, y hay una reverencia en su tono que hace que me sienta como una diosa.

Me deshago de mi camiseta y mis pantalones de pijama con movimientos que intentan ser seductores pero que probablemente parecen más nerviosos que otra cosa. Pero la forma en que Zane me mira, como si fuera la obra de arte más perfecta que ha visto jamás, me hace sentir hermosa y deseada.

—Ven aquí —susurro, extendiendo los brazos hacia él.

Se acerca lentamente, como si fuera algo sagrado que no quiere alterar con movimientos bruscos. Cuando se sitúa sobre mí,

apoyando su peso en los antebrazos para no aplastarme, puedo sentir cada centímetro de su piel cálida contra la mía.

—Te amo —dice, besando suavemente mi frente—. Te amo tanto que no sé cómo he sobrevivido sin ti.

—Yo también te amo —respondo, trazando el contorno de su rostro con dedos temblorosos—. Más de lo que creía posible amar a alguien.

Esta vez, cuando nos besamos, es diferente a todos los besos que hemos compartido. Es lento, profundo, cargado de todas las palabras que no hemos dicho y todas las promesas que estamos haciendo sin pronunciarlas. Su lengua se desliza contra la mía con una paciencia que me desarma, explorando cada rincón de mi boca como si quisiera memorizarla.

Sus manos comienzan un recorrido reverente por mi cuerpo, tocando cada centímetro de piel como si fuera algo sagrado. Cuando sus dedos trazan la curva de mis pechos, cuando su boca sigue el camino que han marcado sus manos, cada caricia se siente como una declaración de amor.

—Eres perfecta —murmura contra mi piel—. No puedo creer que seas mía.

—Soy tuya —confirmo, arqueándome hacia él—. Completamente tuya.

Cuando se coloca entre mis piernas y siento la presión de su erección contra mi entrada, ambos nos quedamos inmóviles por un momento. Es como si entendiéramos que este momento va a cambiarlo todo, que una vez que crucemos esta línea con el amor declarado entre nosotros, ya no habrá forma de volver atrás.

Entra en mí lentamente, centímetro a centímetro, y ambos gemimos al unísono por la sensación de unión perfecta. Es como si hubiéramos sido diseñados específicamente para encajar el uno en el otro, como si todo en nuestras vidas nos hubiera llevado a este momento exacto.

—Dios —gruñe, enterrando su rostro en mi cuello—. Eres perfecta. Eres absolutamente perfecta y eres mía.

—Muévete —susurro, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura—. Por favor, ámame.

Comienza con embestidas lentas y profundas, cada movimiento cargado de adoración. Sus ojos no se apartan de los míos ni por un segundo, como si quisiera ver cada micro expresión de placer que cruza mi rostro.

—Te amo —susurra cada vez que se hunde completamente dentro de mí—. Te amo, te amo, te amo.

Las palabras se convierten en una letanía, en una promesa que repite con cada caricia, con cada beso, con cada movimiento de su cuerpo contra el mío. Y cuando mi orgasmo comienza a construirse, cuando puedo sentir esa tensión familiar acumulándose en mi vientre bajo, sus palabras son lo que me empuja por el precipicio.

—Córrete para mí, mi amor —ruega—. Quiero sentirte correrte mientras te digo cuánto te amo.

Su orden, combinada con el «mi amor» susurrado con tanta ternura, es todo lo que necesito. Mi orgasmo me atraviesa como una ola de placer puro, haciendo que grite su nombre mientras mi cuerpo se convulsiona alrededor del suyo.

—Te amo —grito mientras las ondas de placer me recorren—. Zane, te amo tanto.

Siento cómo mi clímax lo lleva al límite, cómo se tensa completamente antes de correrse dentro de mí gritando mi nombre como una oración desesperada.

Nos quedamos así durante largos minutos, respirando pesadamente, con nuestros cuerpos aún unidos y nuestros corazones latiendo al unísono. Cuando finalmente se retira de mí, me atrae inmediatamente hacia su costado, como si no pudiera soportar no tocarme ni por un segundo.

—No me voy a ir —dice de repente, besando mi frente sudorosa —. Nunca más voy a huir de ti. Te lo prometo.

—Más te vale —murmuro contra su pecho—. Porque te amo demasiado como para dejarte ir ahora.

Su risa vibra contra mi mejilla, y puedo sentir cómo algo que había estado roto en ambos finalmente se cura.

—¿Sabes qué es lo más increíble de todo esto? —dice, acariciando mi pelo con dedos que ya no tiemblan.

—¿Qué?

—Que por primera vez en mi vida, no tengo miedo del mañana. Porque sé que vas a estar ahí cuando me despierte.

Sus palabras me llenan de una calidez que va mucho más allá de lo físico. Es la calidez de saber que finalmente he encontrado mi hogar en los brazos del hombre más inesperado.

—Siempre voy a estar aquí —prometo, sellando las palabras con un beso suave en su pecho, justo encima del corazón que ahora es mío.

Y mientras nos quedamos dormidos entrelazados, sé que esto es solo el principio de nuestra historia de amor.

El principio de un para siempre.

CAPÍTULO 28

ISLA

Me despierto envuelta en calor y músculos sólidos, con una sensación de bienestar tan profunda que por un momento no recuerdo dónde estoy. Entonces siento la respiración pausada de Zane contra mi nuca, el peso de su brazo rodeándome posesivamente por la cintura, y todos los recuerdos de anoche vuelven como una cascada dorada.

Se ha quedado. Realmente se ha quedado.

Su pecho sube y baja contra mi espalda en un ritmo hipnótico que podría escuchar durante horas. Puedo sentir cada centímetro de su piel desnuda presionándose contra la mía, desde sus piernas enredadas con las mías hasta la forma en que su mano descansa protectoramente sobre mi vientre.

Me giro cuidadosamente entre sus brazos, intentando no despertarlo, y lo que veo me quita el aliento. Dormido, Zane parece mucho más joven. Las líneas de tensión alrededor de sus ojos han desaparecido, su mandíbula está relajada, y hay algo casi vulnerable en la forma en que su pelo oscuro cae desordenadamente sobre su frente.

Es hermoso. Devastadoramente hermoso.

—Buenos días —murmura sin abrir los ojos, y su voz matutina, ronca y áspera, me envía escalofríos directamente al vientre.

—¿Cómo sabías que estaba despierta?

Sonríe sin abrir los ojos, esa sonrisa lenta que hace que se me acelere el pulso.

—Porque has dejado de respirar como si estuvieras durmiendo —dice, apretándome más contra él—. Y porque puedo sentir cómo me miras.

Abro la boca para protestar, pero entonces abre los ojos y me mira con tanta ternura que se me olvida completamente lo que iba a decir. Hay algo diferente en su mirada esta mañana. Algo más

suave, más abierto. Como si hubiera bajado todas las barreras que normalmente mantiene alzadas.

—¿Has dormido bien? —pregunta, llevando una mano a mi rostro para apartar un mechón de pelo de mi mejilla.

—Mejor que nunca —respondo honestamente—. ¿Y tú?

—No he tenido pesadillas —dice, como si fuera lo más extraordinario del mundo—. Por primera vez en años, no he tenido ni una sola pesadilla.

Sus palabras me tocan directamente en el corazón, porque puedo ver exactamente lo que significan para él. Este hombre que ha pasado décadas luchando contra demonios internos, que ha construido murallas alrededor de su corazón para protegerse del dolor... ha dormido en paz entre mis brazos.

—Te amo —digo, porque es lo único que mi corazón necesita expresar en este momento.

Su sonrisa se vuelve más brillante, más real.

—Y yo te amo a ti. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Sus labios encuentran los míos en un beso matutino que sabe a promesas y a nuevos comienzos. Es suave, lento, como si tuviéramos toda la eternidad para explorarnos mutuamente. Y quizás la tengamos.

—¿Tienes hambre? —pregunto contra sus labios cuando nos separamos.

—De ti —responde inmediatamente, y la intensidad en su voz hace que se me contraiga todo el estómago—. Siempre de ti.

Sus manos comienzan un recorrido lento por mi cuerpo, redescubriendo cada curva, cada punto sensible. Pero esta vez es diferente. No hay urgencia desesperada, no hay la sensación de que esto podría ser la última vez. Solo una exploración paciente y reverente que me hace sentir adorada.

—Zane... —susurro cuando sus labios encuentran ese punto sensible en mi cuello que hace que se me disparen todas las terminaciones nerviosas.

—¿Mmm? —murmura contra mi piel, sin dejar de besarme.

—Quédate conmigo hoy. Todo el día. No vayas a ningún sitio.

Se aparta lo suficiente para mirarme, y lo que veo en sus ojos me quita el aliento. Una ternura tan profunda que hace que se me forme un nudo en la garganta.

—No hay ningún lugar en el mundo donde prefiera estar —dice con una sinceridad que me desarma—. Solo aquí. Contigo.

—Este manuscrito es increíble —dice Zane, hojeando las páginas de *La casa de los espejos rotos*, uno de mis libros favoritos—. La forma en que Carolina entrelaza el realismo mágico con la historia familiar... es brillante.

Estamos en mi cama, yo acurrucada contra su costado con solo su camisa puesta, él con los pantalones que se ha puesto para ir a por café y croissants. Las páginas del libro descansan sobre su pecho desnudo mientras lee en voz alta algunos pasajes que le han llamado la atención.

—Fue el primer libro que publiqué como directora editorial —le cuento, trazando patrones distraídos en su piel—. Mi madre acababa de morir, y yo estaba aterrorizada de tomar decisiones equivocadas. Pero cuando leí este manuscrito...

—¿Qué? —pregunta suavemente cuando me detengo.

—Supe que era exactamente el tipo de historia que ella habría amado. El tipo de libro que justifica toda la existencia de Haven Books. Es como si Carolina hubiera escrito directamente desde el alma.

Puedo sentir cómo Zane se tensa ligeramente bajo mi toque, y cuando levanto la vista, veo algo que se parece al dolor cruzando su expresión.

—Debe ser muy difícil —dice finalmente—. Intentar honrar su memoria mientras diriges la empresa.

—A veces siento como si ella siguiera aquí —admito, sintiendo las lágrimas que siempre llegan cuando hablo de mi madre—. Como si estuviera mirando por encima de mi hombro cada vez que tomo una decisión importante. Cada vez me pregunto si estaría orgullosa de lo que estoy haciendo con su legado.

Zane deja el libro a un lado y se gira para mirarme completamente, sus manos enmarcando mi rostro con una ternura que me desarma.

—Isla —dice, y hay una seriedad en su voz que me hace prestar atención—. Tu madre estaría increíblemente orgullosa de ti. De la mujer en la que te has convertido, de la forma en que luchas por esas historias que crees que merecen ser contadas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque cualquier mujer que haya criado a alguien como tú, con esta pasión, esta integridad, esta capacidad de ver belleza donde otros solo ven números... esa mujer sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Sus palabras me atraviesan directamente al corazón, y las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se desbordan.

—La echo tanto de menos —susurro—. A veces no sé cómo tomar decisiones sin ella.

—No necesitas tomarlas sin ella —dice, secando mis lágrimas con sus pulgares—. Está aquí, en cada libro que eliges publicar, en cada autor al que das una oportunidad, en cada historia que decides que merece ser contada.

Me inclino hacia él, necesitando sentir más de su calor, más de esta comprensión que nunca esperé encontrar en el hombre que llegó a destrozar todo lo que amo.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —dice de repente, y hay una determinación en su voz que no había oído antes.

—¿Qué?

—Voy a asegurarme de que nunca tengas que elegir entre honrar la memoria de tu madre y mantener Haven Books a flote. Voy a poner todo el dinero que haga falta para que puedas publicar exactamente las historias que quieras publicar. Las historias que merecen ser publicadas.

Sus palabras me golpean como un rayo, no solo por la generosidad del gesto, sino por lo que significa. Por el hecho de que entiende, finalmente, por qué lucho tanto por mantener intacta la visión de mi madre.

—Zane... —empiezo, pero él me calla con un beso suave.

—No digas nada. Solo déjame hacer esto por ti. Por nosotros. Porque el mundo es un lugar mejor cuando tú das a conocer esas historias, y no voy a permitir que los números te impidan hacerlo.

Me acurruco más contra él, sintiendo cómo algo que había estado roto en mi pecho finalmente se cura. Por primera vez desde que murió mi madre, no me siento sola en la responsabilidad de mantener vivo su legado.

Tengo a Zane a mi lado. Y él me entiende.

Hacemos el amor otra vez cuando el sol se está poniendo, lento y profundo, con las ventanas abiertas y la brisa suave acariciando nuestros cuerpos entrelazados. Esta vez es diferente incluso que esta mañana. Es más íntimo, estamos más conectados, como si hubiéramos encontrado un ritmo que es completamente nuestro.

Zane me hace el amor como si tuviera toda la eternidad para adorar cada centímetro de mi piel, sus manos y su boca trabajando en perfecta sincronía para llevarme al límite una y otra vez antes de dejarme caer en orgasmos que me tienen gritando su nombre hasta quedarme ronca.

Cuando finalmente nos quedamos quietos, respirando pesadamente con sus brazos rodeándome como una fortaleza, me doy cuenta de algo que debería haber visto hace semanas.

Los números. Los malditos números que he estado ignorando porque me dolía demasiado enfrentarme a ellos.

Ahora que el miedo se ha ido, ahora que sé que Zane me ama y que va a estar a mi lado pase lo que pase, puedo ver la verdad con claridad cristalina: Haven Books está en problemas. Problemas reales que van más allá de lo que el dinero de Zane puede solucionar a largo plazo.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Zane, notando mi silencio repentino.

—En que tienes razón —admito, apoyando la barbilla en su pecho para poder mirarlo—. Sobre los números. Sobre la rentabilidad de la editorial.

Veo cómo algo cambia en su expresión, una cautela que no estaba ahí antes.

—Isla...

—No —lo interrumpo—. Necesito decir esto. He estado tan obsesionada con preservar la visión de mi madre exactamente como era que me he negado a ver que el mundo ha cambiado. Que necesitamos adaptarnos o morir.

Sus manos comienzan a acariciar mi espalda desnuda, un gesto reconfortante que me da valor para continuar.

—Quiero hacer las cosas de otra forma —digo—. Quiero encontrar un equilibrio entre mantener nuestra integridad editorial y asegurar que Haven Books sobreviva para futuras generaciones.

La sonrisa que se dibuja en sus labios me llena de amor.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta.

—Mañana voy a convocar una reunión —digo, sintiendo cómo la determinación se asienta en mi pecho como algo sólido—. Una reunión donde voy a anunciar algunos cambios que van a sorprender a todo el mundo.

—¿Incluso a mí?

—Especialmente a ti —sonrío, inclinándome para besarlo—. Porque vas a descubrir que cuando Isla Brennan toma una decisión, no hace las cosas a medias.

Su risa resuena contra mis labios, y mientras nos perdemos en otro beso que se convierte en caricias, y las caricias se convierten en algo mucho más intenso, me doy cuenta de que por primera vez en años, tengo un plan.

Un plan que va a cambiar Haven Books para siempre.

Y que va a demostrarle a Zane que el amor no solo puede coexistir con los negocios.

Puede hacer que ambos prosperen.

CAPÍTULO 29

ISLA

El aroma del café recién hecho flota en el aire de la sala de reuniones mientras observo cómo se van llenando las sillas con los rostros familiares de nuestros cuarenta y siete empleados. Mis manos tiemblan ligeramente alrededor de mi taza, no por nerviosismo sino por la adrenalina pura que me corre por las venas desde que tomé esta decisión anoche, acurrucada entre los brazos de Zane.

Margaret se sienta en primera fila con esa elegancia serena que la caracteriza, pero puedo ver la curiosidad ardiendo en sus ojos. Sofía entra corriendo en el último momento, con el pelo rizado hecho un desastre y esa expresión de «¿qué me he perdido?» que me arranca una sonrisa involuntaria. Marcus, David, Emma, todos los rostros que han sido mi familia durante años me miran con una mezcla de expectación y nerviosismo.

Y entonces entra Zane.

Se mueve con esa elegancia controlada que lo caracteriza, con un traje gris carbón que realza sus ojos y hace que todas las conversaciones se detengan momentáneamente. Pero hay algo diferente en él esta mañana. Una suavidad en su expresión cuando me mira, una forma de sostener mi mirada que hace que se me acelere el pulso.

Se sienta a mi derecha, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su colonia mezclándose con el aroma del café, lo suficientemente cerca como para que cuando extiende la mano bajo la mesa y roza mis dedos con los suyos, el contacto me envíe escalofríos directamente al estómago.

—Buenos días —digo finalmente, cuando el último empleado se ha acomodado—. Gracias a todos por venir con tan poco tiempo de antelación.

Puedo sentir la atención de toda la sala centrándose en mí, esa sensación familiar pero siempre intensa de tener a toda mi familia profesional esperando mis palabras. Es el mismo peso de responsabilidad que he sentido desde que mi madre murió, pero esta vez no se siente tan solitario.

Esta vez tengo a Zane a mi lado.

—He convocado esta reunión porque tengo algo importante que anunciar —continúo, respirando profundamente para calmar mi corazón que late como un tambor—. Algo que va a cambiar el futuro de Haven Books.

Veo cómo la tensión se intensifica inmediatamente. Margaret se endereza en su silla, Sofía deja de juguetear con su bolígrafo, y puedo sentir cómo todos contienen la respiración esperando lo que sea que voy a decir.

—Durante las últimas horas —empiezo, sintiendo cómo mi voz se vuelve más firme con cada palabra—, he estado reflexionando mucho sobre lo que significa dirigir esta editorial. Sobre cómo honrar la memoria de mi madre mientras me aseguro de que Haven Books tenga un futuro próspero.

Hago una pausa, dejando que mis ojos recorran los rostros familiares que me rodean. Estas personas han confiado en mí, han seguido mi liderazgo incluso cuando las decisiones eran difíciles. Se merecen mi honestidad completa.

—La verdad es que hemos estado viviendo en una burbuja —admito, y puedo sentir cómo Zane se tensa ligeramente a mi lado—. Una burbuja hermosa, llena de literatura extraordinaria y principios nobles, pero una burbuja al fin y al cabo. Y las burbujas, tarde o temprano, explotan.

Marcus se aclara la garganta incómodamente, y puedo ver la preocupación creciendo en los ojos de mis empleados.

—¿Qué estás diciendo exactamente, Isla? —pregunta Margaret con esa voz cuidadosamente controlada que usa cuando presiente malas noticias.

—Estoy diciendo que Zane tenía razón sobre una cosa —respondo, girándome ligeramente para mirarlo—. Los números no mienten. Y

nuestros números han estado gritando durante meses que necesitamos cambiar o morir.

Puedo ver la sorpresa absoluta cruzando el rostro de Zane, la forma en que sus ojos se abren ligeramente como si no pudiera creer lo que está escuchando.

—Pero —continúo, alzando la voz antes de que el pánico pueda instalarse en la sala—, eso no significa que vayamos a traicionar todo lo que somos. Significa que vamos a evolucionar.

Me levanto de mi silla, sintiendo cómo la determinación me llena desde los pies hasta la coronilla. Es la misma sensación que tenía cuando era pequeña y le prometía a mi madre que algún día dirigiría esta editorial, pero amplificada por años de experiencia y amor.

—Vamos a crear una nueva línea editorial —anuncio, y mi voz resuena con la confianza que he estado buscando durante meses—. Una línea comercial que incluya romance contemporáneo, thriller popular, ficción que pueda llegar a lectores que quizás nunca han oído hablar de Haven Books.

El murmullo que recorre la sala es inmediato, una mezcla de sorpresa, curiosidad y algo que se parece a la esperanza.

—¿Una línea comercial? —repite David de producción, con la voz cargada de incredulidad—. ¿En serio?

—Completamente en serio —confirmo, sintiendo cómo una sonrisa se extiende por mi rostro—. Porque he entendido algo fundamental: no podemos preservar lo que amamos si no tenemos los recursos para mantenerlo vivo.

Giro mi cuerpo hacia Zane, que me está mirando como si acabara de presenciar un milagro.

—Zane —digo, y su nombre sale cargado de todo el amor que siento—, has pasado semanas intentando explicarme que los negocios requieren pragmatismo. Que los ideales hermosos no pagan salarios ni mantienen las luces encendidas.

Asiente lentamente, pero puedo ver la confusión en sus ojos, como si no entendiera adónde quiero llegar.

—Y tenías razón —admito, sintiendo cómo las palabras me liberan de un peso que no sabía que estaba cargando—. Pero yo también tenía razón sobre una cosa: la calidad importa. La integridad

editorial importa. Y juntos... —me acerco un paso hacia él—, juntos podemos tener ambas cosas.

La expresión en su rostro se transforma lentamente, de sorpresa a comprensión, de comprensión a algo que se parece a la adoración.

—Con tu conocimiento del mercado y mi experiencia editorial —continúo, sintiendo cómo la emoción me llena la voz—, con tu habilidad para entender qué vende y mi pasión por descubrir qué merece ser vendido, podemos hacer que Haven Books sea próspera sin perder su alma.

Sofía se ríe desde su asiento, un sonido de pura alegría que hace que otros empleados se unan.

—Isla Brennan admitiendo que Zane tenía razón —dice con esa sonrisa traviesa que conozco tan bien—. Voy a marcar esta fecha en el calendario.

La risa que recorre la sala es cálida, familiar, y hace que algo se relaje en mi pecho. Pero cuando vuelvo a mirar a Zane, veo que no está riéndose. Me está mirando con una intensidad que hace que se me acelere la respiración.

—Quiero que construyamos algo que dure generaciones —digo, dirigiéndome directamente a él, olvidándome momentáneamente de que toda la sala nos está observando—. Algo que sea nuestro legado. Algo que... que sea el negocio de nuestros hijos.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, cargadas de implicaciones que van mucho más allá de lo profesional. *Nuestros hijos.* Los niños que podríamos tener juntos, la familia que podríamos construir, el futuro que se extiende ante nosotros como una promesa dorada.

El silencio que sigue es tan completo que juro que puedo oír cómo se me para el corazón. Los ojos de Zane se clavan en los míos con una intensidad que me atraviesa como un rayo, y puedo ver exactamente el momento en que comprende lo que acabo de decir.

Lo que acabo de prometerle.

Se levanta tan bruscamente que su silla se tambalea, y en dos zancadas rápidas está frente a mí, sus manos enmarcando mi rostro con una reverencia que me quita el aliento.

—¿Nuestros hijos? —pregunta, y su voz sale ronca, cargada de una emoción que hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Sí —susurro, porque es la verdad más honesta que he dicho en mi vida—. Nuestros hijos. Nuestro futuro. Nuestra familia.

Y entonces, delante de toda la plantilla de Haven Books, delante de nuestra familia profesional, me besa.

Es un beso que dice todo lo que las palabras no pueden expresar. Amor, promesas, un futuro compartido que se extiende ante nosotros como una carretera dorada. Sus labios se mueven contra los míos con una ternura que hace que las lágrimas se derramen por mis mejillas, mezclándose con el sabor del beso.

—Te amo —dice contra mis labios, lo suficientemente alto como para que toda la sala lo escuche—. Te amo tanto que no tengo palabras para expresarlo.

Y entonces sucede algo completamente inesperado. Sofía empieza a aplaudir, despacio al principio, luego con más entusiasmo. Margaret se une inmediatamente, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Después David, Emma, Marcus, hasta que toda la sala estalla en una ovación que hace temblar los cristales.

—¡Ya era hora! —grita Sofía por encima del ruido, con esa sonrisa radiante que ilumina toda su cara—. ¡Llevábamos semanas esperando que os dieseis cuenta!

—¡Todo el mundo lo sabía menos vosotros! —añade Emma, aplaudiendo tan fuerte que le duelen las manos.

—¡La tensión sexual era tan obvia que era doloroso verla! —dice David, y normalmente le habría reñido por el comentario, pero ahora mismo no puedo parar de reírme.

Margaret se acerca hasta nosotros, con esa sonrisa maternal que me llega directamente al corazón.

—Tu madre estaría tan orgullosa —dice, abrazándome mientras los aplausos empiezan a calmarse—. De la mujer en la que te has convertido, de las decisiones que estás tomando. De haber encontrado a alguien que te ama tanto como tú lo mereces.

Zane me atrae más hacia él, sus brazos rodeándome como una fortaleza mientras nuestros empleados continúan felicitándonos.

Puedo sentir la solidez de su pecho contra mi mejilla, el latido fuerte y constante de su corazón que ahora late para mí.

—Esto significa que tendré que soportar veros haceros carantoñas en las reuniones, ¿verdad? —dice Sofía con una falsa exasperación que no engaña a nadie.

—Probablemente —respondo, sin poder borrar la sonrisa de mi cara.

—Perfecto. Ya era hora de que hubiera algo de romance en esta oficina —replica—. Aunque ahora voy a tener que buscar otra fuente de entretenimiento.

Las risas vuelven a llenar la sala, pero yo ya no puedo prestar atención a nada que no sea la forma en que Zane me mira. Como si fuera un milagro que no puede creer que sea real.

Se inclina hasta que sus labios rozan mi oído otra vez, y lo que susurra hace que se me dispare el pulso hasta convertirse en un huracán descontrolado.

—Estoy deseando que esos niños vengan al mundo —murmura, su voz tan baja que solo yo puedo oírla—. Estoy deseando construir una vida contigo. Estoy deseando despertarme cada mañana sabiendo que eres mía.

Sus palabras me atraviesan como miel caliente, llenando cada espacio vacío en mi corazón hasta que siento que voy a explotar de felicidad pura.

—Eres mía para toda la vida, Isla Brennan —continúa, besando suavemente el punto donde mi cuello se une con mi hombro—. Y yo soy tuyo. Completamente, irrevocablemente tuyo.

Me giro entre sus brazos para mirarlo directamente, sin importarme que toda la sala pueda ver la intimidad del momento.

—Te amo —digo, y las palabras salen cargadas de toda la promesa que puedo poner en ellas—. Te amo tanto que a veces no puedo respirar cuando pienso en todo lo que tenemos por delante.

Su sonrisa es tan brillante que podría iluminar todo Manhattan.

—Entonces vamos a construirlo todo —dice, sellando sus palabras con un beso suave—. La editorial, la familia, la vida que merecemos tener juntos.

Y mientras nuestros empleados aplauden otra vez, mientras Margaret comienza a hablar de planes y celebraciones, mientras Sofía hace comentarios sobre vestidos de novia que me hacen sonrojar, me doy cuenta de que por fin estoy exactamente donde se supone que debo estar.

En los brazos del hombre que amo, rodeada de las personas que más quiero, construyendo un futuro que incluye todo lo que siempre he soñado.

Haven Books va a sobrevivir. Va a prosperar.

Y nosotros vamos a hacerlo juntos.

Para siempre.

CAPÍTULO 30

ISLA

Tres meses después

El aroma del asado que Jax ha estado preparando durante toda la tarde flota por el salón del ático, mezclándose con el sonido de las risas de los hermanos Hawke y el tintineo de las copas de vino. Estoy acurrucada en el sofá junto a Elsie, con las piernas encogidas bajo mi cuerpo y una copa de vino tinto en las manos, observando cómo Kai y Oliver discuten apasionadamente sobre si los Knicks tienen alguna posibilidad esta temporada.

—Son como niños grandes —murmura Elsie con esa sonrisa cariñosa que reserva para cuando habla de la familia que la ha adoptado—. Especialmente cuando se ponen competitivos.

—¿Siempre habrán sido así? —pregunto, fascinada por la dinámica que he observado durante estos últimos meses de cenas dominicales.

Me encanta la familia de Zane.

—Según Jax, peor —se ríe—. Al menos ahora no se lanzan comida cuando discuten.

Ronan aparece desde la cocina con una bandeja de aperitivos, moviéndose con esa elegancia silenciosa que lo caracteriza. Es el hermano más tranquilo, pero he aprendido que detrás de esa calma hay una mente brillante que procesa todo con una precisión matemática que da un poco de miedo.

—Las mujeres están cotilleando sobre nosotros —anuncia, dejando la bandeja en la mesa de café—. Puedo oírlo desde la cocina.

—No estamos cotilleando —protesto, aunque Elsie y yo nos reímos como colegialas pilladas en medio de una infracción—. Estamos... observando la dinámica familiar.

—Claro —dice Kai desde el otro lado del salón, sin levantar la vista del partido—. Y yo soy un santo.

—¿Dónde está Zane? —pregunto, porque llevo diez minutos sin verlo y ya echo de menos su presencia constante.

—En la terraza, hablando por teléfono —responde Jax, apareciendo desde la cocina con un delantal que dice «El Rey de la Parrilla» que Elsie le regaló por su cumpleaños—. Le he escuchado hablar sobre un nuevo contrato para Haven Books.

El corazón me da un pequeño vuelco de orgullo. En los últimos tres meses, Zane y yo hemos trabajado juntos para transformar Haven Books en algo extraordinario. La nueva línea comercial ha sido un éxito rotundo, generando suficientes ingresos para mantener también nuestra línea literaria prestigiosa. Es como si hubiéramos encontrado el equilibrio perfecto entre corazón y cabeza, entre arte y comercio.

—¿Sabes? —dice Elsie, bajando la voz hasta convertirla en un susurro conspirador—. He notado algo diferente en Zane últimamente.

—¿Diferente cómo? —pregunto.

—Más... nervioso. Como si estuviera planeando algo importante.

Mi corazón se acelera involuntariamente, pero intento mantener la expresión neutral.

—¿Has hablado con Jax sobre ello?

—Jax está siendo misterioso —dice con una sonrisa que sugiere que sabe mucho más de lo que está diciéndome—. Todos ellos están siendo misteriosos, en realidad. Como si compartieran algún secreto.

Antes de que pueda responder, las puertas de la terraza se abren y Zane entra, guardándose el teléfono en el bolsillo. Lleva vaqueros oscuros y un suéter gris que se abraza a su torso de una forma que hace que se me seque la boca, y cuando me ve, esa sonrisa que reserva solo para mí se extiende por su rostro.

—¿De qué habláis? —pregunta, acercándose hasta el sofá.

—De lo guapo que estás con ese suéter —respondo sin pensar, e inmediatamente me sonrojo cuando me doy cuenta de que lo he dicho delante de todos.

Oliver suelta una carcajada que hace que todos los demás hermanos se unan.

—¡Por favor! —dice Kai, llevándose una mano al pecho con gesto dramático—. ¡Que alguien me traiga un cubo, voy a vomitar azúcar!

—Dejad de ser envidiosos —dice Zane con esa confianza nueva que ha desarrollado desde que estamos juntos, acercándose hasta sentarse a mi lado y atrayéndome hacia él—. No es culpa mía tener tan buen gusto.

—Literalmente acabas de presumir de tu novia delante de tus hermanos —dice Oliver, negando con la cabeza—. Esto es un nuevo nivel de cursilería para ti.

—Y apenas estamos empezando —replica Zane, besando mi sien con una ternura que hace que se me derrita el corazón.

Puedo sentir las miradas divertidas de todos los hermanos, pero también algo más. Aceptación. Cariño. La sensación de que realmente formo parte de esta familia loca y maravillosa.

—Vale, vale —dice Jax, haciendo gestos para que todos se callen —. Antes de que Kai se desmaye de tanto azúcar, ¿qué os parece si pasamos al comedor? La cena está lista.

La mesa del comedor está llena de los restos de la mejor cena que he comido en meses: el asado perfecto de Jax, las patatas asadas que Ronan ha preparado con una precisión que solo él podría conseguir, la ensalada que Oliver ha insistido en hacer «para equilibrar tanta carne». Estoy sentada entre Zane y Elsie, sintiendo esa calidez familiar que solo viene de estar rodeada de personas que te quieren exactamente como eres.

—¿Alguien quiere postre? —pregunta Elsie, empezando a recoger platos.

—En un momento —dice Zane, y hay una emoción en su voz que hace que todos lo miremos.

Se levanta de su silla con movimientos que parecen más controlados de lo normal, y puedo ver las pequeñas gotas de sudor

que se han formado en su frente a pesar de que no hace calor en el apartamento.

¿Qué demonios le pasa?

—Antes quería decir algo —continúa, y ahora puedo notar el nerviosismo que está intentando disimular.

Mi corazón empieza a latir más rápido sin razón aparente, una intuición primitiva que me dice que algo importante está a punto de pasar.

—Isla —dice, girándose hacia mí con una expresión que nunca le había visto antes. Vulnerable, esperanzada, absolutamente aterrorizada.

—¿Sí? —susurro, aunque mi voz apenas sale.

—Hace seis meses, entré en Haven Books pensando que era solo otra adquisición. Otro trabajo que completar, otra empresa que reestructurar. No tenía ni idea de que iba a encontrarme con una mujer que cambiaría todo lo que creía saber sobre mí mismo.

Se mete la mano en el bolsillo del vaquero, y veo cómo le tiemblan ligeramente los dedos. A nuestro alrededor, el silencio es tan absoluto que puedo oír mi propio corazón latiendo como un tambor descontrolado.

—No tenía ni idea de que iba a enamorarme —continúa, y su voz se vuelve más ronca con cada palabra—. No tenía ni idea de que alguien como tú podría ver algo bueno en alguien como yo.

Oh, Dios mío.

Se deja caer sobre una rodilla frente a mi silla, y de repente todo el mundo se desvanece excepto él. Excepto sus ojos grises que brillan con emoción, excepto la pequeña caja de terciopelo que saca del bolsillo.

—Isla Catherine Brennan —dice, y mi nombre completo en su voz suena como una oración—. ¿Quieres casarte conmigo?

La caja se abre con un clic suave, revelando el anillo más hermoso que he visto en mi vida. Es clásico pero único, con un diamante solitario que brilla como una estrella, rodeado de pequeñas esmeraldas que hacen juego con mis ojos. Es perfecto. Es exactamente lo que habría elegido si hubiera podido diseñarlo yo misma.

Por un momento, no puedo respirar. No puedo mover. No puedo hacer nada excepto mirarlo, este hombre increíble que se ha arrodillado frente a mí delante de toda su familia, ofreciéndome su corazón y su futuro con una vulnerabilidad que me parte el alma.

—Sí —logro susurrar, aunque las lágrimas que se derraman por mis mejillas hacen que mi voz salga quebrada—. Sí, sí, mil veces sí.

Su sonrisa es como ver el sol salir después de años de oscuridad. Con manos que ya no tiemblan, saca el anillo de la caja y lo desliza por mi dedo anular. Encaja perfectamente, como si hubiera sido diseñado específicamente para mí.

Y entonces estoy en sus brazos, no sé cómo he llegado ahí, pero sus labios están en los míos y estoy llorando y riéndome al mismo tiempo mientras él me da vueltas en el aire como si fuera tan ligera como una pluma.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —dice contra mis labios.

—Y tú —respondo, enterrando mi rostro en su cuello y respirando ese aroma que se ha convertido en mi hogar—. Te quiero con todo mi corazón.

El rugido de aprobación que surge de sus hermanos me sobresalta tanto que casi me caigo. De repente estamos rodeados por un torbellino de abrazos, felicitaciones y bromas que hacen que sea imposible distinguir una voz de otra.

—¡Por fin! —grita Oliver, levantando su copa como si fuera a hacer un brindis—. ¡El hermano más gruñón de todos se ha comprometido!

—Y con la mujer perfecta para él —añade Kai con esa sonrisa traviesa que conozco bien—. La única lo suficientemente terca como para aguantarlo.

—¡Ey! —protesto, pero estoy riéndome tanto que apenas puedo hablar.

Elsie me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin respiración, susurrándome al oído:

—Bienvenida oficialmente a la loca familia de los Hawke. Espero que estés preparada para décadas de cenas dominicales y competiciones absurdas sobre quién cocina mejor.

—No puedo esperar —respondo, y lo digo completamente en serio.

Ronan, normalmente el más reservado de todos, se acerca a Zane con una sonrisa discreta pero genuina que aparece en las ocasiones especiales.

—Bien hecho, hermano —dice, dándole una palmada en el hombro—. Mamá y papá fueron unos desastres, pero al menos nos enseñaron a reconocer lo bueno cuando lo vemos.

Las palabras de Ronan resuenan en el silencio que sigue, cargadas de años de dolor compartido, pero también de esperanza. Porque esta familia, construida desde las cenizas de una infancia terrible, ha conseguido crear algo hermoso.

Y ahora yo formo parte de ello.

—Por Zane e Isla —dice Jax, levantando su copa—. Por encontrar el amor en el último lugar donde lo esperaban. Por demostrar que los finales felices existen, incluso para los Hawke.

—¡Por Zane e Isla! —corean todos, y el sonido de nuestros nombres unidos me llena de una felicidad tan pura que siento que voy a explotar.

Mientras todos beben, mientras las risas y las bromas continúan a nuestro alrededor, Zane me atrae hacia él y me susurra al oído:

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

—¿Qué? —pregunto, girándome para mirarlo.

—Que ya no tengo miedo del futuro. Porque sé que lo vamos a construir juntos.

Su confesión me toca directamente en el centro del pecho, donde mi corazón late ahora para él.

—Juntos —confirmo, sellando la promesa con un beso suave.

Y mientras sus hermanos continúan celebrando a nuestro alrededor, mientras Elsie empieza a hablar de vestidos de novia y fechas de boda, mientras puedo sentir el peso reconfortante del anillo en mi dedo, me doy cuenta de que por fin tengo todo lo que siempre quise.

Un amor verdadero. Una familia que me acepta completamente. Y un futuro lleno de posibilidades infinitas.

Haven Books prosperará bajo nuestro liderazgo conjunto. Nuestros hijos crecerán corriendo por esos pasillos llenos de historia. Y Zane y yo vamos a envejecer juntos, creando nuestra propia historia de amor en las páginas de los años que están por venir.

Esta es solo la primera página de nuestro para siempre.

Y no puedo esperar a escribir el resto.

EPÍLOGO

KAI

El whisky se desliza por mi garganta como seda líquida mientras observo el ambiente exclusivo del bar más caro de Tribeca. Música jazz de fondo, conversaciones en voz baja sobre fusiones millonarias, y el tipo de clientela que considera que gastarse quinientos dólares en una botella de whisky es una inversión razonable.

Mi tipo de lugar, vamos.

Excepto que esta noche no estoy aquí por trabajo. Estoy aquí porque necesitaba salir del edificio Hawke antes de volverme completamente loco viendo a Zane e Isla siendo repugnantemente felices en cada reunión familiar.

—Kai Hawke, no me lo puedo creer.

Mierda.

Sé de quién es esa voz.

Me giro lentamente y ahí está Madison Crawford, rubia platino artificial y sonrisa de tiburón. Estuvimos juntos tres noches hace un mes que terminaron cuando empezó a hablar de «conocer a su familia». Está loca.

—Madison —intento sonar casual, pero ya estoy mirando a mi alrededor a ver si descubro dónde están las salidas de emergencia—. Qué casualidad verte aquí.

—¿Casualidad? —se ríe, acercándose con unos tacones tan grandes que podrían usarse como armas—. Cariño, vengo aquí todos los viernes. ¿No te acuerdas?

Claro que no me acuerdo. Si me acordara de los sitios favoritos de todas las mujeres con las que me he acostado, necesitaría contratar un asistente solo para eso.

—¡Madison! —Dos voces agudas se acercan como sirenas de ambulancia, y reconozco inmediatamente a Brittany Whitmore y su

clon rubia, cuyo nombre he bloqueado intencionadamente de mi memoria.

Perfecto. La manada al completo.

—Kai —dice Brittany, con una sonrisa ensayada—. Justo estábamos hablando de ti en el club de campo.

—Seguro que sí —murmuro, mirando con anhelo hacia la salida principal.

Pero Madison ya me ha cogido del brazo con esas uñas que parecen garras pintadas de rosa.

—Tienes que venir a conocer a papá el sábado que viene. Está organizando una regata en los Hamptons y...

En ese momento exacto, la diosa del destino interviene en forma de camarero torpe.

Un chico joven con la bandeja llena tropieza justo al lado de nuestro grupo, enviando copas de champán volando en todas las direcciones. Madison suelta un chillido agudo cuando el líquido dorado se estrella contra su vestido de Chanel.

—¡Mi vestido! —grita, como si acabaran de incendiarle la casa—. ¡Cuesta tres mil euros!

El caos que sigue es justo lo que necesito: camareros corriendo con toallas, el pobre chico disculpándose como si hubiera atropellado a su abuela, Madison y sus amigas montando un drama que atrae todas las miradas del bar.

Es mi oportunidad.

Me escabullo hacia la barra como una sombra, agachándome detrás del mostrador hasta quedar oculto tras una columna. Es ridículo —un hombre de metro ochenta escondido como un colegial que se escapa de clase— pero efectivo.

—No me lo puedo creer.

Levanto la vista y me encuentro con unos ojos verde jade que me observan desde arriba con una mezcla de incredulidad y diversión mal disimulada. Una camarera pelirroja me mira con los brazos cruzados, un trapo en una mano y una expresión que dice claramente que ha visto cosas raras, pero que esta se lleva la palma.

En esta situación no debería fijarme en que es una preciosidad.

—Es una emergencia social —le susurro, sintiendo lo ridícula que es la situación.

Se me escapa una sonrisa.

—¿Qué tipo de emergencia requiere esconderse detrás de una barra como un fugitivo?

—El tipo que incluye tres ex-ligues que no entienden que «fue divertido, pero se acabó».

Señalo disimuladamente hacia el caos que sigue desarrollándose cerca de la entrada, donde Madison continúa siendo atendida por medio bar mientras se lamenta por su vestido manchado.

—Ah —dice la camarera, echando un vistazo a la escena—. Las tres rubias que parecen pirañas.

—Exactamente.

Se queda mirándome durante un momento, y puedo ver cómo evalúa la situación. Algo en el brillo de sus ojos me hace darme cuenta de que es muy inteligente.

—¿Y tu plan maestro es quedarte ahí agachado hasta que se aburran y se vayan?

—A no ser que tengas una idea mejor.

—Tengo varias ideas —dice con una sonrisa que me pone inmediatamente en alerta—. Pero todas implican que hagas algo más que ocupar espacio detrás de mi barra.

—¿Como qué?

—Como trabajar. Si quieres esconderte en mi territorio, tendrás que ganártelo.

La propuesta me pilla tan desprevenido que me quedo mirándola durante unos segundos, procesando si está hablando en serio.

—¿Quieres que trabaje?

—Sí. Aunque por lo que intuyo no sueles hacerlo mucho. Pero si quieres que no les diga a tus *amigas* que estás aquí, tendrás que ayudarme. Hay cajas en el almacén que necesito reorganizar y botellas en el sótano que hay que subir.

Es absolutamente ridículo. Soy el vicepresidente de una empresa valorada en quince mil millones de euros, y esta mujer me está proponiendo que trabaje como mozo de almacén para escapar de mis propios problemas románticos.

Aunque debo decir que también es… refrescante.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que esconderme? —pregunto, porque la alternativa es enfrentarme a Madison y su charla sobre regatas familiares.

—Hasta que cierre. Dentro de una hora, más o menos.

—Trato hecho.

Su sonrisa cuando acepto es genuina, sin artificios, y por algún motivo que desconozco me golpea directamente en el pecho.

—Soy Hazel, por cierto.

—Kai.

—Vamos, príncipe —dice, señalando hacia una puerta marcada con un letrero de «Solo personal»—. Tu majestad tiene trabajo que hacer.

Y así es como acabo pasando la hora más divertida de la semana reorganizando cajas de servilletas mientras una camarera pelirroja me da órdenes como si fuera su empleado personal.

Antes de que me dé cuenta estamos cerrados al público.

—No lo has hecho mal para ser un ricachón —dice Hazel, inspeccionando el almacén que acabo de terminar de reorganizar—. Casi parece que sepas lo que haces.

—Gracias por tan generoso cumplido —replico, limpiándome el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Trabajar me ha sentado bien. Hay algo satisfactorio en hacer trabajo físico, en conseguir resultados tangibles con las manos en lugar de con reuniones y datos. Y observar a Hazel dirigir el caos del bar con eficiencia militar ha sido... interesante.

Esta mujer no pierde ni un segundo, no desperdicia ni un movimiento. Lo tiene todo calculado, todo lo que hace tiene un propósito. Es fascinante.

—¿Qué planes tienes después del trabajo? —pregunto cuando volvemos a la barra.

—Irme a casa, estudiar, dormir.

—¿Y si te propusiera algo más interesante?

Me mira con esa expresión de nuevo: diversión mezclada con escepticismo.

—¿Como qué?

—Mi apartamento está a diez minutos andando. Tengo unas vistas que te quitarían el aliento y, si me lo propongo, sería capaz de darte una conversación que te puede parecer... estimulante.

No puedo negar que Hazel me parece extremadamente atractiva.

La veo considerar la propuesta y mi corazón se acelera. Pensaba que me iba a mandar a la mierda directamente.

—Claro —dice, y mi corazón da un salto—. Dame quince minutos para cerrar y nos vamos.

—¿En serio?

—En serio. Espérame en el callejón trasero.

Le dejo doscientos euros de propina sobre la barra, viendo cómo sus ojos se abren por la cantidad.

—Por darme asilo —explico—. Y por enseñarme que reorganizar almacenes puede ser divertido.

Su sonrisa es genuina, sin artificios, y me deja completamente desarmado.

—Hasta ahora, Kai.

Salgo hacia el callejón con una anticipación que no había sentido en meses. Hay algo en Hazel Myers que me intriga más allá de lo físico. Una inteligencia, una fuerza, una forma de tratarme como si fuera una persona normal en lugar de un cheque con piernas.

Veinte minutos después, sigo esperando como un idiota.

Treinta minutos después, me doy cuenta de que no va a venir.

Hazel Myers me ha engañado como a un principiante y me ha dejado tirado en un callejón.

Y lo más jodido es que eso solo hace que la desee más.

Hace tiempo que no me enfrento a un buen desafío.

HAZEL

La llave gira en la cerradura de mi apartamento compartido con un clic suave que resuena en el silencio del pasillo. Es de madrugada, y puedo oír los ronquidos de Riley a través de la pared fina que separa nuestras habitaciones. Mi compañera de piso, una estudiante de arte con tendencia a trasnochar pintando, es la única persona en el

mundo que entiende lo que significa sobrevivir a base de sueños y ramen.

Me quito las zapatillas en la entrada, sintiendo cómo mis pies protestan después de ocho horas de pie. El suelo de madera frío es un alivio contra mis plantas doloridas, pero es el único lujo que me voy a permitir esta noche. Tengo por delante dos horas de estudio antes de que suene la alarma a las ocho.

Mi habitación es diminuta, pero la mantengo impecable. Tengo una cama individual con ropa blanca básica, un escritorio hecho con tablones y caballetes y estanterías improvisadas donde se apilan mis libros de medicina como torres de conocimiento. No hay espacio para la decoración, no tengo dinero para esos lujos. Solo lo esencial para sobrevivir y estudiar.

Exactamente como me gusta.

Me dejo caer en la silla del escritorio, abro mi portátil de segunda mano, e intento concentrarme en el temario de anatomía cardiovascular que tengo que memorizar para el examen del lunes. Pero por alguna razón, no puedo quitarme de la cabeza los ojos verdes esmeralda de Kai.

«Dios»

Me río sola en el silencio de mi habitación, recordando la expresión de shock absoluto en su cara cuando le dije que me esperara en el callejón. No se podía creer que fuese a irme a casa con él. Y tenía razón.

Debería sentirme orgullosa. He humillado a un playboy. Le he dado una lección sobre lo que pasa cuando das por sentado que todas las mujeres van a caer a tus pies. He demostrado que Hazel Myers no está disponible para ser el entretenimiento nocturno de ningún hombre rico.

Entonces, ¿por qué siento una punzada extraña en el estómago cada vez que me acuerdo de su sonrisa?

Porque menuda sonrisa tenía. Una de esas sonrisas que transforman completamente un rostro, que hacen que te olvides de respirar por un segundo. Y los hoyuelos. Dios mío, esos hoyuelos eran ilegales.

Y la forma en que trabajó conmigo durante esa hora, sin quejarse, incluso riéndose. Como si realmente se estuviera divirtiendo en lugar de estar haciendo tiempo hasta poder largarse.

«Deja de pensar así, Hazel. Es exactamente lo que quiere. Confundirte.»

Me obligo a abrir el libro de anatomía, pero las palabras se difuminan ante mis ojos mientras mi mente vuelve una y otra vez a esa hora. A la forma en que Kai me miraba cuando le daba órdenes. A cómo sus músculos se tensaron bajo la camisa cuando levantó esas cajas. A la manera en que su colonia cara se mezcló con el olor del trabajo físico hasta crear algo que me había puesto la piel de gallina.

Por un momento loco, cuando me propuso ir a su apartamento, había estado tentada. Muy tentada. Porque hacía meses que no me acostaba con nadie, y Kai era el tipo de hombre con el que cualquier mujer fantasearía: alto, guapo, con una sonrisa peligrosa y unas manos que parecían saber exactamente cómo complacer.

Habría sido una noche increíble. Probablemente la mejor noche de sexo de mi vida.

Y por eso mismo no podía permitírmelo.

Porque yo no puedo permitirme noches de diversión sin consecuencias. Yo tengo que elegir entre libros de texto y comida real. Entre comprar el material que necesito para mi último curso o pagar la factura de la luz. Entre mantenerme enfocada en mis objetivos o dejarme distraer por hombres que juegan en una liga completamente diferente a la mía.

Miro la foto enmarcada en mi escritorio: yo con la beca de las mejores notas del instituto, sonriendo con un orgullo feroz a pesar de que mis padres no aparecieron a la ceremonia porque estaban demasiado colocados para recordar la fecha.

Esa chica de dieciocho años que se escapó de casa con una maleta rota y quinientos dólares ahorrados no llegó hasta aquí para tirarlo todo por un revolcón con un playboy millonario.

Por muy tentador que sea ese playboy.

Me obligo a concentrarme en las arterias coronarias, en los ventrículos, en todo lo que necesito saber para convertirme en la

doctora que siempre he soñado ser. Pero mientras memorizo diagramas del corazón humano, no puedo evitar preguntarme qué habría pasado si hubiera sido lo suficientemente valiente, o lo suficientemente estúpida, para arriesgarme.

Qué habría pasado si hubiera dicho que sí a Kai.

«Probablemente una noche increíble seguida de meses de arrepentimiento», me digo a mí misma con firmeza.

Y sé que tengo razón.

Aunque una pequeña parte de mí, una parte que me niego a reconocer, no pueda dejar de preguntarse si me he perdido algo más que solo sexo espectacular.

Si me he perdido conocer al hombre real detrás de esa sonrisa deslumbrante.

Pero no importa. Porque Hazel Myers no tiene tiempo para hombres como Kai.

Ni siquiera, aunque no pueda quitárselo de la cabeza.

FIN

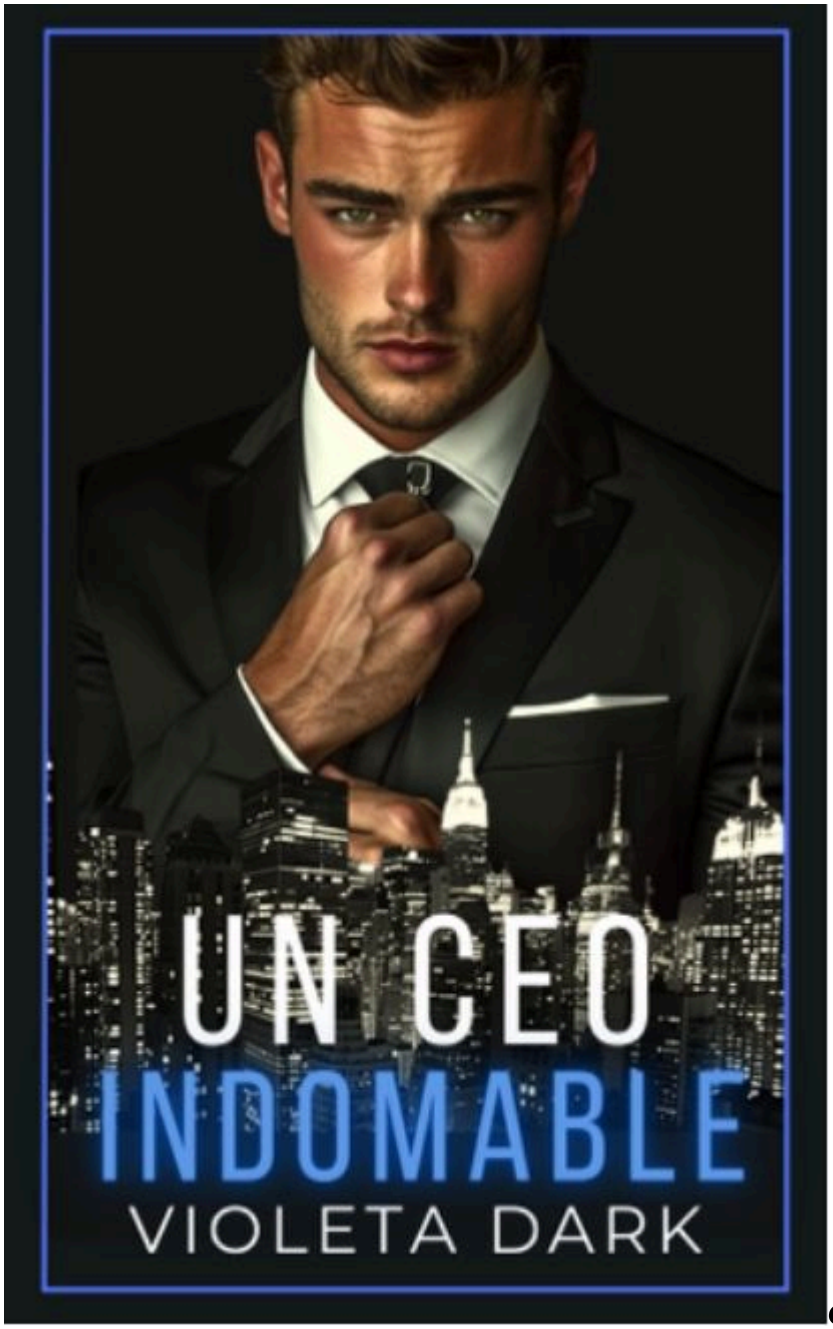
¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando AQUI



¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE KAI?

FAKE DATING + ÉL CAE PRIMERO Y MÁS FUERTE + PROXIMIDAD FORZADA

¿Qué pasa cuando el playboy de Wall Street que nunca se enamora… conoce a la única mujer inmune a su encanto?

KAI

Lo tengo todo: fortuna, poder, y una reputación de playboy que está a punto de costarme el negocio más importante de mi vida.

Quinientos millones de dólares dependen de que convenza al CEO más conservador de Manhattan de que soy «material de marido». El problema es que mi fama de playboy me precede en cada sala de juntas.

Mi solución tiene ojos verdes, lengua afilada, y ya me rechazó una vez.

Hazel Myers es exactamente lo que necesito: brillante, mordaz, y claramente no está interesada en mí. Cien mil dólares por seis meses fingiendo ser mi novia formal. Ella acepta porque está desesperada. Yo acepto porque necesito a alguien que no se deje impresionar por mi dinero.

El trato es simple: cenas elegantes, sonrisas perfectas, y cero sentimientos reales.

Hasta que descubro que discutir con ella me acelera el pulso más que cualquier negociación. Que cuando se sonroja, aunque intenta esconderlo, se me olvida por qué estamos fingiendo. Que cada vez que me mira con esos ojos desafiantes, quiero que sea real.

El problema es que Hazel no confía en los hombres como yo. Y tengo seis meses para demostrarle que no soy el playboy que cree.

Aunque eso signifique arriesgar mi corazón.

HAZEL

Sobrevivo a base de cafés fríos, turnos dobles y pura determinación mientras termino Medicina. No tengo tiempo para playboys millonarios que creen que el dinero lo compra todo.

Especialmente Kai Hawke, el CEO que intentó ligar conmigo y acabó rechazado tan rápido que aún debe dolerle el ego.

Pero cuando me ofrece cien mil dólares por seis meses de noviazgo fingido, me trago mi orgullo y acepto. Es exactamente lo

que necesito para dejar de elegir entre libros de texto y comida.

Seis meses sonriendo en galas benéficas, fingiendo que he «domesticado» al soltero más codiciado de Nueva York. Fácil.

Excepto que Kai no es el playboy superficial que se esfuerza en parecer. Es el hermano que nunca se sintió suficiente. El CEO que lucha por demostrar que es más que una cara bonita y un apellido poderoso.

Y cuando me mira como si fuera lo único real en su mundo de apariencias, empiezo a olvidar que estamos fingiendo.

El problema es que los contratos terminan. Y los corazones rotos no vienen con cláusula de rescisión.

Porque a veces, el amor más verdadero comienza con la mentira más perfecta.

«Un CEO Indomable» es el libro 3 de la serie Los Halcones de Wall Street, donde cinco hermanos que lo perdieron todo construyeron un imperio... y están a punto de caer. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción,

garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark
Página web: https://violetadark.com